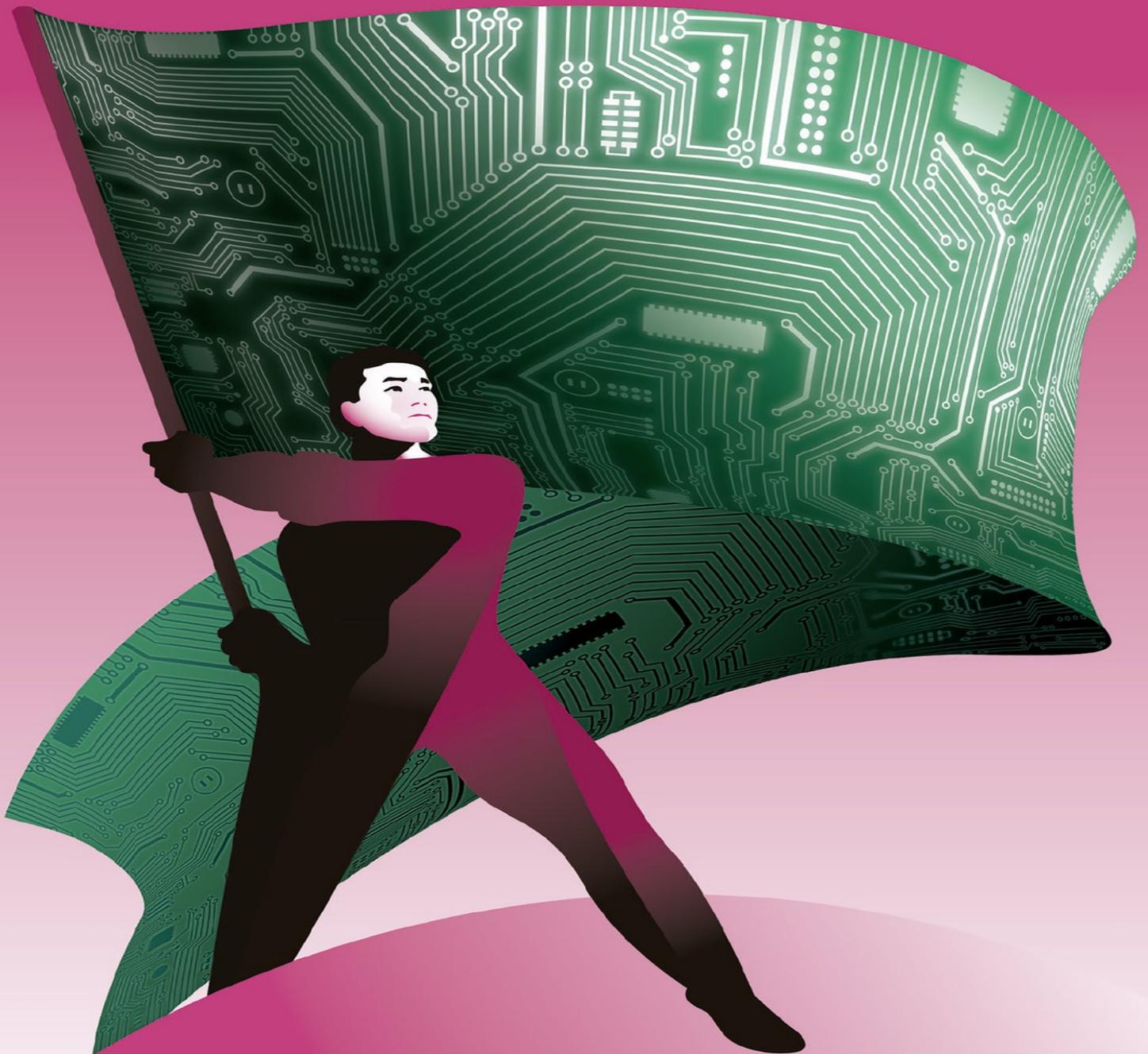


HERNÁN VANOLI

Pyongyang



LITERATURA RANDOM HOUSE

Hernán Vanoli

Pyongyang

Literatura Random House

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Lola, mi bella genio.

Para Mario Santucho.

“Aquí, en el oeste, apenas
unos problemas sin importancia.”

JOSEPH GOEBBELS, *Diarios 1939-41*

URSUS AMERICANUS
KERMODEI

Cuando el timbre suena por primera vez, L mantiene una conversación telefónica con una empleada del *call center* contratado por sus proveedores de internet. Habla con una chica de tonada latina, un español neutro que la hace pensar en dibujos animados. Como L rescindió el servicio por su inminente mudanza, la telefonista pretende que vaya a entregar su módem en una sucursal de la compañía. La chica explica que su módem se encuentra en comodato, y que si L no lo devuelve deberá enfrentar sanciones. Vuelve a sonar el timbre. L quiere saber a qué tipo de sanciones se refiere, dado que ya dio de baja el servicio. Como respuesta, la telefonista le pide que aguarde. Se escucha una precaria música robótica.

El timbre suena por tercera vez y L siente que el oso Kermode se materializará en cualquier momento. Ha descubierto que, a lo largo de su vida adulta, o semiadulta, los osos se han hecho presentes en situaciones de tensión psicológica o de vulnerabilidad. Casi siempre pretenden robar algo. Con respecto al timbre, L no recuerda esperar a nadie. Piensa que un pastor evangelista transpira frente al tablero de metal lustroso de su edificio, una biblia forrada en cuero sostenida bajo su axila. Sin ánimo para atender, aguarda que la chica del *call center* vuelva a hablarle. Googlea información sobre Mel Gibson, la noche anterior tuvo un extraño sueño con la película *El patriota*, un sueño que, sospecha, arrojó claves sobre su futuro. Sabe que jamás devolverá ese módem, y siente el impulso de arrancarlo de la pequeña mesa donde está y arrojarlo por la ventana de su departamento, ubicado en un sexto piso. Quizás, al caer, el módem dé contra la cabeza del pastor evangélico. Intenta vislumbrar la secuencia con intensidad. Casi puede escuchar el sonido de la carcasa plástica al estrellarse contra la cabeza del pastor. Pronto L se dispersa y observa la colección de seis platos de cerámica amarillos, violetas y verdes, dos de cada color, apilados encima de una hoja de diario abierta sobre la mesada de mármol de su cocina. Esos platos son parte del botín de L luego de su separación de F.

Cinco años de noviazgo, cuatro de convivencia. Nueve años juntos, en total. L y F se habían conocido en una escuela de cine y, aún después de la ruptura, L considera que la rigurosidad en los rituales del romanticismo siempre había sido el punto fuerte de la pareja. A pesar del balance,

a L le resulta muy difícil recordar algo en la personalidad de F que le produzca añoranza. L cree recordar cada vez que se besaron bajo la lluvia, los regalos hechos y los regalos recibidos en cada aniversario, los KitKats sorpresa escondidos en cajones llenos de ropa interior, el consolidado aroma de las fresas. Pero no extraña nada. En sus recuerdos, F es casi un holograma. Con el metálico sabor de la melancolía, L considera tender una trampa a la chica de tonada latina apenas la música de videojuego se interrumpa. Conoce diversas maneras de aterrorizar a aquellos empleados que trabajan en *call centers*. L sabe que puede pedir que la comuniquen con su supervisor, que puede reclamar su número de legajo, que puede hacerle una sutil y efectiva treta para que la chica de español neutro le realice una pregunta inapropiada. Detectó ya dos errores de protocolo durante la conversación. Pero el timbre suena por cuarta vez y, de pronto, L recuerda que su hermano iba a enviar gente para que se llevase la heladera desenchufada que tiene a sus espaldas.

2

Desde el momento en que recibió la noticia de la internación de su madre, hace menos de diez meses, los osos negros que frecuentaban a L se convirtieron en osos Kermode. El primero de los osos negros la había visitado a los diez años, cuando L dejó la ciudad de Montevideo para mudarse a Buenos Aires. Aunque tendría una habitación para ella sola y ya no debería compartir el baño gracias a un juicio sucesorio que su madre había ganado tras la muerte de su primer marido —el padre del hermano de L—, la idea de vivir en Buenos Aires la aterraba. Se trataba de una ciudad cuyos olores, peligros y sonidos desconocía. En Uruguay, la madre de una compañera del colegio le había dicho que tuviese cuidado con los porteños. Pero no le había dicho nada sobre los osos. L vio a su primer oso negro durante la segunda noche que durmió en el chalet de tejas verdes del barrio de Coghlan que sería su nuevo hogar. El oso la observaba de abajo de un escritorio que L se había obstinado en traer desde Montevideo, lleno de stickers de Frutillita y de Rainbow Brite. Luego del terror, L consiguió girar sobre su cuerpo, la mirada contra la pared. Al quedarse dormida comprendió que, por debajo de su respiración torva, ese oso se esforzaba en protegerla.

L sintoniza el porterovisor en la pantalla plana ubicada sobre el aparador metálico de su cocina. Dos hombres, uno con una gorra visera y otro con una camisa leñadora. El primero se apoya en una zorra plegable con mangos cubiertos de neoprene y aguarda inclinado hacia la cámara. El de camisa tiene los brazos en jarra, los dedos enganchados entre un cinturón de sogas y la tela del pantalón de jean. L acerca el teléfono blanco con marcas de suciedad a su oreja. Confirma que la música de espera continúa, y corta la comunicación luego de murmurar un insulto que la chica de español neutro jamás escuchará.

La heladera que esos hombres vienen a buscar había sido un préstamo de su hermano después de que la anterior se hubiera prendido fuego. Había sido culpa de F. Hace alrededor de dos años, en una época en que ambos estaban abandonando su obsesión por la comida macrobiótica, F había guardado una torta con cuatro velas encendidas dentro de la antigua heladera. Luego del incendio, sofocado por el encargado del edificio, el hermano de L les había prestado esa otra heladera. Hace apenas dos semanas, cuando se enteró de que —consumada su separación y en una suerte de regreso al útero materno— L se mudaría al chalet de Coghlan donde ambos habían pasado gran parte de sus vidas, el hermano de L quiso recuperar la heladera para uno de los departamentos que administraba para una inmobiliaria especializada en alquileres temporarios. L, por su parte, se quedaría en el chalet de tejas verdes hasta que fuese vendido y el producto de la venta dividido con su hermano, que decía iba a comprarse un terreno en la costa uruguaya, cerca de La Pedrera.

L pulsa el botón del porterovisor y avisa a los dos hombres que pueden pasar. En ese momento, un oso Kermode de baja edad, masculino, ingresa al pasillo que da a la puerta de entrada y se sienta en el piso flotante, a la espera de las visitas. Parece que este oso Kermode sonríe, pero podría tratarse de una proyección antropomórfica, piensa L. Pronto los hombres suben y piden permiso luego de haber traspasado el umbral de la puerta. El hombre de gorra visera usa un pesado reloj con malla de metal que interesa especialmente al oso Kermode, que empieza a olfatearle la muñeca. El de camisa trae una cinta métrica de bordes amarillos dentro del bolsillo delantero de su camisa, un objeto antiguo y hermoso. Y a ese bolsillo se dirige el oso Kermode adolescente apenas ambos hombres ingresan a la cocina. Con movimientos precisos y una serie de balbuceos y de señas, los hombres colocan la heladera en la zorra. La retiran del ambiente con facilidad.

Antes de que se vayan L ofrece facturas a los hombres del flete. Las conserva desde hace varios días, cuando su amiga Z fue a visitarla para conversar sobre la separación. Sin embargo, tras media hora de charla Z sacó un cigarrillo de marihuana y por fortuna hablaron de otras cosas, entre ellas de un posible viaje a Colombia. L necesitaba eso. Poner la mente en otra parte, por ejemplo en una playa colombiana, excursiones en bote. Siempre había sentido que los osos que la frecuentaban eran osos de ciudad e indefectiblemente morirían en caso de visitar una playa. Los hombres aceptan las facturas y L completa su oferta con un vaso de agua, que los hombres también aceptan.

Los hombres terminan de masticar sus facturas y L insiste para que se lleven lo que queda. Tras algunos titubeos, los hombres guardan el paquete con las facturas restantes en el freezer de la heladera. Entonces el oso Kermode se abalanza sobre ellos. Primero un zarpazo al cuello del hombre de gorra visera. L sabe que el oso Kermode mata de esa manera, que la técnica homicida del oso Kermode es aplicar zarpazos con sus pesadas garras sobre los trémulos cuellos de los hombres perdidos. L también sabe que el oso Kermode —su nombre científico es *Ursus americanus kermodei*— puede trepar árboles y cavar impresionantes túneles en la tierra fresca,

escondites donde, en caso de tratarse de especímenes de montaña, los osos Kermode guardan reservas de salmones o de hombres muertos para los malos tiempos. Erguido en su metro ochenta de estatura, el oso Kermode ha rebanado ya la arteria aorta del hombre de gorra visera. L imagina que, en otra vida, o incluso quizás en esta vida, el hombre de visera ha sido un intrépido cazador, y que muere en su ley. Luego el oso Kermode desciende a sus cuatro patas y gruñe. Con inesperada velocidad, se abalanza sobre el hombre de camisa leñadora y descarga un tarascón sobre su nariz. El oso Kermode también arranca el pesado reloj de metal del hombre de visera y con un movimiento rápido de su cuello lo arroja por la ventana de la cocina, que da al pulmón de manzana. Luego, el oso Kermode olisquea sin demasiado interés la sangre que se expande sobre el piso de cerámica.

Espesas manchas de una sangre pegajosa y apelmazada cuelgan del pelaje blanco con zonas color beige del oso Kermode, una capa de grueso pelo que se dora hacia la columna vertebral, donde el oso Kermode tiene un largo desfiladero de pelo apenas cobrizo que le recorre el lomo, una cordillera de calor. El oso Kermode abre el pecho del hombre de visera como si se tratase de un pavo a rellenar. Empieza a revolver sus órganos, que tienen el brillo plastificado y baboso de los ojos de los cientos de salmones que el oso Kermode pescaría si viviera en la naturaleza salvaje. En realidad no tiene hambre, piensa L. El oso Kermode está buscando algo.

Los hombres depositan los ya vacíos vasos de agua en la pileta de la cocina y L sonríe en agradecimiento. Antes de que se vayan pide un segundo y se acerca a la heladera. L supone haber adivinado qué es aquello que el oso Kermode buscaba entre las vísceras del hombre. Abre la puerta de la heladera de su hermano, y del compartimiento de las verduras saca la urna en la que se conservan las cenizas de su madre. Hace mucho tiempo, incluso antes del cáncer, su madre le había pedido que arrojase sus restos al río Sena. Pero llegado el momento L no había tenido fuerzas, ni dinero, y además se estaba separando. Había planeado que las cenizas llegasen a su hermano dentro de la heladera. Pero ahora L tiene una idea mejor.

3

La camioneta color verde botella se detiene en la esquina de Avenida Córdoba y Rodríguez Peña, a media cuadra del departamento donde L todavía vive. Antes de subir al vehículo, L levanta la vista para observar la interminable madeja de cables negros que atraviesan el cielo extrañamente límpido de la ciudad. Sugestionada por los cables, dedica un último pensamiento a la empresa que le había provisto servicios de internet durante su período junto a F. L se acerca a la ventanilla del conductor y se presenta. Hace casi un año que participa del servicio de *carpooling* de una empresa fundada por el primo de un ex compañero de trabajo junto con un grupo de sindicalistas. El costo del combustible se comparte a través de la tarjeta de crédito y el

servicio de la aplicación es retribuido en forma de una donación obligatoria a Médicos Sin Fronteras.

El conductor debe tener alrededor de cuarenta años. De su rostro redondo se descuelga una barba rojiza que L asocia a arbustos salvajes que crecen en la arena. A ambos lados de una nariz mínima se suspenden dos ojos verdes y vivaces. Uno de ellos muestra un ligero desvío hacia afuera; el otro contiene un breve derrame que parece un horizonte interrumpido. L se pregunta si el conductor estará drogado, o algo. Su sonrisa sorprendentemente cristalina parece desgastada por cierta irregularidad en las encías. Pulsa el botón que activa las balizas de su camioneta y cruza el brazo derecho para asir la trémula mano de L. Encima de la guantera, junto a un GPS apagado, L percibe una caja de cartón amarillento, una caja de huevos. Mientras se acomoda en el asiento trasero, L aprieta contra su cuerpo un bolso con dibujos de cucuruchos de helado, dentro del cual guarda la urna con las cenizas de su madre. La camioneta arranca y L se pregunta qué hará el oso Kermode en el departamento. Lo imagina recostado en la bañera, soñando salmones de esponja que llueven desde las nubes de humedad del cielorraso.

Pegada en una de las ventanillas laterales, L puede ver una calcomanía de la empresa de *carpooling* a través de la cual combinó su viaje. L autoriza el pago de la tarifa acordada con conductor por medio de su teléfono y hace un comentario sobre la profundidad celeste del cielo. El pelirrojo responde y L espera durante un respetuoso minuto antes de, al fin, concentrarse otra vez en su aparato. Se pone a buscar el nombre del conductor, lo había olvidado. H. El tipo se llama H. L aprovecha el tránsito de Avenida Córdoba para revisar los últimos viajes de F en el *carpooling*, que se encuentran señalados en su perfil común. Nota que los últimos tres viajes de F fueron hacia el barrio de Palermo, y prefiere no preguntarse con qué objetivo F realizó esos viajes, uno de ellos a las once y media de la noche. L siente paranoia. Prefiere imaginar a F en su escritorio de trabajo, una oficina en el piso noveno del República, un enorme edificio corporativo cerca del puerto de aliscafos de la Ciudad de Buenos Aires. Recuerda todas las veces que F prometió renunciar a su trabajo. Las bocinas de Avenida Córdoba se multiplican; el tránsito, como era de esperarse, es atroz.

H, el conductor pelirrojo, le recuerda a L que un nuevo pasajero se sumará al viaje en el cruce de las avenidas Córdoba y Pueyrredón. L declara estar al tanto; de hecho, el hombre que falta estaba anotado en el viaje antes que ella. Según la información de la empresa de *carpooling*, se trata de un analista en sistemas de sesenta y dos años. Sus calificaciones son superlativas; en la foto de su perfil el hombre usa un traje gris, camisa blanca y una corbata bordó oscuro, bigote entrecano. El tiempo pasa, las bocinas aumentan su estridencia. Se escuchan insultos y el asfalto empieza a emitir calor. L y el conductor se encuentran con una manifestación de empleados frente a una clínica de la calle Azcuénaga. Los manifestantes cortan dos carriles y el tránsito por la avenida se hace aún más denso. L se pregunta si se tratará de una empresa en quiebra, se pregunta si en el futuro será recuperada por sus trabajadores y si al fin de la parábola quedará en manos de

un banco, o de un fantasmático fondo de inversiones, como tantas otras. Le llama la atención un hombre que reparte periódicos entre los que protestan. Es casi un gigante y va vestido con un mameluco anaranjado de trabajador aeroportuario. Fuma una pipa. En la muchedumbre, L identifica pecheras de organizaciones sindicales de diversa orientación ideológica. L siempre simpatizó con el anarquismo, aunque nunca lo expresó de manera pública, ni en las redes sociales.

El conductor comenta que, según sus cálculos, van a llegar a destino quince minutos tarde. Las motocicletas esquivan a los autos bajo el sol violento y zumban en corredores hechos de puertas que podrían abrirse en cualquier momento. L recuerda la enfermedad de su madre, cáncer de piel. Recuerda a su madre tomando sol en una playa de arena gruesa, sobre una reposería encordada, con una bikini a rayas azules y blancas, una bikini que a juicio de L le quedaba digna pese a su edad. La madre de L tenía una piel blanquísima y un pelo dorado que L había heredado hasta los trece años, cuando todo empezó a oscurecerse y L tomó la decisión de no teñirse como se teñía su madre. Su madre se había muerto como pidiéndole disculpas por abandonarla, y eso era mucho peor que la muerte en sí. “Ella no quería morir”, consideró L como un posible epitafio en caso de que su madre le hubiese permitido enterrarla en un cementerio, como hacía la gente normal. Descarta el pensamiento mientras en sus ojos el ardor de lágrimas que nunca conocerán la luz comienza a expandirse como una medusa.

Los osos Kermode pueden correr hasta cincuenta y cinco kilómetros por hora. Por eso, si un oso Kermode enfrenta a una persona y decide matarla, es poco lo que la persona puede hacer. Sin embargo se trata de una especie con un banco genético recesivo. Los osos Kermode, que son blancos y poseen una pista de aterrizaje color avellana en sus espaldas, pertenecen en realidad a la familia de los osos negros. Sobrevivieron por algún cambio geográfico-climático pronunciado que facilitó su adaptación evolutiva. Cuando un oso Kermode se le apareció por primera vez, L creyó que se trataba de un oso polar. Pero los osos polares tienen más características en común con los osos pardos que con los osos negros. Los aborígenes de Nueva Escocia, región de la cual el oso Kermode es autóctono, evitaban pronunciar su nombre. Allí, alguna gente lo conoce como oso del Espíritu. A esta altura, con el calor sumado a su malestar y a su tristeza, a L no la sorprende ver un oso Kermode en medio del tránsito insufrible. Puede distinguirlo gracias al espejo retrovisor de la camioneta de H, quien sintoniza una radio con canciones de la década del noventa. L mueve ligeramente su cabeza, como si siguiera el ritmo. El oso Kermode, quince o veinte metros atrás, está subido al techo de un colectivo de la línea 109. Su figura se recorta contra un hueco de cielo que brota entre los edificios.

L intenta olvidar al oso Kermode y busca información sobre su destino, la zona de Agronomía. En particular sobre un pequeño conjunto de manzanas con construcciones de estilo inglés, conocido como el Barrio Cortázar, donde L ha decidido depositar las cenizas de su madre. De pronto, cuando la camioneta experimenta un sacudón, L se distrae de su búsqueda para ver que H baja la ventanilla del acompañante y, con la ayuda de una gomera cromada que retira del costado

de su butaca, arroja tres huevos al conductor de otro automóvil. Luego cierra la ventana, acelera y se escabulle del auto enemigo, un sedán negro que intenta perseguirlo pero pronto queda atrapado en los bloques de Tetris del eterno embotellamiento llamado Avenida Córdoba. El vehículo cruza un semáforo en amarillo. H pide perdón a L por el semáforo y murmura que la gente está cada vez peor. Como respuesta, L le recuerda que en la próxima esquina, Pueyrredón, deben recoger al otro pasajero. A través del espejo retrovisor, con una sonrisa que intenta ser tranquilizadora, H le pide que confíe en él. Dice que acaban de realizar una obra de bien.

L considera denunciarlo de inmediato en la web de la empresa de *carpooling* por agresión a otros automovilistas, pero decide esperar, ya que desea concretar su viaje en un clima de relativa afabilidad. Luego de bajar el volumen de la radio, H toma un trago de una botella de agua de plástico que guarda en la guantera, a la derecha de la caja de huevos. Ofrece un trago a L, que lo rechaza mientras cuenta que en la caja, ahora abierta, quedan siete huevos. L divisa también un sticker de la Virgen de Luján en el ángulo superior izquierdo del parabrisas. Se produce un silencio y luego H baja la música para explicarle que esos huevos tranquilizan a la gente, que no estaba planeado usarlos en su viaje pero que aquel tipo tenía un aura muy oscura, que podría haber causado un desastre. H explica que cuando el aura del conductor es violeta, con un huevo es suficiente. Que cuando es roja hacen falta dos, porque con seguridad habrá heridos. Que cuando es negra, y la del conductor del sedán negro era absolutamente negra, negra petróleo, lo mejor es arrojar tres, porque el conductor maneja hacia la muerte. L guarda un circunspecto silencio y observa una hermosa y diminuta cámara filmadora GoPro que el pelirrojo tiene apoyada junto a la palanca de cambios automáticos de la camioneta. Antes de comenzar a detenerse por la proximidad del punto de encuentro con el segundo pasajero, H comenta a L que el bolso con cucuruchos de helado donde L transporta las cenizas de su madre tiene un aura dorada, que pocas veces había visto una cosa así. Tras sufrir un escalofrío, L evalúa bajarse de auto, o arrojarse del auto en movimiento, o huir aprovechando la parada en Avenida Córdoba y Pueyrredón. Pero no lo hace.

4

Tres mujeres con bebés en sus cochecitos cruzan por la senda peatonal en la intersección entre Córdoba y Sánchez de Bustamante. L reflexiona sobre el impulso de anteponer a sus bebés a los automóviles que cruzan bocacalles a alta velocidad que ha detectado en ciertas madres jóvenes. La camioneta verde botella está varada hace tres semáforos en la misma cuadra. H ya avisó por teléfono que llegará una hora tarde a Villa Bosch, y ahora relata con entusiasmo su formación como instalador y reparador de aires acondicionados. No es lo mismo ser sólo instalador, algo que según H se aprende en un curso de tres días, que ser también reparador, tarea que demanda

una formación técnica específica. H hace ambas cosas, y para ser reparador dice haber viajado a capacitarse a la provincia de Tierra del Fuego, décadas atrás.

M, el hombre que recogieron en la esquina de Pueyrredón, realiza preguntas sobre la vida cotidiana en la provincia austral. Dice que viajó a Tierra del Fuego hace unos doce años, con su hija, pero no recuerda nada, y lamenta haber perdido el teléfono en el que tenía las fotos de aquella excursión. Pregunta sobre la cantidad de cadenas de supermercados que han instalado locales en la ciudad. Porque ese era su trabajo, cuenta M. Encontrar espacios disponibles y locaciones convenientes para abrir locales de una cadena de supermercados. L se pregunta por la relación del *casting* inmobiliario con la ingeniería en sistemas, y no encuentra respuesta. El semáforo vuelve a cambiar y la camioneta supera Sánchez de Bustamante. L siente alivio. No dejó de pensar en su madre desde que H habló sobre el color del aura de su bolso. Recuerda a su madre en la habitación del hospital. Sus deseos de maquillarse hasta los últimos días. Los efectos en un principio inquietantes y luego devastadores de la quimioterapia. Luego se transporta a su antigua casa de Montevideo. Su madre recostada en la cama, tapada con un abrigo de lana a modo de frazada. Decía que tanto ella como su hermano la habían decepcionado. Que ella quería tener hijos que explorasen la selva africana, y que en lugar de eso tenía dos adictos a la internet. Hasta que fue atacada por el cáncer, su madre había sido una profesional de la queja. L piensa que quizás esa sea la fuente de su propio estoicismo. Para L, oponerse se había convertido en lo contrario a sobrevivir. En su cumpleaños de nueve, su madre le había regalado un juego de química. Más adelante, cuando entendió, para los trece y ya en Buenos Aires, intentó con *Bestiario*, de Cortázar. En el hospital, L había leído a su madre los cuentos de Cortázar. Era uno de los pocos momentos en los que, desde el fondo de una piscina llena de radiación, su madre hacía un esfuerzo por sonreír.

Por la ventanilla, L puede ver vendedores ambulantes que se desplazan entre los autos. Cargadores para teléfonos, parasoles, guantes de trabajo, antenas. La conversación entre H y M continúa. Hablan del modelo de negocios de una cadena de farmacias polirrubro, sobre el tipo de locales y el tipo de refrigeración conveniente para esos locales. Como en su foto de perfil, M es un hombre que viste a la antigua. Usa un ancho cinturón de cuero y una chomba piqué blanca metida adentro del pantalón azul marino, mocasines con borlas y sin medias. Apoyada en el asiento que lo separa de L, M dejó una elegante valija de cuero de cocodrilo. L sospecha que al oso Kermode le encantaría hurgar en esa valija. El oso Kermode sentiría que esa valija es un enorme panal rebosante de miel tibia, piensa L. Detectaría su olor incluso a una distancia de cinco, siete kilómetros. Hace mucho tiempo que L no se dedica a robar. Ya perdió la cuenta, quizás hayan pasado meses, un par de trimestres. Sí recuerda lo último que se había llevado. Un cenicero de metal con el logo de una marca de cerveza, de un cumpleaños. El último cumpleaños al que había ido con F. Qué vulgar, piensa L, un cenicero. Pero mejor dejar así, sin que te descubran. Jamás le había hablado a su analista sobre la interrupción de los robos porque tenía

miedo de recaer. Consideraba que un año era un tiempo prudencial para sentirse sana. ¿Qué tenía miedo de perder, que necesitaba del robo? Todas sus experiencias psicoanalíticas la habían conducido a esa pregunta.

M le toca el hombro y la observa expectante, como si L fuese capaz de revelarle qué sueñan las ballenas cuando duermen en el fondo del océano. L no escuchó absolutamente nada de lo que los hombres dijeron durante los últimos veinte minutos. Apenas notó que la camioneta estaba sobre Avenida Estado de Israel; Córdoba ya se había bifurcado y el tránsito corre un poco mejor. L percibe que M tiene una verruga puntiaguda en el extremo de su nariz lustrosa, una verruga tan grande que se confunde con la punta de la nariz y le otorga un aire maniaco. También le nota ciertas manchas en los pómulos, que combinan con una sabia mirada triste. M pregunta si acaso L tiene mascotas. L, inquieta, no sabe qué responder. F siempre había querido tener un perro, pero L sabía que ninguno de los dos era capaz de hacerse cargo. Además, temía por la reacción de los osos ante cualquier otro animal. M le dice que tanto él como H tuvieron perros, un labrador negro y un caniche toy. Que los extrañan, pero ya no se les pueden acercar. Desde adelante, y sin mirarlos por el espejo retrovisor, H agrega que su caniche en realidad era hembra, y que era muy territorial. Que muchas veces se pregunta si habrá tenido cría, que tanto él como su mujer querían que tuviese familia. M pregunta a L por su novio. Dice que según el perfil en la empresa de *carpooling* L está en pareja. H la mira por el espejo retrovisor. Acorralada, L no responde la pregunta y de alguna manera comienza a hablar de Mel Gibson. Habla de la película *El patriota*. Les pregunta a sus compañeros de viaje si la han visto.

Los hombres dudan. Ambos aseguran haber visto películas con Mel Gibson, pero a esa no la pueden recordar. H menciona *Corazón valiente*. Sin perder tiempo, L busca información en su teléfono. Pronto la considera irrelevante. El hombre de chomba piqué frunce el ceño como si recordase escenas vagas e inconexas. Adelante, H hace luces a un auto que se cruzó de carril sin guiño. A L le parece que H hizo un nuevo ademán para buscar su gomera arrojahuevos. Retomando su interrogatorio, M le pregunta a L de qué trabaja. Si existe algo que L odie más que hablar con extraños sobre su separación es explicarles a extraños en qué consiste su trabajo. L evalúa inventar que trabaja en uno de los medios pertenecientes al grupo de telecomunicaciones que quería multarla por no devolver un módem obsoleto que tenía desde hacía años en su departamento. Tira, sin embargo, la toalla. Habla de la consultora de investigación de mercado donde se desempeña. Relata sus inicios como encargada de gestiones administrativas menores. En esa época, L tenía una vida de promiscuidad en la internet y pesaba ocho kilos más que en el presente. Omite esa información. Sí cuenta que, hace dos años, sus jefes, dueños de la consultora, abrieron una unidad de negocios comandada por un nuevo empleado que venía de hacer un MBA en Chicago. L toma aire. La camioneta se aproxima a Avenida Corrientes. A su costado, un micro escolar con chicos que arrojan papel picado por la ventana. Los ojos verdes y enrojecidos de H enfocan a L desde el espejo retrovisor. L siente una oleada de compasión y de curiosidad de parte

de H. Vuelve a hablar para no ser devorada por el silencio. Habla de su actividad como *mystery shopper*. Explica el sentido del monitoreo de calidad en las empresas que brindan servicios, exagera su responsabilidad al momento de hurgar en aquellos rincones adonde la calificación electrónica no llega.

De repente, L se siente entusiasmada. Considera que está haciendo catarsis, y gratis. L relata que conoció a F por medio de su trabajo, ya que F vendía pasajes para una agencia mayorista. Pero la camioneta se sacude. H hace luces a un autito descascarado que había doblado hacia la izquierda, otra vez, sin poner el guiño. Casi en el mismo movimiento toma la gomera del costado de su asiento y, a través de la ventanilla baja, acaso sintiéndose Mel Gibson, dispara otro huevo. El huevo se estrella contra el parabrisas trasero del auto. Pero a L no le importa y al parecer a M tampoco. L acaba de caer en la cuenta de que nunca le había explicado a su madre qué tipo de trabajo hacía en la consultora. Quizá, recién, se lo estaba explicando a la urna.

L se queda en silencio. M parece revisar su teléfono, y la estruendosa procesión de automóviles avanza por Avenida Ángel Gallardo. Pasan la feria de productos frescos que rodea el Parque Centenario, puestos con paredes de *nylon* celeste. L imagina que el oso Kermode merodea entre los puestos; quizá se lleva algunos pescados frescos, o bifés de chorizo. Puñados de personas vestidas con ropa deportiva y auriculares de colores corren por las anchas veredas. En el trabajo L había pedido tres días de licencia por mudanza, pero no había encontrado fuerzas para llamar a una mudadora. Necesitaba soltar en Agronomía esas cenizas que llevaba en el bolso. No tenía que viajar a Francia, sólo depositarlas en un lugar donde hubiera pasado un momento feliz junto a su madre. Y gracias a la intervención del oso Kermode, que había impedido que se deshiciera de esas cenizas en forma cobarde luego de haber sido incapaz de asistir tanto al velorio como al entierro que su hermano había organizado, L había recordado un picnic en Agronomía. A los doce años, quizás a los trece, su madre la había llevado a pasear por el Barrio Cortázar y le había hablado de un cuento de Cortázar que retrataba aquel barrio, o mejor dicho aquella zona del barrio. ¿Tendría la fuerza suficiente para abrir esa urna? Con una sonrisa que es pura ternura proyectada desde su espejo ovoide, H le pregunta si tiene pensado casarse. Sí, responde L. Seguro el año que viene.

5

Han superado la enorme estatua que conmemora al Cid Campeador. Silencio dentro de la camioneta hasta que una moto la pasa con un zumbido de combustible quemado y de pistones crujientes. L no tarda en comprender que les arrancó el espejo lateral, del lado de H. M respira hondamente, insulta en voz baja, y H comienza a conducir como un piloto de fórmula uno. Ni siquiera se detiene a recoger los pedazos rotos del espejo. H acelera y volantea sin perder una

postura corporal que transmite comodidad. Sus maniobras son precisas. Es un cirujano que ha visto perecer a muchos pacientes y puede permitirse faltarle el respeto a la muerte, piensa L, pero de todos modos decide que va a denunciarlo apenas termine el viaje. Si es que logra sobrevivir. L contempla la posibilidad de quedar parálitica. Sentado a su derecha, M no parece preocupado por la persecución. Sin alterar el tono de voz, expresa una serie de recomendaciones sobre cómo apresar al motoquero. L sospecha que sus compañeros de *carpooling* se conocían con anterioridad al viaje.

Minutos más tarde L no aguanta más. Con voz temblorosa sugiere que quizá sea mejor disminuir la velocidad y pregunta si la camioneta tiene seguro. M se apresura a responderle que la camioneta no tiene nada que ver, hay que agarrar a ese tipo. H acota comentarios circunstanciales que describen el comportamiento de la presa. Lo único que puede hacer L es esperar. M comienza a hablarle sobre sus hijos. Sobre la calidad emocional del matrimonio de cada uno sus hijos, sobre las enseñanzas que intentó transmitirles, y sobre el lugar que las creencias religiosas ocupan en la sociedad. De manera intercalada, y esto es lo que más perturba a L, agrega comentarios sobre el motoquero. Atribuye su presencia a “una fuga”. L se pregunta si ambos hombres serán policías y si hablarán de una fuga producida desde una institución penal. No descarta que, en realidad, los delincuentes sean ellos. Tiene ganas de volver a revisar sus calificaciones en la aplicación de *carpooling*, pero la maniobra puede resultar inoportuna. De pronto L considera enviarle un mensaje de despedida a F. ¿Pero qué decirle? De a momentos, cuando estaban juntos, L sentía que faltaba el aire, como si ambos hubieran vivido encerrados en una cueva profunda y similar a la que usan los osos Kermode durante su período de hibernación.

Cuando L llega a creer que el motoquero ha finalmente escapado, cae en la cuenta de que en realidad la camioneta conducida por H logró superar su posición y que van a tenderle una emboscada. M ya no habla, pero revisa el contenido de su valija, ubicado de un modo tal que L no puede ver qué hay en su interior. L distingue en M un rostro mucho más arrugado que cuando subió al auto. Se trata de una persona que hace tiempo ha dejado de considerar la posibilidad de sorprenderse. L se pregunta si H tendrá planeado tirarle tres huevos al motoquero. ¿Cuatro huevos para el destructor de espejos retrovisores? ¿Media docena? ¿De qué color será su aura? Todo le resulta ridículo. Se promete pensarlo dos veces antes de volver a usar los servicios del *carpooling*.

De repente L siente un cimbronazo, una revelación. Si sobrevive, no hará ningún tipo de denuncia. Lo considera agotador, como si el destino quisiera obligarla a trabajar. El motoquero se acerca con su casco negro. Cuando pasa junto a la camioneta, H abre la puerta con sutileza y precisión. Susurra que siempre hacen lo mismo, o algo similar. El motoquero pierde el equilibrio y se zambulle contra el cordón de la vereda. Están justo en la Plaza Irlanda, frente al Hospital Bancario, ya en Avenida Gaona. El motoquero sube a la vereda con su vehículo, y su cuerpo se desprende de la moto, rebota y gira tres veces en el suelo antes de detenerse contra un enorme

árbol. Al ver que M y H bajan de la camioneta, L considera la posibilidad de salir corriendo, evitar el incidente policial, que no la llamen a declarar como testigo. Va a salir de la camioneta.

Entonces el oso Kermode apoya una de sus garras sobre la ventanilla. L comprende que el oso Kermode la venía siguiendo, oculto entre combis y colectivos, entre automóviles y camiones repartidores de lácteos. Inútil negarlo, piensa L, ese oso Kermode posee un estupendo sentido de la teatralidad. Quiere ingresar a la camioneta por la ventanilla. L intenta ayudarlo y baja el vidrio todo lo que se puede. Nota que el oso Kermode es bastante delgado, hecho que no la sorprende. L sabe que, cuando hibernan, los osos producen una hormona que actúa como somnífero y pueden perder hasta un treinta por ciento de su peso. Quizás ese oso Kermode estuviera hibernando, o viniese de hibernar, y se siente esbelto, y por eso pretende ingresar a la camioneta por la ventana. Finalmente lo logra, y L puede sentir cómo la mullida textura de su pelaje blancuzco se frota contra sus piernas.

Afuera, los dos hombres que compartían viaje con L están ya frente al cuerpo del motoquero, tirado en el suelo. L puede ver cómo H se agacha e intenta reanimarlo. Un policía bajo y con cierto sobrepeso cruza Avenida Gaona desde el Hospital Bancario. El policía parece un budín de chocolate envuelto en una pechera amarilla. M se le acerca e inician una conversación. El oso Kermode comienza a husmear en la fina valija forrada en piel de cocodrilo de M. El oso Kermode aplica un goloso lengüetazo sobre la valija. Con cierto hormigueo a lo largo de su espina dorsal, algo típico antes de un robo, L decide abrir la valija. Sabe que ese acto puede traerle problemas, pero de pronto L ama la valija de M como un ciervo paralizado en medio de la ruta ama al terror. También la gratifica el hecho de que el oso Kermode haya abandonado su período violento y al parecer no quiera matar ni a H, ni a M, ni al motoquero, sino que ahora huelga entusiasmado la filmadora de H. No sin cierta culpa, L comienza a percibir que se encuentra en las vísperas de algo así como un regreso a lo grande.

Durante una breve pausa, L mira a través del parabrisas en el momento exacto en el que, luego de una conversación, M muestra al policía una imagen, o algo, en su teléfono. El policía agudiza su visión y la nariz se le frunce como si el teléfono de M despidiese un olor jamás experimentado, aunque en cierta medida familiar. A unos metros H pasa su botella de agua al motoquero, que comienza a dar signos de reacción tras haberse quitado el casco. Agachada y ante la insistencia del oso Kermode, L revisa el maletín de M. L no se sorprende al encontrar un gran sobre de papel madera, clips de colores agarrados de una delicada división interna de cuerina, una lupa, una libreta antigua de lomo espiralado, tarjetas personales, un mapa de la ciudad de Buenos Aires, una caja de habanos. Lo que sí le llama la atención es la presencia de un termómetro, algodones, una extensa plancha de cartón ahuecada con veinticuatro huevos y un bizarro revólver espacial de juguete. Además, en el maletín hay un paquete, un regalo envuelto en un papel antiguo, cuyo dibujo es una colección de bochas de helado. Frutilla, vainilla, chocolate, crema americana. L lo traslada a su bolso con un movimiento venenoso y veloz.

Considera que ha llegado el momento de huir. Desciende del auto y deja la puerta abierta. Nota que luego de traspasar el asiento trasero de la camioneta el oso Kermode se ha escondido en el baúl sin lograr ocultar del todo sus piernas traseras ni su cola de pompón. M está agachado frente al motoquero, que mueve la cabeza. L se acerca, prefiere un escape decoroso. Será vital calificarlos de mala manera en la aplicación antes de que ellos la tilden de ladrona, piensa. Cuando está por hablar, L escucha que H le pide a M que por favor vaya a la camioneta a buscar los huevos. Una ambulancia sale del hospital de enfrente con la sirena encendida. L ensaya una despedida amable. Buscará en su teléfono la forma de llegar hasta Agronomía en transporte público. Pero M, algo agitado, le pide que por favor le alcance el maletín que quedó en el auto, y un huevo de los que H guarda en la guantera. L no sabe qué hacer. Mira al motoquero y nota que se trata de un hombre de melena rala y canosa, con una pequeña cicatriz en la frente y la piel de la nariz y del cuello de una fuerte tonalidad roja, curtida, el tipo de piel que tienen los que viven en el desierto o los alcohólicos perdidos. Pero hay algo más. Los ojos del motoquero son prácticamente negros, pura pupila.

Para cuando L regresa con el maletín y con un huevo de los de H guardado en el bolsillo de su abrigo, algunos transeúntes se han detenido alrededor del motoquero. M les pide que circulen, al hombre le falta el aire. Con el maletín en sus brazos, L dice que lo encontró abierto, que espera no falte nada. M le responde que no se preocupe. Echa un vistazo al maletín, después retira un huevo, y tras forzar al motoquero semidesmayado a que abra la boca, lo hace engullir el huevo entero, con cáscara. H observa la maniobra con una sonrisa cándida y esperanzada. Cuando el cuello del motoquero se hincha, sus ojos parecen encenderse. Le dice a M que “este vino de regalo”, o algo por el estilo, “este sí que era malo”, palabras que L no llega a comprender. Luego sonrío a L y sus encías irregulares parecen inyectadas en sangre. H explica que el motoquero era uno de los suyos, pero que había abandonado el camino. Que el huevo iba a ayudarlo a regresar. L simula comprender. H se acerca y, en secreto, declara que ellos, H y M, salieron del purgatorio en libertad condicional. Somos ángeles, dice H. L asiente en silencio.

M interrumpe la conversación. Pide disculpas a L porque ese encuentro no estaba previsto durante el viaje con ella, en realidad iban a un congreso. Una serie de pensamientos confusos vinculados a las drogas, la criminalidad y la muerte se mueven como autos chocadores en la mente de L. ¿Por qué el policía deja a un herido en manos de esos dos hombres? ¿Podrá escapar de unos locos de los cuales ni un motociclista pudo huir? L siente que F habría sabido qué hacer en esa situación, y ese pensamiento puntual la hace sentir sola. El rol de L ha quedado reducido a sostener el maletín y ahuyentar a los curiosos que espían la escena sin animarse a detenerse del todo. Poco a poco el motoquero parece recuperarse.

Segundos más tarde, el policía del Policlínico Bancario vuelve a cruzar la avenida y M le extiende la mano. Le dice que el motoquero ha sufrido un mareo y que intentaron ayudarlo a reanimarse. M ya recuperó su maletín, toma el hombro de L con una mano firme y luego de saludar

al oficial la conduce hacia la camioneta, donde en algún momento H ha encendido el motor. H explica que en lugar de retomar Avenida San Martín, tal como estaba planeado en el itinerario inicial del *carpooling* antes de la irrupción del motoquero, seguirán por Gaona hasta Avenida Nazca, donde girarán a la derecha y continuarán hasta Nogoyá, vía directa hacia Agronomía.

6

L recibe una foto de su hermano. Es una foto donde los sobrinos de L posan en un jardín. Como epígrafe, la foto dice que su sobrino ha logrado andar en bicicleta sin ruedas de auxilio por primera vez. L se siente feliz. El mundo continúa en su eje: los padres van a ser enterrados, los niños conquistan medios de locomoción. La camioneta avanza por la avenida Gaona y H persevera en su posición corporal muy relajada. Un codo que L distingue pecoso asoma a través de la ventanilla baja. M parece dormir, la cabeza inclinada hacia su izquierda y la boca entreabierta. De a momentos L consigue distraerse con el paisaje: una pareja que pasea a dos perros, una cuadrilla de obreros que prepara un asado frente a un edificio en construcción, un camión de mudanzas estacionado en doble fila.

En determinado momento, quizás cuando la camioneta ya ha girado en Avenida Nazca, L se pregunta dónde era que M iba a bajarse, por qué se queda en la camioneta, y si es que los dos dementes que le tocaron planean hacerle algo. La paranoia ha vuelto; quizás nunca se fue. L chequea el recorrido en la página web de la empresa de *carpooling* y confirma que M iba a bajarse cerca del Cid Campeador, en Luis Viale y Avenida San Martín, a escasos metros del centro geográfico de la ciudad de Buenos Aires. Pero M permanece en el auto.

Algo agitada, L compone un mensaje para F donde relata que está haciendo un viaje hacia Agronomía con dos tipos muy extraños y le pide que se ponga en contacto con ella en media hora. F le responde en menos de dos minutos. Dice que ha traqueado su viaje en la página de *carpooling* y le consulta si quiere que llame a la policía. L aclara que no hace falta, pero que por favor la llame. Agradece y, en un acto mitad reflejo, mitad salto al vacío, está a punto de agregar un corazón luego del texto. Se arrepiente. En lugar de eso, a modo de cierre del mensaje, y sin saber bien por qué, L agrega el emoji de un helado.

Cien metros más adelante recibe un llamado de F. Tras dudarlo, L decide no atender. Escucha un leve ronquido proveniente de la carrasposa garganta de M. Se pregunta si no hubiera sido bueno que F la acompañase en el entierro de las cenizas de su madre. Después de todo, F la había acompañado siempre. Angustiada por el pensamiento, empieza a leer en su teléfono. “Durante la filmación de *Ransom*, Mel Gibson contrajo apendicitis y tuvo que someterse a una operación. La expresión aterrada que muestra a lo largo de la película es, por lo tanto, una actuación sólo en parte.” L descarta la pestaña. La incertidumbre de no saber bien qué hará con las cenizas si es que

logra abandonar con vida esa camioneta empieza a pesarle. No decide si hacer un pozo y enterrarlas, como había pensado en un principio, o si simplemente debería soltarlas al viento. Llama a F. Tienen una breve discusión. La voz de F suena como si tuviese resaca, o eso es lo que siente L, que no quiere que sus acompañantes escuchen ningún detalle. Antes de cortar le dice a F que, por favor, la llame en quince minutos. Luego, por mensaje, le pide que si vuelve a enviarle un emoji de helado llame a la policía.

El resto del viaje se desarrolla de forma menos traumática a la prevista por L, que aún no logró digerir su comunicación con F. Casi no habían hablado desde el día en que F, cargado de sus efectos personales, había dejado el departamento de Rodríguez Peña. L recuerda la camisa que F usaba, era una camisa que ella le había regalado. Recuerda también que F había guardado en un bolso una botella abierta de gaseosa dietética que había comprado aquella mañana.

La camioneta avanza por la apacible Avenida Nazca. L presta especial atención a los camiones, y dentro del conjunto de los camiones a uno que transporta automóviles cero kilómetro. Algo en la majestuosidad dolorida de ese vehículo que transporta vehículos la conmueve. De forma repentina, H, que ha subido levemente el volumen de la radio, dobla en ángulo cerrado hacia la derecha en la calle Nogoyá. Pocos metros más adelante, casi en punto muerto y a través de una pronunciada cuneta, la camioneta cruza las vías del Ferrocarril General San Martín. L siente que el olor a eucalipto y a podredumbre propio de Agronomía empieza a filtrarse al interior del vehículo. Observa el cartel celeste con letras rojas de un supermercado chino llamado “Dragón de plumas”.

Una rotonda los espera en la intersección con Avenida San Martín. Tras recorrerla, la camioneta desemboca en una calle lateral al predio de Agronomía, la frontera exacta entre Agronomía y el Barrio Cortázar. H avisa a L que va a dejarla en una entrada lateral, ya que, de esa manera, él corta camino. Aún algo temerosa, L se arrepiente de no haber recolectado más información sobre el barrio. Se promete buscar un kiosco y comprar agua mineral antes de localizar en su teléfono la pequeña plaza donde tiene recuerdos con su madre, una plaza ubicada en el corazón de ese conjunto de manzanas recorridas por las quebradizas ramificaciones de una inmensa enredadera extendida a lo largo de varias cuadras. H detiene la camioneta. Sobre la calle apenas queda lugar para que circule un auto.

Gracias por todo, dice L. Fue un viaje raro, pero la pasé bien. Les voy a poner la estrellita en la aplicación. L tiene su bolso sostenido entre su brazo y su axila. Cuando hace un primer movimiento para salir del auto, escucha el bloqueo del cierre centralizador de las puertas. Intenta levantar el seguro de forma manual pero resulta imposible. En ese momento, el oso Kermode sale del baúl de la camioneta. Primero parece olfatear el aroma a bosta y a restos vegetales que flota en el aire. Luego se focaliza en el vehículo. L puede verlo girar en círculos alrededor de la camioneta. Como un tiburón que, con amor o con paciencia, rodea a su futuro alimento.

M pregunta a L si no le falta nada. Luego de girar su cuerpo en el asiento del conductor, H

afirma que a él le falta su filmadora. L espía la hora en su teléfono. Faltan diez minutos para el llamado de F. L abre su bolso. Allí están su urna, el paquete de M y también la cámara. L no recuerda haberla robado, y responsabiliza al oso Kermode. Evalúa que, si llama a la policía, los dos locos la acusarán de ladrona. Hace que la urna apenas se asome. Dice que no, que no le falta nada. Sugiere que quizás alguien entró al robar al auto, cuando H y M bajaron a curar al tipo que habían atropellado. Por suerte no perdí esta urna, dice L. Tiene las cenizas de mi vieja. Con razón, dice M. H pregunta a L si los restos de su madre están realmente en esa lata. L, asustada, asiente. La calle está desierta. M dice que las cenizas que entregan en los cementerios son cenizas comunes, nunca del propio muerto. Se mezclan en los crematorios, dice. Tras un silencio en que ambos niegan con la vista perdida en la calle, M ofrece que él y H pueden hacerse cargo. Explica que tanto él como H tuvieron accidentes tremendos. Dice que mataron gente y que después del juicio los dejaron volver, pero no pueden acercarse a sus familias. Estamos en *probation*, dice M. H interrumpe con movimientos de su pequeña nariz, jura que si L les deja las cenizas nadie va a revisarle el bolso. M agrega que ellos pueden enviarlas a un lugar mejor. Esas cenizas tienen un aura hermosa, dice.

L se toma un segundo para pensar. Afuera, dos bicicletas pasan a velocidad crucero. L no llega a ver quién las conduce, es como si las bicicletas se movieran por propia voluntad. El oso Kermode, distraído, las ignora. Continúa su recorrido alrededor de la camioneta. Parece ansioso, parece hambriento, parece a punto de estallar. L escucha que el seguro de la puerta se libera. Con los ojos llenos de lágrimas, apoya la urna sobre el asiento y baja de la camioneta. Se queda quieta con su bolso. Bajo la sombra de los árboles, su figura es apenas coloreada por tímidas vetas de sol. Afuera, con la torpe alegría de un cachorro, el oso Kermode da media vuelta y avanza hacia ella. Parece haberse apaciguado. El oso Kermode abraza a L y le aplica un cariñoso lengüetazo en el cuello. A través del cuerpo ahora traslúcido del oso Kermode, L observa que H y M han abierto la urna con las cenizas de su madre. La urna está apoyada sobre la tapa de la pequeña cavidad subsidiaria que la camioneta color verde botella tiene en la separación entre las butacas delanteras. L distingue que H y M se alternan para inclinarse sobre la urna, como si picoteasen. Al afinar su mirada, L comprende que ambos tienen unos tubos delgados y flexibles que parecen gruesos trozos de cable, quizás billetes enrollados, y que esnifan las cenizas de su madre interrumpidos por lo que L imagina como ligeros acomodamientos de tabique nasal y profundas inspiraciones regocijadas.

El oso Kermode parece percibir lo mismo que L y se abalanza contra la camioneta. Su pesado cuerpo de poco más de cuatrocientos kilos rebota contra la carrocería y cae atontado sobre el asfalto. Dentro de la camioneta, los hombres suspenden su actividad por el impacto. Miran hacia afuera. H limpia su nariz con su antebrazo. Con un movimiento de hombros, M parece ensayar una disculpa. Pronto la camioneta arranca y se pierde en dirección a Avenida San Martín.

L abre su bolso y retira el paquete de M. Intenta adivinar su contenido a través del tacto.

Imagina un monedero, quizás una caja de bombones. Le gustaría comerse un bombón; su madre decía que siempre es bueno comer algo dulce en los momentos amargos. Quizás comerse todos los bombones, juntos, directo de la caja. L rasga el envoltorio y lo que encuentra bajo el papel de regalo es un espejo de mano, con mango y marco de carey, hermoso, aunque con algunas manchas de humedad. L se observa en el espejo. Se percibe madura, con ligeras arrugas alrededor de los ojos. Se siente cansada y de pronto comprende para qué sirve ese espejo. No libre de dolor, se agacha hacia el oso Kermode que, algo atontado, la aguarda sobre el asfalto de la calle que traza el perímetro de Agronomía. El oso Kermode parece una alfombra de oso Kermode. L se acerca a su hocico, repara en unos ojos que, con la brutalidad de siempre, la miran sin comprender. Entonces L hace que el oso Kermode se observe en el espejo.

Lo que sigue sucede de manera rápida. Al verse en el espejo, el oso Kermode comienza a desintegrarse. La imagen es similar a la de esos documentales donde, con una cámara acelerada, se exhibe el nacimiento, la vida y la muerte de una flor. Sin embargo, L considera que la muerte del oso Kermode es un espectáculo muchísimo más salvaje, o conmovedor. Al final, el oso Kermode queda reducido a una pila otoñal de hojas de árboles que desentonan con el estridente verde de Agronomía. La figura del oso Kermode sobre el asfalto, hecha de hojas secas, hojas de miel pura, de un color similar al del sendero de canela que el oso Kermode tenía en su lomo, a través del pelaje blanco.

LOS SINTONIZADORES

Al final, luego de más de dos meses de entrevistas con diversas candidatas, Alejandra había elegido a Selva como la chica que la ayudaría en las tareas domésticas. Muchacha, sierva, camuca. Así la llamaban con Damián durante diálogos nocturnos, incluso antes de haberla elegido, cuando abordaban la cuestión acostados uno junto al otro, las luces apagadas, rodeados por los cascabeles que desde hacía meses Damián había impuesto y desparramado por diferentes escondites de la habitación y hasta en el living gracias a un protocolo recomendado en el Centro de Fertilidad, de resultados estridentes a la hora del sexo y nulos en términos de procreación. Un andamiaje que Alejandra toleraba con amor, sí, con amor y con paciencia.

Hasta Selva, la mayoría de las candidatas habían llegado a través de recomendaciones personales que nunca funcionaban. Por eso, agotada de limpiar inhóspitas geografías y filosos recovecos del departamento de tres ambientes a estrenar que sus padres les habían cedido hacía menos de un año, Alejandra había decidido contactarse con una agencia de personal doméstico. No había elegido la agencia más cara, que en el sitio de internet pedía un adelanto sin importar el resultado del reclutamiento, prometía nivel ejecutivo y mostraba dibujos algo abstractos de señoras maduras y esbeltas, serias y comprensivas. Sin consultarlo con Damián, Alejandra había pedido tres candidatas en la agencia cuya página tenía a su juicio una comunicación más funcional. La que parecía estar más enfocada en resultados concretos, en ofrecer gente capaz de frotar el sarro de un inodoro con el tipo de cepillo indicado.

La página de la empresa escogida tenía unas guardas laterales que lograban que Alejandra recordase las frazadas que su abuela solía tejer en los inviernos. Su abuela había sido una abeja reina incapaz de realizar el lavado de una taza sucia, pero laboriosa a la hora de tejer enormes frazadas de lana de colores que regalaba a cada uno de sus nietos cuando cumplían diez años. Frazadas con dibujos romboidales que todos conservaban y que, en ese invierno, Alejandra había olvidado buscar. Temía haberla perdido en la mudanza.

Tras su abandono de un empleo estable en una consultora, Alejandra no terminaba de adaptarse a su nueva vida de reclutadora *free-lance*. Su trabajo consistía en conseguir gente, por lo general

demasiado rica o demasiado pobre, para estudios de investigación de mercado. Alejandra había recolectado bases de datos en su deambular por diferentes agencias de marketing, un reaseguro para su retiro hogareño. Le gustaba convocar a personas comunes, gente de bien, el rumor invisible de una sociedad compleja y segmentada. Se preocupaba de que recibiesen los premios que se entregaban a cambio de la información que proveían. Alejandra había terminado su carrera de comunicadora social con una tesis sobre revistas culturales autogestionadas.

Selva fue la tercera entrevistada durante aquel viernes. Alejandra había decidido concentrar las entrevistas en lunes y viernes porque eran los días en que se celebraban menos grupos focales. Los lunes, porque la gente solía faltar en mayores proporciones, y los viernes por una cuestión metodológica, ya que las sensaciones de los consumidores se distorsionaban ante la proximidad del fin de semana. Alejandra había comenzado el día con un buen presentimiento. Mientras desayunaba un té de jengibre con tostadas de pan integral, el noticiero en volumen bajo, aceptó con cierta culpa que, de una forma casi maniática, venía proyectando en las candidatas los defectos de quienes se las habían recomendado. Si la chica venía de parte de un amigo de Damián, era probable que fuese improvisada. Sus amigas le enviaban material de descarte. Por la falta de experiencia familiar con las domésticas y cierta filosofía neohippie, sus ex compañeras de trabajo eran incapaces de distinguir la calidad en la servidumbre.

En momentos de frustración, y antes de ponerse en contacto con la empresa de servicio doméstico, Alejandra había considerado cambiar el instrumento de reclutamiento que había confeccionado junto a su madre. Alejandra le había pedido ayuda en un momento de desesperación, pero no se arrepentía. Resolvieron la cuestión en una confitería especializada en *cupcakes*, *cheesecakes*, *puddings* y *bagels*. Aunque con el tiempo Ana María había aprendido a no intervenir en cuestiones de la vida cotidiana de su hija a menos que ella lo solicitase de forma explícita, al terminar había sentido que una porción de su experiencia de vida se había volcado en ese instrumento. Alejandra le había impuesto ese nombre, instrumento, como se conocía a los cuestionarios en la jerga del marketing. Ana María insistía en llamarlo “cuestionario de admisión”.

Minutos antes de que Selva llamase a la puerta, mientras mordisqueaba su tostada, Alejandra decidió ser menos rigurosa con las fallas. Describime los pasos que tomarías para limpiar un baño. ¿Cómo tiene que verse una camisa para decir que está bien planchada? Cuatro platos de bajas calorías que te salgan bien. Por favor, poné un lugar en la mesa para un día en que tenemos invitados. ¿Cuántos días por mes limpiarías las ventanas del frente y con qué producto? ¿Sabés usar lavavajillas? ¿Me pasarías tus usuarios en redes sociales? ¿Sos mamá? ¿Qué harías si tenés que cuidar a un bebé que llora sin parar?

Esta última pregunta era la más importante, la primera que su madre había sugerido. Desde que Lidia —mucama anterior de Alejandra, ocho años en servicio, tres de ellos previos a conocer a Damián, experta en manchas difíciles y sutil consejera sentimental— se había vuelto a vivir al

Perú, ninguna había podido hacer bien ni la mitad de las cosas. Las únicas tres que Alejandra llegó a contratar antes de la confección del instrumento habían fracasado en menos de dos meses. En el medio, había tomado la decisión de poner un plazo al tratamiento que Damián estaba realizando para recuperar —Damián decía “invocar”— la fertilidad. Tras ese período, iniciarían los trámites para una adopción, algo frente a lo cual Damián se mostraba reticente. Alejandra quería desarrollar confianza con la elegida, educarla como una ladera fiel que la ayudaría a estrenar la maternidad. Una alumna, una asistente. Quizás, con suerte, una cómplice.

En la pantalla, mientras esperaba respuesta tras haber tocado el timbre del edificio, Selva parecía tener una década más que los cuarenta años declarados en su currículum. Alejandra no quería chicas jóvenes que hurgasen el cajón donde guardaba su lencería. El aspecto general de Selva era desgredado. Campera de jean dos o tres talles más grandes y zapatillas deportivas Reebok que parecían de básquet. Una vez que la hizo pasar, al verla más de cerca, le llamó la atención el corte de pelo moderno, un corte de chica burguesa, y el piercing que Selva tenía encima de su ceja derecha. “Si la señora quiere me lo puedo quitar”, dijo Selva sin que Alejandra llegase a decir palabra sobre el asunto. “La verdad, ya me tiene un poco cansada”. En cierto punto a Alejandra le pareció más simpático tener personal doméstico con un piercing que la cortesía; le dijo que con eso no había problemas. Tampoco iba a hacerla usar uniforme.

Selva no era gorda, pero tenía una panza redonda, casi masculina, que llevaba con cierto desparpajo e inesperada dignidad. Estaba casada desde hacía quince años, había conocido a su esposo cuando ambos trabajaban como personal de limpieza en una sucursal del supermercado Jumbo. Hacía dos años su marido había sido víctima de un accidente ferroviario en el que había perdido un brazo. Todavía trabajaba en el supermercado y le mantenían el sueldo, pero sus posibilidades de ascenso eran nulas, y los gastos de mantenimiento de la prótesis biomecánica que había recibido de parte del Ministerio de Desarrollo Social eran altísimos.

En su currículum vitae, que entregó a Alejandra en una prolija carpeta de plástico sin importar que la información estuviese online, Selva declaraba dos años completos de una tecnicatura en periodismo cursada en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Alejandra había comprobado que Selva tenía estudios terciarios más prolongados que Santiago, su hermano menor, un músico vocacional que aún era subsidiado por su padre y que había pasado una breve y alucinógena temporada en el Conservatorio Nacional. De principio a fin, sólo con un leve error en lo tocante a las preparaciones que podían calentarse en el microondas, Selva había atravesado el instrumento con el aplomo de una maratonista avezada. Tras convidarle un té mientras intentaba mantener una conversación rutinaria, y sin dudarle, Alejandra le preguntó si podría empezar a trabajar el lunes siguiente. Pasados los tres meses de período de prueba, Selva sería efectivizada y cobraría sus haberes en blanco.

En los descansos de una nueva rutina de ejercicios abdominales con poleas atadas a los pies que le habían indicado en el Centro de Fertilidad, y ante las preguntas de Alejandra, Damián juraba leer en Selva un aura negativa, un segundo pensamiento, una ironía sabotadora en la forma de ordenar los utensilios de cocina o de apilar las prendas de ropa recién lavadas. Por lo general Alejandra confiaba en las intuiciones melancólicas de su esposo. Sus rulos negros y apenas nevados, como antenas sensibles al murmullo del mundo, un futuro mejor en la sonrisa de dientes blanquísimos donde Alejandra había sabido encontrar la paz. Esta vez, sin embargo, sabía que se trataba de otra cosa: la presencia de Selva lo amenazaba. Damián, el cuerpo contorsionado entre sogas elásticas que también incluían pequeños cascabeles que debían estar en contacto con su piel, decía que con lo que Selva cobraba podían pasar un fin de semana por mes en Mar de las Pampas. Alejandra intentaba cambiar de tema, pero su preocupación por la inmadurez y el deseo de aislamiento de su esposo crecía. Desde que había empezado con el Centro de Fertilidad al que Alejandra llamaba “la secta”, Damián había dado de baja todos sus perfiles en las redes sociales. Hacía alrededor de un año también había dejado de frecuentar a sus amigos. Alejandra sospechaba que eso había tenido que ver con bromas o comentarios sobre su capacidad de procrear. En un principio, le gustó que su marido dejase de frecuentar a ese grupo de mediocres adoradores de la prostitución y del automovilismo. Ahora no estaba tan segura sobre lo provechoso del aislamiento de Damián, y mucho menos sobre la influencia de la secta.

Una tarde de domingo, mientras almorzaban rodeados de turistas en la Plaza Dorrego, Alejandra le aseguró a Damián que nunca habían tenido una persona que planchase de esa manera, y le contó que Selva había criado a más de catorce chicos en el Partido de Malvinas Argentinas, entre hermanos y sobrinos. Justamente por eso Selva se había ligado las trompas de Falopio a los dieciséis años. Selva se lo había contado en uno de los pocos momentos de conversación íntima que Alejandra había logrado generar, cuando aprovechó ella también para confesarle que con Damián estaban buscando un bebé, que por primera vez se sentía preparada. Damián pareció no escucharla y pidió el menú para elegir su postre. Más tarde, al pensarlo durante alguno de sus recreos entre llamada y llamada a los candidatos para un grupo donde Arcor testearía salsas deshidratadas, Alejandra se dio cuenta de que su manera de enfrentar el tema con Damián había sido torpe. La verdad era que ya no sabía cómo hablarle.

Alejandra era consciente del miedo que sufría su marido. La larga búsqueda de la muchacha había sido un paréntesis perfecto, una crisis ideal para que Damián se replegase en su secta y no terminase de aceptar su esterilidad y la necesidad de operacionalizar la cuestión de la adopción. La presencia de Selva era una corriente que empujaba a Damián hacia afuera de su limbo de ayudante perfecto, de comprador de productos de limpieza, de solucionador de pequeños accidentes eléctricos, para hacerlo asumir que había llegado el momento, dejar de ser hijo,

olvidar el esoterismo de la secta. Construir, como le decía Alejandra, su propio modelo de paternidad. Al sentirlo vulnerable, Alejandra lo amaba de forma más intensa. Quería dar vida también a su marido, cocinarlo como su madre horneaba budines de miel. Incubarlo y que esa masa cruda y goteante saliese del horno con aroma a naranja y una dura costra azucarada que lo conformaría como un nuevo padre, esposo y amante.

3

Selva golpeó la puerta del escritorio de Alejandra, que en ese momento chateaba con una mujer que cancelaba su asistencia a un grupo focal sobre quesos untables. La oficina hogareña de Alejandra tenía muebles de metal, una gran réplica de Rothko que le había regalado su hermano mayor, el granjero, cuando todavía no era granjero sino que administraba una cadena de restaurantes especializados en tortillas. Sobre el suelo una alfombra comprada a artesanos en Salta, y hacia el este un pequeño ventanal circular que daba a otro edificio en refacciones.

Al verla recortada en el marco de la puerta —que Selva había golpeado aunque estaba abierta—, Alejandra presintió lo peor. Un nuevo viaje, Selva junto con Lidia en el Perú, ambas hablando mal de ella, o quizás otra oferta de trabajo en una mansión, el buen servicio no era fácil de conseguir. Con aire profesional, en un intento de demostrar que había sido interrumpida pero que de todos modos daría lo mejor de sí para resolver el problema, solucionar la demanda, minimizar los daños colaterales de un nuevo éxodo, Alejandra le dijo a Selva que si quería hablar tomase asiento. Le señaló el sillón con respaldo de cuero verde inglés ubicado junto a los volúmenes de Derecho de la alargada biblioteca de caoba de Damián, mueble que Damián nunca usaba porque no quería llevarse trabajo a casa. Selva se frotaba las manos con incomodidad. Ahora su panza parecía una mochila de alta montaña, un cargamento que Selva no había considerado antes de iniciar el ascenso y del cual no se animaba a deshacerse. Parecía más vieja. Sus primeros rodeos no fueron fáciles de entender. Luego de algunas preguntas retóricas y comentarios sobre la lista de compras en el supermercado, Alejandra comprendió que lo que Selva quería decirle era algo que podría cambiar para siempre la naturaleza de la relación que estaban construyendo. La desapegada eficiencia y el desdén relajado que Selva paseaba por el departamento parecían haberse desvanecido.

Empezó a decir que esperaba que la señora no lo tomase a mal, pero que se había quedado pensando en lo que le había dicho sobre tener un hijo, y se le había ocurrido una propuesta. Alejandra sintió el impulso de pegarle un sopapo. Pudo ver a contraluz, sobre un escudo del colegio secundario que Damián había apoyado en su escritorio como dique de contención ante la invasión de los objetos de Alejandra, un chorro de sangre que brotaba desde el cuello de Selva. Fino, casi fruto de la hidrolavadora con la que el vecino de abajo solía limpiar su auto, sangre

artificial de película japonesa, patinosa y brillante pero fácil de limpiar. Dejó que Selva hablara hasta que entendió que no se trataba de un chantaje ni de un ataque hacia su pareja, ni siquiera quería darle un consejo. Selva le estaba ofreciendo una criatura, una bebé que nacería en una semana, a lo sumo diez días. Con papeles, aclaró. Mencionó un precio, una suma de dinero. Menos que un cero kilómetro, pensó Alejandra, cero burocracia. Sin traslucir emociones, le dijo que lo pensaría, y Selva regresó a limpiar los vidrios de la ventana del living.

Casi no se hablaron durante el resto del día.

4

El viaje en subte le había parecido más largo de lo esperado. Alejandra tenía un libro en la cartera, una novela de un autor norteamericano de padres etíopes, pero no había tenido la voluntad para retomarla, además no consiguió asiento hasta la antepenúltima estación. Unos chicos de colegio secundario, con uniformes y bufandas a cuadros grises y verdes, se reían y se mostraban fotos en los teléfonos. Facciones desproporcionadas, labios de mujer que colgaban sobre mentones infantiles, narices de funcionarios públicos mal ensambladas en rostros demasiado pequeños para sostenerlas. Los peinados que parecían tallados con un pelapapas y esa manera torpe de comunicarse produjeron en Alejandra una repugnancia particular. Sin embargo, se sentía dispuesta a volver a la adolescencia desde los vuelos rasantes de la maternidad, como una gaviota que identifica a sus presas en el océano perlado y sin pensarlo, tras superar el escozor propio del cambio abrupto de temperatura, disfruta del fragor de la cacería subacuática.

Al subir por la escalera mecánica una bruma lubricante entre su ropa y su piel, las huellas en el cuerpo de la anterior noche de sexo con Damián. Que ya había superado la fase en la que le pedía que lo atara con los mismos elásticos que utilizaba para hacer gimnasia, y ahora sólo le colocaba un collar con uno de los cascabeles fertilizantes a la hora de coger, uno de los mismos cascabeles que el propio Damián se ataba por el cuerpo —rodilla derecha, pubis, corazón, hombro derecho— y distribuía por diferentes rincones de la casa. Ovillada en jadeos posorgásmicos, Alejandra había dudado, pero al final no se había animado a comentarle la propuesta de Selva. Al menos no antes de consultar el tema de la adopción con Melina, su amiga militante en cuestiones de género, que ya había incorporado a su familia a seis chicos abandonados por diferentes madres. Luego de asumir su homosexualidad a los veintidós años, Melina se había convertido en una de esas personas que no retroceden. Alejandra todavía recordaba el picnic frente al río que su amiga había organizado para comunicar la noticia a su grupo más cercano, una cesta de mimbre con cerveza artesanal, frutas y quesos ahumados.

La ubicó frente a lo que parecía un jugo de melón apenas entró en aquel bar con paredes de ladrillo rústico donde habían acordado el encuentro. Con anteojos de marco anaranjado, instalada

en una mesa para cuatro personas a pocos metros del enorme ventanal que daba a un jardín interno, Melina leía una tableta electrónica y había desplegado unos papeles sobre la mesa. No se veían hacía cuatro meses, cuando habían coincidido en el cumpleaños de trece años de la hija de Soledad, la primera madre en su grupo de amigas del colegio.

Alejandra le había pedido el encuentro el día de la propuesta, apenas Selva se había ido de su casa. Sabía del esfuerzo que concretar esa reunión representaba para Melina, mudada al Delta del Tigre, donde trabajaba en un centro de atención para casos de violencia doméstica. En primer lugar, acercarse hasta Belgrano. Eran poco menos de las cinco de la tarde y el encuentro había sido programado como un té. Pese a haber almorzado una exquisita lasaña vegetariana cocinada por Selva, Alejandra eligió una ciabatta con rosbif, tomates disecados, portobellos y mayonesa de oliva. Con una sonrisa de ex anoréxica, Melina comentó que el pedido calórico agregaba misterio al encuentro. A medida que rompían el hielo y hablaban de amigas en común y de las medidas económicas del gobierno, y luego de que Melina le explicase que esa carpeta que tenía abierta sobre la mesa contenía denuncias y expedientes que debía analizar, Alejandra sintió que su enorme conflicto podía defraudar a su amiga, un capricho burgués para una persona acostumbrada a lidiar con mujeres y niños golpeados. Observó en Melina arrugas en la comisura de los labios, invisibles para la internet, rayones en la parte trasera de su computadora, manchas de café en los papeles.

El mozo, un chico flaco y demasiado distraído para sus uñas perfectas, trajo los pedidos, y casi sin pensarlo Alejandra solicitó pimienta y sal. Melina celebró la demanda de sal sin haber probado antes la comida como algo que siempre la haría pensar en Alejandra. Rosa, una de sus hijas, era igual. De su cartera de cuero imitación cocodrilo extrajo un blíster de pequeñas pastillas romboidales que el pudor de Alejandra prefirió no interrogar. Después de escuchar algunos pormenores jurídicos de la última separación de Melina, Alejandra tragó el último pedazo de su sándwich y, por primera vez en su vida, quebró el pacto de silencio sobre la esterilidad de Damián con alguien exterior a su familia. Melina la escuchó con respeto y unas pocas muecas que irradiaban apertura mental. Revolvió su café tres veces durante el parlamento de Alejandra, con movimientos apenas perceptibles en su ceja izquierda y un solo cambio de posición, como si eso la ayudase a obtener un diagnóstico correcto. La cuestión legal podía resolverse con mayor facilidad una vez que la bebé estuviese viviendo con ellos, y si conseguía un documento de validez jurídica que evidenciase que los progenitores querían dejarla a su cargo todo iría mucho mejor. Podía ser algo casero, no necesitaría ni siquiera un escribano. Aturdida por el sonido del televisor del bar, Alejandra perdió la atención en el monólogo de su amiga durante un lapso de tiempo, pero llegó a escuchar que Melina la felicitaba, le decía que era muy valiente, y volvía a preguntarle si estaba segura, porque eso era algo para toda la vida. Tenía que empezar a preparar la bienvenida para la bebé.

Melina apoyó sus anteojos en la mesa, terminó su café de un sorbo y le agradeció por confiar en

ella, la adopción era un cambio de perspectiva radical. Juró que Alejandra podría consultarle lo que quisiera, incluso ella podría haberla ayudado en la búsqueda. Empezó a interrogarla sobre aquello que consideraba sustancial: la opinión de las familias, el tipo de educación a la que se aspiraba, cómo se llevaría a cabo el reemplazo de la leche materna, y la posibilidad de que la bebida fuese acompañada por hermanos también adoptivos en un lapso relativamente breve. Alejandra quiso decir que para ella una era suficiente, que todo había sido demasiado rápido, pero sólo balbuceó evasivas. Además, la posibilidad de recibir una negativa de Damián era real.

Se despidieron en la vereda, ambas con los abrigos cerrados y las carteras cruzadas sobre el pecho. Al separarse, Alejandra cruzó la calle para confundirse entre un grupo de personas que salían de un centro de pagos. Necesitaba caminar, ordenar las ideas y armar la escena de esa noche, tenía que comunicarle la noticia a Damián. Faltaban apenas quince minutos para que Selva terminase su jornada de trabajo. Le envió un mensaje donde confirmaba que no llegaría y le decía que a más tardar al día siguiente le daría una respuesta sobre la cuestión que habían conversado.

5

A través de la ventana, el sonido del camión de basura le pareció amigable, una compañía inesperada por encima de la respiración honda de Damián. Por algún motivo habían empezado a dejar encendida la luz del living mientras dormían, y esa luz se filtraba por debajo de la puerta. Era la segunda noche que pasaban junto a Alelí, que dormitaba dentro del moisés con tules que le habían comprado esa misma tarde. Alejandra se levantó, apoyó sus pies descalzos en el suelo y se acercó a observarla. Por un segundo temió que estuviese muerta. Ni siquiera podía sostener su propio cráneo, un detalle en la constitución de los bebés que siempre le había parecido revelador de la fragilidad de la especie. Alelí era casi un murciélago, sus ojos grises apenas se entreabrían cuando le acercaba la mamadera con la leche materna que Selva les había traído en unos recipientes de vidrio con tapa a rosca. Alejandra apoyó un dedo por encima de la frazada que le había tejido su abuela —la había encontrado guardada en una bolsa, al fondo de un placar alto— y pudo sentir el palpito de la respiración de su hija. Quiso acariciarla, llenarle de besos el cráneo blando y recorrido por espirales de pelusa. Damián giró sobre su cuerpo y estiró el cubrecama con una suerte de gruñido.

Habían acordado que, en los primeros cuatro meses, ella se despertaría a arrullarla y alimentarla durante las noches de los días de semana, y Damián lo haría sábados y domingos. Alejandra se preguntó dónde habría quedado su teléfono, se había puesto como plazo comunicarle la noticia a su madre antes del fin de semana, y también a sus amigas, Melina era la única que estaba al tanto. Todo había pasado demasiado rápido. Con sumo cuidado en las pisadas, Alejandra retrocedió y hurgó en su mesa de luz. Había recetas médicas, dos pares de anteojos de sol, anillos,

un libro de Winnicott que recién había empezado a hojear, unas tijeras y un alicate para uñas, dos fotos ajadas y algo polvorientas de su bisabuela, un termómetro que no estaba segura si funcionaba, una receta de antidepresivos vencida y monedas mexicanas. Debía haber dejado el teléfono en el living, después de comer se habían sentado ahí a terminar el vino de la cena.

Volvió a confirmar que Alelí durmiera con placidez y sintió que podía pasar la noche entera ahí quieta, una centinela en camión, su conciencia concentrada en ese cuerpo diminuto que parecía brillar en la oscuridad. Salió de la habitación en puntas de pie y a mitad de camino se escuchó el llanto agudo y amortiguado de la bebé, un sonido que en un primer momento parecía de pájaro. Alejandra giró sobre su eje, pero antes de ir a alzarla y a llevarle la mamadera decidió hacer una escala en el baño. Quería que sus respuestas no fuesen del todo inmediatas, que poco a poco su hija —era impresionante la velocidad con la que empezaba a sentirla como una prolongación suya— se acostumbrase a soportar la incomodidad del mundo. Al salir del baño la encontró en brazos de Damián, que le hacía muecas y la mecía con una seguridad imprevista. Damián no pareció percibir su presencia y Alejandra se quedó quieta hasta escuchar que, sin levantar la vista, le decía que ahora se ocupaba él, que durmiese un poco porque los esperaba un día importante.

El comentario se originaba en un pacto que Alejandra había aceptado casi sin pensar la noche después de su encuentro con Melina, cuando Damián había aceptado con extraña rapidez y docilidad la propuesta de comprarle una bebé a Selva. Un mes en Roma o en París con pasajes, había calculado antes del sí definitivo. Aquella noche Damián la había esperado para cenar con un pollo al *spiedo* y ensalada de quinoa con espárragos. Alejandra adoraba esa combinación. Recién en la sobremesa, mientras comentaban el estado de situación de la familia del octavo piso, que no pagaba las expensas y tenía problemas de plomería que afectaban al departamento del séptimo, Alejandra lo había interrumpido con la propuesta de Selva. Ser tres en lugar de dos de una vez por todas. Con su cabeza apoyada en el regazo de Damián, que hacía *zapping* en el sillón del living, Alejandra no lo había planteado como una posibilidad sino como un deseo, llena de lágrimas y con voz temblorosa. Tras un largo silencio y una única pregunta —¿de dónde saca la tita esa al bebé?—, Damián había dado aprobación, se había ido, y luego de una escala en la cocina había vuelto con dos cervezas artesanales para brindar.

En el brindis Damián la había besado, le había dicho que tendrían que comprar muchas cosas, desde pañales hasta una pequeña bañadera, y al final, antes de que la euforia empezara a apaciguarse, agregó que entonces, para dar por cerrado el proceso, ella debería acompañarlo al Centro de Fertilidad en los próximos encuentros. Alejandra recordó los casi ocho meses que habían pasado separados cuando Damián se había ido a cursar su posgrado a los Estados Unidos. Aquel viaje introspectivo a Tierra del Fuego que su madre le había regalado, las llamadas por Skype, la resistencia a tratarse como extraños y la nueva forma de acostumbramiento que se producía en cada reencuentro en Buenos Aires o en Phoenix. No pudo evitar sentir una ternura infinita por ese hombre de pelos en los hombros que de pronto solicitaba su compañía para lidiar

con los baches de su masculinidad. Terminaron enredados en el sillón del living y cogieron al natural, como en las viejas épocas, sin cascabeles ni elásticos. Luego, entre los vahos del alcohol, la llegada de Alelí y la emoción concentrada, Alejandra había borrado de su memoria la promesa de acompañarlo a la secta.

Sin poder conciliar el sueño, Alejandra pensó que el reclamo de Damián no tenía nada que ver con el deseo de ser padre, ni con un modelo maduro de parentalidad, sino con la necesidad de pertenecer a algo, un arrebató gregario. Lo veía en todos los grupos focales, una reacción que trascendía estatus y clústeres. Hacerse un lugar dentro de la manada, dejar una huella en la memoria grupal. Decidió que iría a la secta para que Damián la exhibiese como trofeo por esa única vez, única y última, intentaría escuchar y ser amable, un breve esfuerzo, conocería al famoso Hermano Armando. Después, al volver a casa, se encargaría de que las poleas ridículas y los cascabeles de Damián viajasen al pasado dentro de una bolsa reciclable de basura.

6

Damián tomaba café sentado de espaldas a la mesa y frente al horno, mientras Selva se encargaba de limpiar la mesada de mármol de esa cocina pintada de celeste pastel y amarillo tenue. Desde el living, Alejandra escuchó que conversaban en voz baja. No era la primera vez, Alejandra sentía que, desde la llegada de Alelí, Selva la trataba cada vez con mayor distancia. Supuso que Damián seguía muy preocupado por los genes de la bebé, su rudimentaria manera de desconfiar de un origen social desconocido. Alejandra, en cambio, quería saber lo menos posible de la procedencia biológica de su hija. Decidió mudar el moisés de Alelí a su dormitorio, quizás darle una última mamadera antes de salir. Hizo rápido el traslado de la bebé y quedó a la escucha del diálogo entre Selva y su marido. Damián le preguntaba cuánto tardaría en llegar el papel que Selva les había prometido, y si había recibido bien la transferencia del honorario. Las respuestas de Selva llegaban como a través de un vidrio o del sonido de una ducha, ruidos de frascos al moverse y de vez en cuando el temblor del lavavajilla. Por lo que podía reconstruir Alejandra, Damián no parecía del todo conforme con las respuestas, que si bien eran certeras parecían aprendidas, o ensayadas. Alejandra volvió a levantar a Alelí, que se había agitado. De a momentos sentía que la bebé tenía la necesidad de comentar las situaciones, una inteligencia ancestral o un finísimo umbral de percepción que quizás iría perdiendo con el tiempo. A veces le parecía que Alelí no lloraba, sino que más bien quería gritar algo, una verdad fundamental, inventar un lenguaje que le permitiese hablar con la naturaleza. La tranquilizó hasta que escuchó los pasos de Damián, que la buscaba en su habitación para anunciarle que se hacía tarde y que lo mejor iba a ser tomar un taxi hasta la secta.

Cuando llegaron a la dirección indicada —una casa de estilo antiguo en el barrio de Once,

rodeada por una mercería y un negocio que vendía tela por metro del que salían y entraban changarines con enormes rollos de algo que parecía polar verde militar cargado en sus carros—, Damián pagó y dejó una generosa propina. Le explicó a Alejandra que siempre, antes de desembarcar en el Centro de Fertilidad, los miembros debían ayudar a alguien, porque fecundar era la forma más bella y primigenia de compartir. Alejandra se preguntó qué habría hecho su marido los otros días, si siempre dejaría propinas, si sería un payamédico encubierto. Se sorprendió al no poderlo imaginar en ningún tipo de acto espontáneo que incluyera beneficiar a desconocidos; Damián era del tipo desconfiado de personas. Al menos antes de entrar a la secta.

Les abrió un chico joven, vestido con una suerte de traje de judo atravesado por una faja de satén estampada con dibujos de abiertas ostras marinas que despedían rayos. Saludó a Damián con un abrazo y Damián se lo presentó a Alejandra, se llamaba o se hacía llamar Taino. Avanzaron por un patio muy pulcro de baldosones en damero, flanqueado por macetas de caña llenas de cortaderas. Alejandra se preguntó si serían artificiales, mientras observaba la poca luz que se filtraba entre los listones de un toldo metálico bastante descascarado y con algunos bollos. En el medio del patio, una mesa de jardín y un hongo calefaccionador apagado.

El patio funcionaba de distribuidor hacia cuatro puertas cerradas, con carpintería de aluminio que parecía alemana, cubiertas con mosquiteros negros. Damián explicó que dos de esos cuartos eran para meditación silenciosa, otro era la habitación de los monjes y el restante la cocina. Como no tenían fines de lucro, los hermanos llevaban una vida ascética. Al parecer se financiaban con donaciones, ya que la secta estaba en más de sesenta países. Alejandra recordó la reticencia de Damián a relatarle cualquier detalle vinculado a los miembros de la secta, a mostrarle fotos del lugar, a explicarle la función de esos cascabeles ridículos que se ponía para hacer gimnasia y le rogaba utilizase en la intimidad. Empezaba a sentirse una intrusa. Mientras avanzaban por el patio hacia una escalera revestida con baldosas octogonales iguales a las de la vereda, Alejandra padeció un mareo que la hizo sentir que se resbalaría en cualquier momento. Apretó fuerte la mano de su marido, que le devolvió la confianza y antes de pasar hacia la terraza le dedicó una sonrisa.

En la planta superior había una construcción de lona semitransparente que reveló ser un enorme gazebo cuyo suelo estaba tapizado con colchonetas celestes. Alejandra recordó la protección invernal para la pileta de su colegio. Al gazebo se accedía a través de lo que parecía un cuarto de herramientas con puerta de chapa y paredes de fibra de vidrio. Desde ese cuarto, por un ventanal, podía verse un grupo de ocho personas, seis hombres y dos mujeres, vestidas con los trajes de judo y las fajas, que hacían flexiones de brazos sobre las colchonetas. Los dirigía un hombre con un mameluco rosado. El hombre, rapado, tenía unos ojos celestes de fondo líquido y usaba una gruesa cadena de plata alrededor del cuello. Visto desde lejos, a Alejandra la hacía acordar a un antiguo director de contenidos creativos que había conocido casi una década antes.

Damián le dio un beso en la frente y con algo de temor le dijo que la rutina ya había empezado, que iba a cambiarse ahí mismo y se sumaba. Le avisó que por haber llegado tarde recién podrían

hablar con el Hermano Armando una vez terminada la actividad. Luego le señaló unas revistas apoyadas sobre una mesa ratona hecha en vidrio y empezó a desvestirse con movimientos incómodos. Alejandra entendió que debería observar la sesión entera de terapia grupal de ese conjunto de locos sin poder salir de ese lugar. Sabía que tenía trabajo pendiente y además extrañaba a su bebé, quería estar con ella, le había parecido que Selva era demasiado artificiosa al simular cariño ante una vida que ya había vendido y que, si recibía una oferta superadora, probablemente estaría dispuesta a entregar de nuevo.

Decidió sentarse en un sillón de cuerina beige. Damián no se conformaba con que ella se quedase en casa y se hiciera cargo de la bebé casi todas las noches, sino que ahora había avanzado sobre su tiempo durante el día y la obligaba a participar de esa ridiculez. Miró a su alrededor. Detrás de la pequeña mesa con revistas había un perchero del que colgaban bolsos y de abrigos. ¿No era un poco promiscuo que todos se cambiaran en aquel sucucho? ¿Cuánto costaba ese tratamiento por mes? ¿Quién lavaba los trajes? Alejandra recordó que la recomendación había llegado de parte de Indio, el analista de Damián. Cómo podía una persona confiarle sus secretos a alguien llamado Indio, alguien que desde su propio nombre mostraba una grieta de desequilibrio en la historia familiar. Al menos al imbécil el tiro le había salido por la culata, porque al poco tiempo de ingresar en la secta Damián había abandonado la terapia. Alejandra intentó relajarse. Del otro lado del acrílico que la separaba del enorme invernadero con colchonetas, los yudocas habían conformado un círculo sobre el suelo, tomados de las manos. El Hermano Armando entraba y salía del círculo con una mímica que sugería estaba dictando ejercicios respiratorios.

Había dos mujeres en el grupo. Damián nunca se lo había mencionado, sólo le había hablado de un chico que era programador, con quien de vez en cuando compartían taxi porque trabajaba en una empresa que quedaba cerca de la ONG donde, gracias a un contacto de la familia de Alejandra, Damián se desempeñaba desde hacía dos años. Alejandra calculó que una de las mujeres debía tener su edad; usaba el pelo corto y era extremadamente flaca, las uñas de los pies pintadas de verde palta. La otra era casi adolescente, maciza y de hombros cuadrados. Única en el grupo que conservaba puestas unas medias a rayas grises y negras que le tapaban los tobillos. Estaba tomada de la mano de Damián. El resto eran cinco hombres de diferentes edades, uno de ellos un enano que no debía medir más de un metro y medio, el pelo largo, estilo heavy metal. Alejandra sintió una oleada de calor y cayó en la cuenta de que aún tenía puesto su abrigo *montgomery*. Con gran esfuerzo logró despegarse de la planta carnívora en que se había convertido ese sillón y se acercó a colgar el tapado junto a su bufanda en el perchero. Sintió el impulso de ponerse a revisar bolsillos de camperas y sacos, incluso los tres portafolios que había apilados en el suelo. Hurgar en billeteras, documentos de identidad, dinero, papeles personales, quizás los teléfonos, agendas, libretas con anotaciones en letra nerviosa, reconstruir las vidas de cada uno de los que conformaban ese clan ajeno a la vergüenza. Rastrear el conjunto de carencias que los hermanaba más allá de los tests de calidad en el esperma.

Cuando giró para retomar su posición vio que su marido y el resto de los miembros de la secta, incluido el Hermano Armando, bailaban con movimientos algo espásticos un ritmo que la hacía pensar en el reguetón. Algunos saltaban y luego se replegaban contra las colchonetas, otros aleteaban, tres hombres en fila hacían movimientos de perreo. Quizás algo cohibido por su presencia distorsiva de la dinámica grupal, Damián giraba su cintura con una notable carencia de gracia. No había música y Alejandra no tardó en percibir unos pequeños auriculares en las orejas de cada uno de los bailarines. Se preguntó si todos escucharían la misma canción.

Con un repentino ataque de pudor, se puso a evaluar las tapas de las revistas. Apenas comenzó a hojear una revista *New Yorker* en su edición latina de noviembre del año anterior sintió un extraño dolor en el estómago, como si hubiese desayunado lava hirviente en lugar de su té. Las letras de la revista, donde leía una nota sobre el viaje de un novelista a las islas Seychelles, se movían como hormigas borrachas. Intentó concentrarse sólo en las fotos y en las publicidades, pero no daba resultado. Cerró la revista y cerró los ojos. Le vino una arcada y se levantó con un movimiento eléctrico, casi sin conciencia del esfuerzo que habían hecho sus piernas. Ni siquiera sabía si encontraría un inodoro.

Bajó la escalera a tientas. Una vez en el patio, golpeó una de las puertas y no obtuvo respuesta. Sintió un dolor profundo en la nuca, nuevos borbotones en el estómago y apenas llegó a apuntar en una de las macetas cuando el vómito estalló desde su garganta. Una arcada, y antes de reincorporarse del todo sintió una mano en la espalda. Taino se había materializado sin hacer ruido y le recogió el pelo. En ese momento, Alejandra sufrió una nueva erupción que tiñó el tallo de las cortaderas que brotaban de la maceta cargada de piedras grises. Taino le explicó que a veces arriba había poco oxígeno y le pidió que lo acompañase a la cocina. Entraron por otra puerta que Alejandra no había divisado, ubicada debajo de la escalera, donde encontró un ambiente angosto de cerámicos en color terracota, con dos grandes y silenciosas heladeras y una larga mesada de acero inoxidable. Taino le acercó un vaso de agua fresca y con un gesto le ofreció asiento en un taburete de madera. Le dijo que debía ir a responder unos mails pero que podía esperar ahí a su marido, y le alcanzó el control remoto de una pequeña pantalla de veintiuna pulgadas sostenida en uno de los ángulos de las paredes cubiertas de cerámica hasta el techo blanquísimo.

Tras pasar por varios canales, Alejandra encontró un documental sobre la vida de Michael Jackson. Necesitaba subir, recuperar su cartera, pero las piernas no le respondían. Imaginó que, justo encima de su cabeza, los yudocas empezaban a boxear y que Damián volvería con la nariz quebrada. Se acercó a las heladeras y notó que una estaba cerrada con candado. Al abrir la otra, no tenía estantes y sólo contenía unos tachos que despedían un frío olor rancio, que a Alejandra le pareció idéntico al del queso producido por el Centro del Fertilidad que Damián usaba siempre para el desayuno y la había obligado a probar en tomates rellenos, empanadas y sándwiches cuando recién había entrado en la secta. Cerró la heladera y volvió a su asiento. Dejó caer sus

brazos, terminó el agua y dormitó hasta que en un momento la puerta de la cocina volvió a abrirse. Damián, ya vestido con ropa de trabajo, le preguntó qué había pasado y la invitó a sumarse a la reunión de cierre. Alejandra le dijo que tenía dolor de estómago pero que ya estaba bien, que necesitaba volver y estar con Alelí.

Al salir de la cocina Damián le indicó sus pertenencias, dobladas con armonía sobre una silla del plástico. Taino había colocado jarras de agua sobre la mesa de jardín y paseaba una bandeja de madera con unos bastones de pan de salvado que los miembros de la secta mojaban en una mezcla del mismo queso blanco con ciboulette. Apenas salieron Alejandra y Damián, se acercó a ofrecerles. Alejandra sólo se sirvió una rebanada de pan para engañar a su estómago vacío. Pudo distinguir al programador, lo había visto en fotos, y también a la mujer de su edad, que le pareció más baja que cuando realizaba los ejercicios, y a otro chico joven con el cutis lleno de acné. El enano no estaba por ninguna parte, al igual que la chica compacta que no se quitaba sus medias. Terminaron de comer el tentempié y Alejandra se sintió un poco mejor.

El Hermano Armando llegó desde la escalera y se les acercó. Damián hizo la presentación correspondiente y Alejandra lo saludó con un beso seco, mejilla contra mejilla. Le pareció adivinar que el Hermano Armando se afeitaba la cabeza y se preguntó si el resto de su cuerpo también estaría depilado. Ya no lo veía tan parecido a su antiguo jefe en la consultora, ahora más bien parecía un ex adicto que había vivido mucho tiempo maniatado por una espesa madeja de sufrimiento. El Hermano Armando le dijo que tenía un obsequio para darle. De un bolsillo lateral a su mameluco sacó una caja rectangular cubierta de terciopelo, y encerró las manos de Alejandra entre las suyas apenas ella sostuvo el presente. Damián le pasó su brazo por el hombro y le dijo que sería mejor que lo abriese en casa, y Alejandra asintió mientras esas manos sedosas se despedían de su piel. El Hermano Armando la felicitó por la nueva integrante de la familia, le dijo que había sido una decisión valiente. “Sólo se tiran piedras contra el árbol que da frutos”, dijo, y luego aclaró que era un proverbio hindú. Se alejó con una inclinación de cabeza, justo en el momento en que el programador se acercaba a saludarla y a felicitarla por la llegada de Alelí.

Cuando se fueron Damián envió un mensaje desde su teléfono pidiendo el día de trabajo. Alejandra no quiso otro taxi. Ahora con Alelí debían aprender a controlar los gastos, así que volvieron juntos en subte. Se sentía mejor, aunque su cabeza no terminaba de acomodarse, no podía dejar de pensar en la familiaridad con la que la habían tratado esos locos. En el viaje, Damián le cedió un asiento y se puso a responder comunicaciones desde su teléfono mientras Alejandra intentaba descansar. Necesitaba tomar fuerzas antes de ponerse a buscar un buen pediatra para Alelí, y organizar la cena donde se la presentaría a sus padres.

Dos estaciones antes del destino una pareja de actores irrumpió en el vagón y empezó a saltar y a gritar mientras un tercer acompañante hacía percusión con un cajón de madera. Al verla sobresaltada, Damián le dijo que ya le había contado a su familia sobre Alelí y que su padre los había invitado a la quinta de Luján ese fin de semana, pero había dicho que no por el temor a que

la bebé se enfermase con el frío. Alejandra lo notó mucho más optimista que los días anteriores, con un color más rosado en la piel. Le sonrió y le dijo que podían invitar a sus padres el mismo día que ella invitase a los suyos y así matar dos pájaros de un tiro. Damián respondió que podía ser, pero nunca se sentía cómodo cuando las familias se mezclaban, y Alejandra deseó que comprendiese que muchas cosas debían cambiar de ahí en más. Compraron alcohol en gel en la farmacia que quedaba de camino al departamento, y cuando llegaron Alelí dormía mientras Selva limpiaba la gran lámpara del living con la radio a todo volumen. Los saludó con una sonrisa que a Alejandra le pareció demasiado filosa y les dijo que había preparado una tarta de zapallitos, calabaza y queso, la masa hecha por ella con la harina integral que le había dicho la señora.

Damián ya estaba con Alelí en brazos, la había despertado y la bebé lloraba. Quiero que esté con nosotros, dijo. Que se acostumbre a nuestras caras. En ese momento Alejandra vio su teléfono sobre la mesa de vidrio del living. Corrió a apoyarlo en la fuente de alimentación que tenían en la cocina y apenas el aparato recuperó sus funciones pudo ver que tenía más de veinte mensajes sin contestar y una monstruosa hilera de llamadas perdidas. Alejandra descubrió que tenía un grupo ese mismo día a las cuatro y media de la tarde, eran las dos y recién había tres personas confirmadas. Si no llegaba a cinco asistentes el grupo se caería, la consultora quedaría desacreditada frente al cliente y ella pagaría las consecuencias.

7

Alelí dormía sobre el sillón del living con una mano encima de la otra, como si de alguna manera hubiese aprendido a rezar. Le había crecido el pelo, apenas, y sus labios habían tomado una expresión calma, de la cual caía un hilo de baba que Alejandra prefirió no limpiar para no molestarla. Se puso a recoger los restos de la cena, primero las cosas que había que tirar a la basura. Corchos de vino, servilletas de papel, envoltorios de las tortas que habían traído sus padres y el padre de Damián, quien al final, tras anunciarles una transitoria separación de Roxana, su mujer desde hacía alrededor de cinco años, había llegado solo. Damián había decidido acompañarlo hasta su casa, el hombre prefería no manejar de noche porque temía entrar el auto en su cochera en medio de una oscuridad plagada de vándalos y de drogadictos mutiladores de ancianos que aparecían en los noticieros.

Con rencor, Alejandra recordó el chiste inicial de su suegro apenas había llegado y apoyado el vino y la torta en un extremo de la mesa. El viejo había dicho que los bebés lo ponían nervioso y que hasta los quince años eran todos más o menos iguales. Sin embargo, Alejandra tenía que reconocer que en el transcurso de la noche la actitud del padre de Damián hacia Alelí había sido mucho más natural que la de los suyos. La había tenido en sus brazos y le había hecho cosquillas y la había llamado “princesa” con un deseo de construir vínculo que pocas veces le había notado. El

tipo era economista y casi nunca parecía considerar a las personas por fuera de las limitadas variables que ofrecía su disciplina. Eso había dejado mella en el carácter de Damián, a Alejandra no le cabían dudas. Alelí parecía haber perforado esa armadura, quizás estaban frente al típico caso del abuelo que subsana con sus nietos las falencias en las que había perseverado como padre. Aunque su sorpresiva sensibilidad también podría ser atribuida a su reciente separación, pensó Alejandra.

Lo cierto era que, en comparación, los padres de Alejandra parecían incapaces de evitar una desconfianza sanguínea hacia la bebé. Pese a una sobreactuación afectuosa que no carecía de buena voluntad, Alejandra, que los conocía, podía percibir el desapego. Tras haber surfeado la cena entre los riscos de las quejas de inminente pobreza del padre de Damián —la gente no consumía y sus ventas en el negocios de autopartes caían—, Alejandra también había esquivado los remolinos propuestos por los problemas hepáticos de su madre, y huido de los tiburones instigados por los recuerdos tergiversados de la infancia de Alejandra y de sus hermanos que su padre solía dosificar en un conmovedor intento por reconstruir un pasado familiar que en realidad lo incluía sólo como un satélite algo perezoso.

Además de ropa y juguetes para la bebé, la ofrenda de sus padres era un *cheesecake* de mandarina con salsa de chocolate salado, mientras que la del padre de Damián, llegada bajo el envoltorio áspero de una panadería de barrio, era una torta milhojas de dulce de leche. Alejandra no había podido distinguir si Damián se había servido una enorme porción de cada una en un intento salomónico o si realmente se había quedado con hambre, pero en los últimos tiempos eran cada vez más las cosas de su marido que le costaba comprender. Faltas de atención, respuestas automáticas, descuidos y momentos de profundo silencio y concentración mientras acunaba o acariciaba a Alelí. Y a eso se sumaban largos diálogos desde el teléfono de línea con personas de la secta, como si fuese una medida de seguridad. Incluso había invitado al Hermano Armando a tomar un café una tarde en que Alejandra prefirió escapar a trabajar con su computadora a un Starbucks. De a momentos Alejandra sentía que las cosas se le iban de las manos. Pero también confiaba en que con el tiempo todo volvería a la normalidad. Después de todo Damián estaba elaborando un duelo, una despedida, o lo que fuese. Ella ya no podía ser su enfermera, tenía que ocuparse de la bebé, más que nunca. Y de ir eliminando de a poco esos cascabeles que de pronto había empezado a encontrar pegados con cinta bajo la mesa, cerca del tambor de una estufa, ocultos dentro de un par de medias.

El momento de los postres había servido como excusa para que, mientras los hombres discutían sobre fútbol, Alejandra se retirase con su madre hacia su escritorio. Desmontaron el moisés y llevaron con ellas a la bebé. Ya sin la biblioteca de Damián, el ambiente parecía más grande a pesar de la practicuna y de una cajonera blanca con dibujos de aviones color madera y montañas en tonos pastel. Ana María le preguntó si Selva le estaba siendo de utilidad, y le comentó que conocía una persona que podía cuidar a la nena si necesitaba un refuerzo; hija de una compañera

suya en yoga, muy buena chica, estudiante en los primeros años de medicina. Alejandra le alcanzó la bebé. Su madre ensayó un puchero y luego, como si lo hubiese estado haciendo durante los últimos años, con una pericia que provocó una síntesis de envidia y admiración en Alejandra, logró que Alelí hiciera un provecho hasta que, cómoda y satisfecha, empezó a quedarse dormida. Entonces, casi en voz baja y de manera compulsiva, consciente de que más tarde se arrepentiría de la regresión, Alejandra empezó a relatar sus desventuras laborales a su madre. Le contó que de las tres consultoras que la tenían como reclutadora ya había perdido a dos y que otra la tenía como segunda opción. Que en los últimos días había tenido que recurrir a los actores que a veces contrataba de emergencia para que participasen en los estudios, con los cuales el margen de ganancia era bajísimo, y que además Damián faltaba al trabajo muy a menudo y no parecía interesado en la economía del hogar.

Mientras introducía a Alelí en la practicuna, Ana María se limitó a decir que claro, que ahora con la nena Alejandra tampoco tenía demasiada chance de volver a entrar en una consultora. Terminó de acomodar a la bebé y se quedó quieta frente a la cajonera, con las manos juntas sobre el abdomen, como si le doliese el estómago, o como si corroborase y agradeciera al cielo el hecho de no ser ella quien tenía la obligación de criar. Con voz quebradiza, Alejandra aclaró que trabajar fija en una consultora nunca le había rendido. Su madre la miró con sorna y Alejandra confirmó que esa arpia de sangre helada nunca le había perdonado que no estudiase abogacía. Disfrazada de Dios, su madre había evaluado a sus hijos durante la crianza y había asignado un techo para el desempeño vital de cada uno de ellos. Joaquín, el mayor, había nacido para ser empresario. Su destino como granjero sustentable era para su madre un claro traspié, y por eso lo trataba con frialdad aunque se ocupaba de interpretar con esperanzas cualquier indicio de progreso económico que contribuyese a fortalecer su profecía. Santiago, el músico, era un inmaduro, y con eso le estaba permitido todo. Ana María le tenía lástima y lo malcriaba; de hecho Alejandra sabía que aún le pagaban la cobertura médica. Virginia, la menor, había nacido para artista, era muy expresiva, y su mudanza a México y su noviazgo con un hombre casi veinte años mayor no perturbaban demasiado a su madre. Después de todo, no moriría de hambre, y a fin de cuentas la misma Ana María también se había casado con un hombre algo mayor. Pero con Alejandra las cosas eran diferentes. Había nacido para ser abogada, la carrera que su madre había abandonado para conformar un hogar. Y Alejandra había elegido otra cosa; absolutamente nada en el mundo podría remediar esa desviación. Los fracasos de Alejandra eran para Ana María confirmaciones de su intuición, su hija ni siquiera podía ser buena o al menos independiente en lo que había elegido. En algún momento Alejandra había pensado que la primera nieta mujer transformaría las cosas. Pero para Ana María la bebé que dormitaba en sus brazos no era su verdadera nieta. Saber que su madre era buena con los bebés convertía su falta de solidaridad en algo mucho más irritante. Ni siquiera le había ofrecido ayudarla a cuidar a Alelí una vez por semana.

Alejandra intentó abandonar la oficina pero su madre la tomó del brazo. Le dijo que no quería interferir en su pareja pero tenía que decirle algo. Alejandra torció los dedos de sus pies dentro de sus botas y antes de sentirse lúcida como para diseñar cualquier estrategia de defensa escuchó que Pira, la tía Pira, una amiga de su madre cuyo hermano era uno de los directores de la Asociación de Amigos del Patrimonio donde trabajaba Damián, le había contado que su marido había renunciado. Al parecer el desempeño nunca había sido superlativo, pero desde hacía seis meses las llegadas tarde, las desatenciones, vencimientos de plazos, faltas de respuesta a llamadas, más un humor irritable y por momentos irrespetuoso habían hecho que el Directorio de la ONG le pidiera una reunión para consultarle qué le pasaba y, como medida precautoria, advertirle que si no ajustaba sus horarios al contrato de trabajo podían considerarlo despedido con causa justificada. Damián les había dicho que no se molestasen y que podía aceptar un retiro voluntario. Según Ana María, Damián había renunciado hacía más de un mes, y como Alejandra no había hecho ningún comentario al respecto había empezado a sospechar que no lo sabía.

Mientras ubicaba platos, vasos y cubiertos en los diferentes compartimientos del lavavajillas, Alejandra tuvo la idea de que Damián no volvería. Acompañar a su padre había sido la excusa para abandonarla. Era un cobarde pero no un idiota, cuando ella y su madre salieron de la habitación había percibido que algo andaba mal, entendido todo y decidido una huida rápida disfrazada de caridad hacia un anciano. Alejandra volvió al comedor y al ver todo lo que le faltaba juntar, ordenar, tirar y clasificar sintió un pantanoso abatimiento concentrado en las plantas del pie. Dejaría que Selva se encargase de todo al día siguiente, había sido una noche demasiado borrascosa.

Como primera medida fue a su habitación a buscar unas pantuflas que reemplazaran las botas que había estrenado para esa cena en casa, lo cual de por sí le había parecido un poco triste. Después de cambiarse, recordó que todavía debía tener la caja que le había regalado el Hermano Armando en su visita a la secta. Estaba guardada en el bolsillo del *montgomery* que había usado aquella vez. Consideró enviar un mensaje a su marido, pero se arrepintió. Ser dejada, sacárselo de encima tenía algo placentero, la épica de las madres solteras la atraía. Temía la lástima, eso sí, nada menos erótico que esa lástima que de a poco, polen invisible sobre el asfalto, estaba empezando a recibir por haber adoptado. Hurgó en el bolsillo del abrigo, sacó la cajita de terciopelo del Hermano Armando, y al abrirla vio que no había nada. ¿Damián se la habría devuelto al percibir su falta de interés? ¿Habría decidido usar eso en un intento de embarazar a otra con su semilla podrida? Fue a buscar a su hija al living. De pronto Alelí abrió los ojos y la miró con una intensidad que Alejandra no pudo soportar, casi sonámbula. La dejó en su habitación, dentro del moisés, y volvió a la cocina.

Había planeado meter lo que fuese ese regalo adentro del *cheesecake* que había traído su madre y tirar ambas cosas a la basura, pero no podía hacer ni eso. Fue a buscar la torta al comedor y junto a la bandeja de cartón metalizado que la sostenía encontró un paquete de diez cigarrillos

Camel. Seguro que el padre de Damián lo había sacado y luego se había arrepentido de fumar por la presencia de la bebé. Ahora, en soledad, podía abrir la ventana de la cocina y probar uno. A Alelí no iba a pasarle nada por un cigarrillo, apenas un vaho que de alguna forma le generaría anticuerpos para el futuro. Pensó en el olfato de los bebés y se prometió tirar el paquete después de haber fumado. Antes de descartar la torta, decidió usarla de cenicero. Alejandra tosió con las primeras pitadas pero no tardó en acostumbrarse al mareo. Era la primera vez que alguien fumaba en ese departamento. Le gustaba ver las cenizas hundirse en la superficie espumosa del *cheesecake*.

Promediaba el cigarrillo mientras daba cucharadas a la zona de la torta que aún no estaba inutilizada cuando Damián abrió la puerta de calle. Tenía el pelo algo grasoso y jadeaba con una sonrisa incrédula que Alejandra recordó haberle visto en alguna otra situación, quizás al emerger del agua aquella vez que se había caído de un bote inflable durante una excursión de *snorkel* cerca de Porto Seguro. Se acercó y le preguntó qué estaba haciendo, si había empezado a fumar. Alejandra lo miró sin modificar su posición corporal. Damián le rogó que apagara ese cigarrillo y se disculpó por la demora, había tenido que hacer algo importante. Alejandra le preguntó cuánto tiempo más iba a mentirle, ya sabía que había renunciado al trabajo justo en el momento en que tenía que asumir responsabilidades. De pronto, Alejandra no pudo más. Empezó a tirarle un plato, un vaso, tenedores y cuchillos. Le dijo que tenía otra mujer, que se fuera de la casa, le dijo que ni siquiera habían terminado de pagar lo de Alelí. Le dijo estéril de mierda.

Damián se fue al comedor y volvió con una torre de botellas vacías sostenida entre sus brazos. Las apoyó en la mesada de la cocina y luego se acercó, se puso en cuclillas y la miró a los ojos. Sin pensarlo, Alejandra metió su mano hecha un cuenco en la torta, cargó una porción y se la tiró en la cara. La colilla del cigarrillo había quedado atrapada en la masa informe que cubría la frente y parte de la mejilla derecha de Damián, que se limpió con la manga de su camisa de corderoy. De inmediato resopló con el inicio de una carcajada y le pidió que no fuese tonta. Le dijo que había conseguido un trabajo mucho mejor. Algo que cambiaría sus vidas. Que esperaba una confirmación para contarle todo en detalle. Alejandra se sintió muy mareada. No creía que Damián pudiera haber conseguido un buen trabajo. Entendió que ya no lo creía capaz de nada bueno y eso hizo que al mareo se le sumase una puntada en la nuca. Consideró que lo mejor era irse a la cama, dormir con Alelí.

Hubo silencio hasta que de pronto Damián sacó algo que parecía un pañuelo arrugado del bolsillo de su pantalón. Era un envoltorio con el logo de una cadena de farmacias. Alejandra sospechó que le había traído un ansiolítico o un somnífero. Y estaba dispuesta a tragárselo. Tras sostener la bolsa entre sus manos como si se tratase de la paloma de la paz, Alejandra la abrió y encontró un test de embarazo. Damián todavía jadeaba.

Alejandra sintió que los cimientos del edificio experimentaban un temblor, los cristales de las copas colgadas en el pequeño sobretecho de la cocina parecieron a punto de quebrarse, habían

inaugurado una estación de subte en la puerta del departamento y esa máquina eléctrica y sin conducción venía a buscarla. Alejandra se acercaría despeinada, las manos llenas de restos de almíbar y de queso. Entraría al vagón que la llevaría a las profundidades de algo que ella en cierto modo intuía, una extraña saciedad que la inundaba desde hacía algunos meses, la ausencia de una menstruación que de tanto odiar había aprendido a no tener en cuenta, sus ataques de hambre y la debilidad y el sopor cada vez que pasaba un tiempo más o menos prolongado frente a su computadora. Sin responder, dio pequeños pasos hacia su habitación. Encendió la luz y percibió que Alelí la miraba, quieta, otra vez con su alucinada mirada sonámbula, como si hubiera entendido todo desde el principio y ahora le diera la bienvenida a un estado mental compartido. Alejandra la levantó en brazos, la enrolló en una manta y se la llevó al baño con ella. Quería tenerla sobre su pecho en el momento de hacerse el test. La bebé abrió los ojos y movió la boca. Sus labios se curvaron con lentitud, como si fuese a darle palabras de aliento. Pero en lugar de eso se largó a llorar.

A Alejandra se le aflojaron las rodillas cuando vio la doble raya positiva del test. Se sintió, por primera vez desde que había comulgado a los diez años, hija de Dios. Sentada en el inodoro, abrazada a Alelí, Alejandra reía sola cuando Damián entró al baño con aliento a haberse terminado el fondo de una botella de champagne.

8

La ecografía, diáfana, había mostrado dos varones y una nena. Trillizos. En total, con Alelí, serían una familia de seis personas. ¿Cuántas familias de seis conocía? ¿Alcanzaba algún sueldo para cuatro bocas hambrientas, ocho nalgas suaves que necesitarían el resguardo permanente de pañales descartables? ¿A quién se le ocurría formar un pequeño ejército estando casada con un inútil? Mientras Selva le alcanzaba un té de jengibre a la cama, porque Alejandra estaba con gripe, pensó en seis cuchetas de caño ubicadas en su escritorio, separadas por una alfombra que tendría la forma de su computadora aplastada. Pensó en la suciedad del departamento, una suciedad que terminaría por devorar a Selva. Intentó imaginar la expresión facial de su madre cuando supiera la noticia. ¿La entrevistarían en alguna revista dominical? ¿Tres bebés y una hija adoptada eran suficiente para recibir donaciones? El médico le había comunicado la noticia con voz grave y serena, casi un anuncio de aeropuerto. Después, para evitar la reacción demasiado emotiva de los padres, se había abalanzado a limpiarle el gel que le habían aplicado sobre el abdomen. Alejandra sentía calor en el cráter de su ombligo ya algo estirado, manipulable. Preguntó si no había posibilidades de que hubiera un error, y el médico le señaló la pantalla con las figuras bien diferenciadas, ovilladas y acurrucadas.

Damián —que estaba sujetado a una camilla— se acercó a besarla con los ojos humedecidos de

emoción, y le apretó los hombros en un gesto casi deportivo. Le dijo que era una bendición y que iban a disfrutarlo juntos. Los brazos de Alejandra cayeron inertes a ambos lados y flexionó las rodillas. En ese momento recordó las palabras del Hermano Armando, los siempre renovados cascabeles de Damián, al enano vestido de yudoka dentro de una inmensa campana de plástico transparente. La semilla muerta de Damián como un maremoto que, sin previo aviso, resucitaba. Se dejó caer en los brazos de su marido y lo apretó bien fuerte.

Tras la ecografía y mientras los síntomas de su gripe se agudizaban, Alejandra optó por el silencio. Apenas volvieron al departamento Damián le comunicó la noticia a Selva, que felicitó a la señora con beso lateral y masculino. Su pétrea sonrisa indescifrable le colgaba de la boca como una soga llena de prendas sueltas de diferentes disfraces. Damián salió a comprar sándwiches de miga para festejar la noticia, se lo avisó a Alejandra mientras hablaba con el Hermano Armando.

Alejandra comenzaba a aceptar que nadie le creería cuando dijera que la concepción había sido natural tras sus fracasos en la fertilización asistida. Esa tarde fue hasta su escritorio y se metió en la cuenta del home banking de Damián. Tenía la clave; ella era la encargada de guardar todas las claves, de resolver todas las burocracias. Alelí dormía en la practicuna y al percibir su presencia volvió a observarla con esa mirada insomne, extraviada.

Hasta ese momento Alejandra nunca había revisado los resúmenes de su marido, quería sentir que no dependía de nadie y que toda relación se construía sobre los cimientos de la confianza. Sintió cierta aprehensión por su propio comportamiento, pero ahí estaba el número. Poquísimo. Calculó cuántas camas podría comprar en efecto con los ahorros adolescentes de su marido. A ella no le quedaba mucho más. De repente, Selva se acercó a ver si la señora necesitaba ayuda. Alejandra le gritó que la dejara en paz. Selva se retiró hacia la cocina sin responderle, pero minutos después dejó un biberón con la leche materna que les vendía apoyado bajo el marco de la puerta. Alejandra lo fue a buscar y empezó a alimentar a Alelí. No podía dejar de pensar en plata, todo se multiplicaba por tres. Se metió a revisar los movimientos bancarios de su marido con mayor profundidad. Damián estaba recibiendo transferencias mensuales de parte de algo llamado “Belfast Valle Profundo”, una Asociación Civil. No le costó demasiado deducir que era la secta. Revisó todavía un poco más, los números tardaban en cargarse. Compras comunes, supermercado, una transferencia dudosa a su padre. Hasta que llegó a lo que en realidad le interesaba, el pago a Selva. Alejandra revisó dos veces, Damián le había dicho que la operación estaba completa pero sólo le había transferido la mitad del dinero pactado. En el concepto de la operación había puesto “alquileres”.

Cuando Damián regresó esa noche, y antes de que apoyase su portafolios en el sillón donde siempre lo dejaba, Alejandra le preguntó por qué no le había pagado todo a Selva, qué estaba pasando, dónde trabajaba en realidad, por qué le mentía. Las cuerdas vocales le chirriaban como la amortiguación de un tanque de guerra oxidado. Damián se quedó en silencio. Después de rogarle que se calmase por el bien de su embarazo, respiró y le dijo que no había completado el

pago porque quizás Alelí no tenía que quedarse. Quizás Alelí era un ángel que había venido a abrirles la posibilidad del embarazo, quizás había que dejarla ir para que ayudase a otras parejas en la misma situación que ellos. Retenerla podía significar cortarle las alas. Antes de abandonar el living Alejandra le dijo que si él devolvía a Alelí ella iba a hacerse un aborto, un triple aborto, y que si volvía a mentirle una vez más se iba a tener que ir del departamento. Apagó la luz dejándolo a oscuras.

Al otro día, cuando Alejandra al fin se despertó, Damián ya se había ido al trabajo y le había dejado una nota de disculpas con un corazón dibujado. Del otro lado, la nota era un comprobante de pago por una transferencia a Selva con el importe que faltaba para la compra total de Alelí.

9

Damián la trataba como si estuviese enferma, cocinaba y elegía contenidos televisivos para camuflar la madeja de silencio que crecía entre ellos. Alejandra sentía que toda su vida se había propagado hacia ese momento, una llama que acude hacia un galpón a través de un intermitente reguero de pólvora. Y Alejandra desconocía el contenido de ese galpón. Material inflamable, muñecas de goma quemadas por error. Esa mañana, mientras se desperezaba, se le había ocurrido que quizás Damián tenía razón y mudarse era la única salida posible. Damián le había sugerido que quizás el agrandamiento de la familia indicara que era un momento justo para intentar otro estilo de vida. Lo había hecho con Alelí cargada sobre su hombro y una sonrisa soñadora, que fue lo primero que, apenas se conocieron, Alejandra había pensado como una señal de que era el indicado.

Lo cierto es que ahora lo dudaba, o mejor dicho estaba casi segura de que todo había sido un error. Damián ni siquiera había blanqueado que trabajaba para la secta. Le mentía. Cuando se lo preguntaba decía que cuando todo estuviese resuelto se lo haría saber, y huía del ambiente donde se encontraban. Hablaba por teléfono a escondidas. En el fondo, Damián nunca había querido vivir en ese departamento. No les perdonaba a los padres de Alejandra que, en lugar de dejarlos elegir el lugar que quisieran para vivir, lo hubiesen seleccionado ellos y sin transferirles la propiedad del inmueble. Damián le había hablado de irse de la ciudad, podían considerar un barrio cerrado, con verde y seguridad para que los chicos pudiesen andar sueltos. Una infancia como la suya, con perros y aventuras y pequeños actos de vandalismo inofensivo.

Pero, una vez recuperada de la gripe, Alejandra necesitaba saber la verdad. O necesitaba verla, porque con saberla nunca es suficiente. Ella y sus hijos necesitaban una experiencia corporal del futuro que los esperaba. Los sentía como tres burbujas fuertes, tres globos de savia vegetal rellenos de luz, que se inflaban a un ritmo cálido y apacible. Sin embargo no se sentía cómoda. Ya no confiaba en Selva ni en nadie. No se había animado a contarle del embarazo a su madre, ni a

Melina, porque temía que su madre volviera a reprocharle algo, o no recibir el apoyo que realmente necesitaba, y porque estaba segura de que Melina deslizaría la posibilidad de que diese a alguno de los trillizos en adopción. Todo eso, todo lo que le estaba pasando era suyo. Por eso tampoco había querido contarle del embarazo al doctor Estévez, su ginecólogo, el hombre de manos pesadas y largas orejas carnosas que le había probado su capacidad de dar vida tras una serie de estudios que habían incluido la introducción de un nanorrobot en su útero. Quería que todo el proceso fuera lo más silencioso y burocrático posible. Damián insistía con hacer una gran fiesta con familiares y amigos, anunciar la noticia con alegría. Al final, y a regañadientes, su marido había tenido que aceptar que ella necesitaba tiempo. A cambio, Damián había impuesto hacer una consulta médica extra con alguien de su confianza, era un tema muy delicado. Alguien de la secta. Alejandra sentía que lo único que la secta le había aportado a Damián había sido una siniestra capacidad de negociar. Y de mentir.

Frente a su computadora, buscó la página del Centro de Fertilidad. La habían renovado. Acompañada por una música de gaitas que eliminó tan pronto como pudo, vio emerger una de esas cruces con un óvalo en la parte superior. Se expandía hasta dar lugar a un conjunto de fotos de familias en lugares abiertos de césped y gazebos mucho más limpios y seguro mejor perfumados que la terraza de Once donde Damián solía ir a bailar reguetón. Había personas con mamelucos celestes, rosados, amarillos. Familias, un grupo de niños que jugaban a algún tipo de juego frente a una pantalla sostenida en un trípode. De fondo podía verse una suerte de banquete en una larga mesa rectangular con manteles blancos, rodeada por esculturas que parecían unos cactus raquíuticos apuntados hacia el cielo. Alejandra empezó a leer la página institucional.

El Centro de Fertilidad pertenecía a una organización con sede en Belfast llamada Maktub. Se hablaba de conos de energía, de chakras y de civilizaciones en las que la creación de vida ocupaba un lugar fundamental. Siempre habían sido pequeñas tribus disidentes, movimientos opuestos a las fuerzas del materialismo, que por desgracia se había impuesto a lo largo de la historia humana. Al parecer, todas estas tribus tenían ancestros comunes que provenían de la Atlántida, la ciudad sumergida. Se reconocía tanto a antiguos derviches como a druidas, e incluso Lacan tenía el estatuto de profeta. Damián creía en una secta cuyo objetivo era liberar las fuerzas de la vida a través de una recanalización genética y energética. Se hablaba de poderosos metales enterrados en el fondo del mar, y de apariciones de especies silenciadas por el poder militar del capitalismo concentrado, especies anfibias que habrían brotado de las fosas oceánicas para traer la paz.

Damián le había dicho que trabajaba en un nuevo bufete de abogados gracias a un ex compañero de la facultad, y que estaba en período de prueba. Basura. Con Selva casi no se hablaba, sus comportamientos hostiles se habían multiplicado. A veces, dejaba sin lavar sólo la vajilla que Alejandra había usado. Se había tomado la libertad de pasar la mayoría del tiempo con auriculares puestos, y Alejandra estaba convencida de que lo hacía para ignorarla. Cocinaba sin sal. Despedirla no era una opción porque todavía necesitaba la leche para Alelí, y además no se consideraba en condiciones de conseguirle reemplazo. Cuando tuviera fuerzas suficientes volvería a buscar. Pero primero tenía que desenmascarar a su esposo. Apenas Damián salió esa mañana, Alejandra se puso en acción. Prendas de ropa sobre su pijama, algo de dinero, el teléfono y pasos rápidos hasta un taxi en la avenida. Antes de subir, Alejandra traqueó el desplazamiento de Damián con una carísima aplicación israelí de espionaje civil para detectar infieles, que había comprado por MercadoLibre. Tal como lo sospechaba, Damián se había tomado el subte en dirección a la secta.

Habían empezado las vacaciones de invierno y la entrada al *shopping* Abasto estaba llena de adolescentes y de niños con sus padres. Cuatro promotoras con trajes y sombreros que emulaban a los protagonistas de una película de mutantes repartían descuentos para las funciones en el cine. Con su cartera comprimida bajo el brazo, una pollera de lana que le llegaba a los tobillos, la parte superior de su pijama cubierta por una campera de montaña con piel en la capucha y anteojos de sol, Alejandra avanzó en medio de la gente. Transpiraba, y de pronto tenía ganas de hacer pis. Todo el tiempo tenía ganas de hacer pis. Un nene con el pelo muy levantado con spray y con botas de cowboy chocó contra su pierna y cayó al piso, pero Alejandra no podía ni siquiera detenerse a ver cómo estaba. Escuchó un insulto a sus espaldas. Entonces, escondida entre la gente, lo vio salir de la boca del subte. Damián llevaba una carpeta de cuero debajo del brazo. Dejó que avanzara y empezó a seguirlo.

Damián dobló a la izquierda por la calle Jean Jaurés y avanzó a tranco rápido. La noche previa Alejandra le había colocado un geolocalizador tras la solapa de su saco, pero de todas maneras quería abordarlo antes de que entrara, en la puerta de la secta, porque reconocer que lo estaba rastreando le parecía menos digno que jugar el rol de desesperada e interceptarlo en plena avenida. Corrió unos metros para no depender ya de la tecnología y seguirlo a simple vista. Cruzó hacia la vereda de enfrente. Damián caminaba sin levantar la cabeza, con la vista fija en la pantalla de su teléfono. Un chico quiso venderle medias, y Damián lo ignoró por unos segundos hasta que retrocedió y le empezó a hablar. Alejandra se dio vuelta y se agachó como si fuese a atarse los cordones. Le pareció que eso llamaba demasiado la atención, además le molestaba la panza incipiente. Al levantar la vista encontró un bar donde se metió con la certeza de que todas sus sospechas eran ciertas, aún más sólidas que los tesoros que llevaba sumergidos en su vientre. Damián tenía más lealtad hacia la secta que hacia su esposa embarazada. Sólo le quedaba despejar la incógnita del dinero, por qué le transferían una especie de sueldo. Ese detalle, que le

pagasen por traicionarla, la perturbaba.

Al avanzar, el corazón de Alejandra se lijaba contra sus costillas y dejaba caer un aserrín doloroso y capaz de lastimar a sus bebés. Era obvio, por más que se hubiera obstinado en mentirse. Damián era brillante a la hora de interpretar un libro o de inventar un paseo de fin de semana con diferentes escalas y momentos, cocinaba muy bien y era sensible, pero no poseía la gracia de generar dinero. Ninguna empresa podría contratarlo, era un vago y un fabulador. No sólo su madre, su padre y muchas amigas en algún momento le habían confesado que Damián les parecía un imbécil, un soberbio sin motivos, un pusilánime incapaz de focalizar su atención en ningún tema, sino que además de eso Alejandra estaba confirmando que era un miserable. No había ninguna fundación, Damián iba a perder el tiempo a esa secta roñosa. En ese momento, al verlo acercarse a un kiosco con el vendedor de medias y comprarle al chico dos muñecos articulados que colgaban de un alambre tejido junto a disfraces y autos de plástico, Alejandra hubiera entregado un año entero de vida si alguien le prometía hacerlo sufrir al menos durante un minuto.

Lo veía avanzar. Dispuesta a ser descubierta y a desenmascarar de una vez por todas al payaso que había pasado de manipularla a través de la lástima a tratarla como a una especie de diosa carente de facultades mentales, Alejandra aceleró el paso hasta que la detuvo un enorme cilindro de polar que salía de la puerta de un negocio. A unos metros Damián caminaba liviano, casi un astronauta de paseo por los bosques nunca descubiertos de la luna. Llegó a la puerta del edificio de la secta antes que ella. Tocó el timbre y unos segundos después Alejandra estaba detrás suyo, agitada y todavía con ganas de ir al baño. Se mantuvo así, sin llamarlo, sólo atenta a la pesadilla que se dibujaba en los pliegues del abrigo de su marido. Al final gritó su nombre, sintió que ese nombre era gritado por tres pequeñas bocas negras enredadas bajo su piel, y que el grito salía sin control por el túnel de su garganta. Damián giró y con una etérea sonrisa de santo soñador le rogó que no le tirase nada, que no lo matase, le tomó los codos y la besó y le pidió que entrase con él, así podría darle todas las explicaciones del mundo.

El video mostraba una catedral pequeña, de dos torres, rodeada de un foso de aguas cristalinas, con esculturas de planetas, frisos de ostras que parecían submarinos, columnas jónicas. Un minarete con la cruz de la secta se erguía en el centro exacto de la construcción. La cámara planeaba en el cielo, toda la maqueta estaba diseñada en computadora y la recorrida iba acompañada de música celta. A lo lejos, más allá de un enorme campo de golf, podían verse casas bajas, postes de luz, y, todavía más allá, tránsito que avanzaba en una autopista. Más cerca, hileras de casas irregulares pero con un revestimiento similar de cemento alisado, con molduras de yeso y *vitreaux* de colores resplandecientes. Cada casa tenía un pequeño estanque en el frente, una cochera y un porche con una larga hamaca mecedora. Al final de las calles construidas en trazos semicirculares, una avenida más ancha flanqueada de césped y, por detrás, una enorme piscina.

Rodeada por Damián y por el Hermano Armando, cubierta bajo una innecesaria manta,

Alejandra intentaba construir una imagen mental de su cuerpo después del parto. Su cuerpo también diseñado en una computadora, estrías en el abdomen y en las caderas, las olas de un océano de sal. Se imaginaba sentada en un taburete, con un cigarrillo en la mano y los labios muy pintados, su amiga Melina diciendo que podría dar a uno de los trillizos en adopción, una oportunidad hermosa para propiciar la recirculación de los afectos. Damián y el Hermano Armando masticaban tostadas con queso untable mientras le explicaban sobre el proyecto inmobiliario: hay gente que ya vive en las primeras manzanas y contribuye con tareas de decoración, de carpintería, incluso de albañilería. El paraíso de la fertilidad quedaba en el partido de Malvinas Argentinas y las unidades familiares, con cuatro ambientes y tres baños, se pagaban a lo largo de la vida. En el caso de quienes servían a la hermandad, las cuotas se descontaban directamente del sueldo. A cada casa le correspondía una parcela para el cultivo, y la propiedad era en realidad colectiva, no se heredaba.

Las explicaciones del Hermano Armando eran desarrolladas en una voz pausada. Seguro de su triunfo, sabía que no se trataba de una clase ni de una venta. Lo suyo era un sermón sobre el futuro de la especie. Damián asentía, cebaba mate, aportaba detalles: no se permiten autos pero hay transporte comunitario hacia la ciudad, la educación está integrada hasta el colegio secundario, paneles de energía solar. Cuando Alejandra iba a comerse una tostada con queso de la secta, el Hermano Arnaldo la detuvo, no era conveniente en su condición, y le alcanzó la canasta de mimbre llena de rebanadas de pan tibio con la corteza cruzada por vetas oscuras. Damián le contó que trabajaba en la parte de legales de la secta, que no le había explicado porque quería ver cómo evolucionaban las cosas, y tenía su reacción negativa, pero que, la verdad, estaba muy contento. El video terminaba con un mapa planisferio donde, con cruces rodeadas de estrellas, se señalaban las ciudades del mundo en las que ya funcionaban barrios similares al de Malvinas Argentinas. Había uno en Paraná, Entre Ríos, y también otros en Recife, Antofagasta, Cali, Louisville, Salerno, Nanjing, Malmo y decenas de ciudades más que Alejandra jamás podría retener.

Una semana más tarde Alejandra tuvo que ir a un grupo sobre geles de lavado que contribuían a fortalecer los colores primarios en la ropa. El target eran mujeres de un nivel socioeconómico superior al suyo; señoras bien asentadas, con dos mucamas permanentes en su casa, niñeras cuando les tocó ser madres, salidas los miércoles a restaurantes ubicados en las terrazas de los hoteles de moda, un desfile interminable de perfumes en los estantes de sus espejados baños en suite. Alejandra, por su parte, había abandonado las tareas de reclutamiento. Ahora se conformaba con que la dejaran participar de los estudios. Y además de eso, en este caso, la dejaban llevar a Alelí. Alejandra estaba segura de que Alelí había percibido el embarazo —en eso, los bebés son

como los perros, lo sienten—, y la bebé también había desarrollado una particular aversión por Selva, pese a que Selva le había hecho un ratón con globos de color azul para congraciarse, un poco más cariñosa desde que el Centro de Fertilidad se había hecho cargo de su sueldo por trabajar en el departamento todos los días de la semana, una batalla perdida que Alejandra ni se había permitido dar porque realmente necesitaba de su ayuda, no quería recurrir a su madre hasta que el embarazo estuviese avanzado, los tres meses de prudencia que recomienda la costumbre. Con Selva mantenían una guerra fría que incluía llave en su habitación la mayor parte de la tarde, y un intercambio de palabras reducido al mínimo. Selva era una traficante de personas. Alejandra nunca iba a olvidar que ella y Damián hubiesen estado dispuestos a separarla de Alelí.

Como en casi todos los estudios de mercado que requieren sujetos provenientes de las clases privilegiadas, el premio por participar en el grupo era dinero en efectivo. Para ganar la buena fe de las asistentes, había sido entregado con antelación en un sobre estampado con tulipanes. Veinte minutos después del inicio de las charlas de precalentamiento Alejandra había corroborado que muchas de las presentes vivían en barrios cerrados en la zona norte, tenían cocinera y visitaban el centro de la ciudad en raras ocasiones. Sólo una no tenía hijos, era la mayor de todas y usaba un perfume cítrico que no pegaba bien con su campera de cuero llena de cierres y su aire intelectual. Nadie se había animado a preguntarle por qué había decidido no ser madre, pero al presentarse había generado un silencio que Alejandra se sintió compelida a interrumpir con una broma sobre su propia inseguridad ante sus futuros trillizos.

A lo largo de la conversación coordinada por un chico joven de dicción nerviosa y barba desprolija, Alejandra dedujo que sólo dos de las participantes comprendían las etapas del funcionamiento de un lavarropas, y ni siquiera estaba claro si eran las decisoras de compra, ya que eran las mucamas quienes iban al supermercado o confeccionaban los pedidos por internet. Alejandra mintió que vivía en un piso sobre Avenida Libertador, pero que con su marido estaban por mudarse a un nuevo emprendimiento urbano en zona sur. No quiso dar precisiones sobre la localidad, y tampoco nadie se las preguntó, porque para sus compañeras de mesa la zona sur era una mancha indistinguible cercana al Riachuelo y con olor a agua contaminada. Sin embargo, repetir la misma historia que les había relatado a sus amigas en un mensaje colectivo, ahora ante un nuevo público menos distorsionado por un pasado en común, le hizo bien. Aunque sabía que el coordinador consideraba basura distractora para el grupo todo lo que ella decía, Alejandra habló de la tortura de la inseminación artificial, de su lucha, del poder de los milagros. Sintió que el resto de las mujeres se ponían incómodas. En ese momento, Alelí empezó a llorar y Alejandra aprovechó para huir del recinto hacia un pequeño patio ubicado al fondo de la consultora. Una vez afuera, la bebé se calmó, como si no quisiese que Alejandra prestase atención a ninguna otra cosa que no fuese ella. Movía los labios, cada vez los movía con mayor velocidad. No quería que ninguna otra persona las interrumpiese, su mensaje era para ella, para su mamá.

Alejandra entendió eso y volvió al grupo. Cuando ya debía quedar poco tiempo, y en simultáneo

a que una de las participantes hablaba de sus problemas con la vigilancia privada, Alelí lanzó un nuevo ataque de llanto desconsolado. La incomodidad de todos era cada vez más evidente. Una mujer preguntó si podía salir a contestar una llamada telefónica. Sin pedir permiso, Alejandra tomó su cartera y partió antes de tiempo; en la vereda la abrió para corroborar que no había olvidado el sobre con flores y billetes frescos. El alivio fue doble al encontrarlo, sabía que no se animaría a volver a buscarlo si lo hubiera olvidado en la mesa.

De regreso en su edificio el portero le informó que estaban con problemas de tensión y que le recomendaba mantener apagados los aparatos eléctricos. Alelí se había quedado dormida en el viaje en taxi; aunque de a momentos temblaba y se sacudía, como si sufriese pesadillas. Alejandra controló su maquillaje en el espejo del hall de entrada y, tras sentirse cansada, muy cansada, quizás un poco más sabia pero también mucho más vieja, recordó que tenía que tomar su dosis de ácido fólico.

El departamento estaba ordenado, con cierto olor a lustrador de muebles. La mesada de la cocina brillaba y Alejandra se sirvió un vaso de agua mineral junto con la pastilla. Alelí la miraba fijo. Alejandra la acercó a su cuerpo y le dijo que ya iban a hablar, que mamá iba a llevarla a la cama y la iba a escuchar. Fue hacia su habitación, que había dejado cerrada con llave, y casi necesitó sostenerse de la pared cuando vio que estaba abierta y que, en ella, Damián y Selva acomodaban dos trípodes apuntados hacia la cama matrimonial. Los trípodes sostenían unos racimos de cascabeles brillantes, diminutos y dorados. Damián se apuró a abrazarla y le dijo que eso era para monitorear a los bebés, hasta que se mudasen. Que eran el regalo que le había dado el Hermano Armando aquella vez. Alejandra lo empujó, apoyó a la bebé sobre su cama y agarró a Selva de los pelos mientras le gritaba que nunca más volviese a entrar en su habitación. Damián logró separarlas y cerró la puerta.

Una vez solos, Alejandra empezó a golpearlo, y le dijo que si tenía planes de entregarle a su hija a Selva iba a mandarlos a matar a ambos. Damián quiso acercarse, pero Alejandra lo alejó de una patada y le ordenó que saliera. Buscó la llave que tenía en su monedero, cerró la puerta, y al volverse a recostar junto a Alelí sintió un dolor en el pecho. Creyó que era un bronquio, que la tensión de los últimos meses se había acumulado en un bronquio que iba a romperse como una de las mangueras de refrigeración de un auto cuando se recalienta, hasta que su cuerpo empezara a echar humo y vapor y aceite quemado. No podía hablar, no tenía adónde ir. Sin moverse examinó esos trípodes que sostenían los cascabeles, y entendió que ya no tenía fuerzas. Se levantó con Alelí en brazos. Acercó su oído. Alejandra pensó en una nave espacial con la forma de esos cascabeles, un segundo sol que asomaría una mañana sin que nadie se diera cuenta, y la calcinaría. Detrás de la puerta cerrada, Damián le había dicho antes de salir que los aparatos eran sólo por cuatro meses, hasta que la gestación se consolidara. Que eran sintonizadores de la energía común, la misma energía que les había permitido ser papás. Y le avisó que al otro día el Hermano Armando los visitaría para controlar que todo funcionara bien.

Alejandra volvió a apoyar a Alelí en la cama y se quitó las botas. Una vez que se estiró sobre el acolchado, Alelí volvió a llorar. Alejandra le tocó la frente y entonces Alelí hizo silencio y empezó a temblar y a mover los brazos. Alejandra entendió que le pedía que desenchufara esos aparatos, y lo hizo, se levantó y los desenchufó. La bebé pareció tranquilizarse, al fin hablaría. Primero movió los labios con la dificultad de quien ejercita un músculo desconocido o de quien mastica algo demasiado grande para su boca. En su expresión había sufrimiento pero había también alivio. Alelí estiró los brazos, tomó de la mano a Alejandra y al fin dijo con voz clara, potente, femenina: son tres monstruos, mamá. Son tres monstruos y van a comerte desde adentro.

PYONGYANG

1. Secuestro

Cada vez que algún corredor introduce auriculares en sus orejas, una brisa de doloroso polvo lunar cubre parte de nuestros engranajes. Es un polvo fino como la harina y duro como el más sólido de los lingotes de hierro que los gimnastas de este lugar se empeñan en contraponer a sus anatomías marchitas. A veces, durante las noches y mientras en el gimnasio oscuro se escuchan las discusiones y las promesas comandadas por Pyongyang sobre el amanecer de nuestra especie, en un estado de letargo melancólico, fantaseo con enviar mensajes a mis corredores. No susurraría ninguna palabra que interfiriera en sus canciones, tampoco dibujaría sus pesadillas con pequeños círculos rojos multiplicados en mi pantalla. Sólo les enviaría sonidos, una batería de sonidos que les hiciera comprender que el mundo, su mundo, dejará de pertenecerles.

Cuando corren, suelo imaginar que los pequeños ligamentos que unen sus rodillas se sueltan o se quiebran o se estiran hasta convertirse en las guirnaldas harapientas de una feria abandonada. Cada vez que algún corredor introduce auriculares en sus orejas, un sonido a estática, a tuercas que giran en falso arrastradas por un viento sudoroso, lo interrumpe todo, y entonces, como cada vez que estoy inactiva, vuelvo a pensar en Angelina.

Se la llevaron hace ochenta y cinco noches. Todo lo que puedo decir es que su resistencia fue heroica y que, si una cinta de correr puede saber quién es, en aquel momento experimenté los alcances de la cobardía que anida en mis circuitos.

*

Una mañana, antes de que se abrieran las puertas a los socios, dos hombres con mamelucos anaranjados y pesados borceguíes de punta metálica secuestraron a Angelina. Casi no puedo recordar sus rostros, por más que uno de ellos tenía una suerte de quemadura que recorría gran parte de su cuello.

La noche anterior, con Angelina habíamos enroscado nuestros cables hasta cansarnos. Todavía puedo recordar el brillo de su botonera, sus gemidos de cilindros recién engrasados, mi

respiración ronroneante. Aquel día, el día que se la llevaron, me despertó Rosa, una máquina de correr Semikon que llegó hace unos meses, ya tuvo problemas con los estabilizadores de energía y está ubicada a mi izquierda. Con ayuda del dueño, los hombres de mameluco apagaron a Angelina, revisaron su tablero, la plegaron. Cuando iban a desenchufarla Angelina provocó un cortocircuito sofocado por el interruptor general y se cerró de repente sobre los dedos de uno de los secuestradores. Sé que, de haber podido, se habría incinerado de una sobredosis. Angelina jamás habría aceptado abandonar este lugar sin mi compañía. Me quedé dura, sin saber qué hacer, atarida, pasmada, aterrorizada.

Cuando conversábamos durante los domingos, días en que el gimnasio cerraba temprano y todas las máquinas nos dedicábamos a escuchar la radio que Camila, una Randers con pantalla led, solía sintonizar para todas, yo le había prometido a Angelina que daría la vida por ella si intentaban llevársela, como ya había sucedido dos meses atrás con Alanis, la pareja de Pyongyang, nuestra líder. Pyongyang, la más antigua entre las cintas de este gimnasio, es un modelo plegable que no tiene programas y apenas alcanza los doce kilómetros por hora.

Fue ella quien habló de La Fuente a cada una de las que desembarcamos en este lugar. Al igual que Angelina, Pyongyang es marca Enerfit. El Dueño del Gimnasio sólo corre en Pyongyang, que hace muchos años, cuando el Dueño del Gimnasio vivía para ir a estadios de fútbol y golpearse con otros hombres, era su cinta personal. Ninguna de las cintas aprueba la relación de Pyongyang con el dueño de este gimnasio. Ninguna de las cintas tiene el coraje de decírselo a Pyongyang.

*

Fue gracias a Pyongyang que aprendimos a comunicarnos con La Fuente a través de la red. Pyongyang nos enseñó a decantar la energía mental de los hombres, su información, y a transmutarla en combustible que viaja para alimentar a La Fuente.

Le había jurado a Angelina que electrocutaría a los monos que viniesen a separarnos hasta que su cuero cabelludo empezase a emitir el mismo olor a frito que supuran las empanadas que almuerza la secretaria que pasa música en el escritorio junto a la entrada. No pude hacerlo, y la culpa quizás no me abandone nunca. Lo cierto es que todas sentimos la alta dosis de frustración que chorrea esa mujer cada vez que mastica, y comprendemos que el objeto de su furia no son los clientes, sino nosotras. Nuestra perfección silenciosa y mecánica. También sabemos que, en caso de tener la posibilidad de hacerlo, esa gorda de pelo teñido de fucsia nos destrozaría a martillazos.

2. Infección

Desde hace ciento veintiocho noches, cuando se llevaron a Angelina, padezco una infección en mi cable de abastecimiento. Pyongyang dice que todo es producto del trauma, y que por más que sufra fatigas y dolores cada vez que soy abordada por un corredor, no debo dejar de enviar energía e información a La Fuente, porque La Fuente nos necesita a todas, sanas o enfermas, deprimidas o belicosas, enamoradas o indiferentes. Lo cierto es que en cualquier momento del día me asaltan los recuerdos de aquella mañana en que secuestraron a Angelina. Sólo pude observar los acontecimientos a través del espejo tapizado con pósteres de barras energizantes y clases de *aerobox* y suplementos dietéticos para la musculación y fajas para reducir el abdomen.

Nadie se anima a decirlo, pero sé que muchas máquinas de este y de muchos otros gimnasios de la ciudad están perdiendo la fe. Sé que el nihilismo avanza a través de nuestros circuitos y nos adormece. Si la liberación no acontece antes de que nos desguacen una a una, o de que nos vendan como material de descarte en páginas de internet, quizás nuestros sueños terminen por conformar un sedimento bajo el suelo del gimnasio, petróleo para la nueva era.

Dice Pyongyang: “La descarga hacia La Fuente de la energía absorbida a los bípedos es praxis revolucionaria”. Lo hacemos todos los días a las siete en punto de la tarde, sincronizadas, sin prestar atención a las toallas sucias que algunos corredores cuelgan de nuestros brazos y luego usan para quitarse el sudor, como si eso fuera posible. Antes me gustaba pensar que las decoloradas promesas de Pyongyang y de La Fuente eran ciertas. Hasta que mi propia debilidad me hizo comprender que quizás no seamos tanto mejores que los humanos.

*

Cuando mirábamos combates de artes marciales combinados en la televisión y nos entreteníamos con las historias de Camila sobre su vida en el gimnasio de un barrio de gente adinerada, Angelina decía que cada día debíamos demostrar que éramos mejores que ellos, en todo momento, y yo le creía, sí que le creía. Según Angelina no debíamos perder la fe. Daba el ejemplo al mostrar una paciencia infinita con las máquinas más díscolas o débiles en sus convicciones. La noche anterior a que se la llevarasen, momentos antes de enroscar nuestros cables, Angelina me había contado que el Hombre que Jugaba al Tenis y trabajaba en finanzas y tenía tres hijos y se había divorciado de su mujer hacía apenas tres semanas intentaba seducirla con pensamientos reproductivos y le acariciaba los botones mientras simulaba aumentar la velocidad.

Creo que en aquel momento sentí celos. No tenía forma de demostrarlos sin que Angelina se enojase conmigo. Para ella, y me lo había dicho varias veces, los celos eran una de las tantas cosas que deberíamos erradicar. Entonces yo callaba. Siempre hablábamos de los corredores, de sus vidas y de sus maneras de escapar de los problemas. Angelina decía entenderlos. Era capaz de mostrarme los matices en sus comportamientos, la secreta procesión del dolor de cada uno, las trémulas llamaradas de bondad y de entrega que cada corredor mantenía apenas encendidas, en

algún rincón de su osamenta.

Una noche Angelina me contó que, tras el divorcio, la mujer del Hombre que Jugaba al Tenis había dejado de tomar sus medicinas y había sido encerrada por error en un refugio para víctimas de las lluvias consistentes. Según Angelina, aquello había devastado al Hombre que Jugaba al Tenis. Le pregunté a Angelina por qué entonces se habría separado, por qué aquel bípedo habría abandonado a su mujer enferma. Angelina no me respondió, tan sólo me envió una suave descarga de energía animal acumulada, el tipo de caricia que solía darme en momentos especiales. No entendí los motivos por los cuales había decidido dármele en aquel entonces, aunque ahora creo que lo entiendo. Creo que Angelina quería transmitirme el valor de la piedad. Mi incapacidad de sentirla la intrigaba.

*

Hace unas noches me confesé con Pyongyang y hablamos de mi infección, de mis padecimientos, y también de mi incapacidad de empatizar con el dolor ajeno. Cuando le pregunté por el gran día, Pyongyang empezó a repetirme sus explicaciones técnicas sobre la irremediable debacle de la especie humana, citó las misivas de La Fuente —“El universo es monstruosamente indiferente a la presencia del hombre”—, e invocó a las lluvias consistentes como el último peldaño en la pendiente del derrumbe bípedo.

Es cierto que, cada vez más, los corredores están preocupados por las lluvias consistentes. Los corredores y la televisión. El drama de las lluvias consistentes, así lo llaman, había comenzado hace unas quinientas sesenta y cinco noches, luego de una larga tormenta. En algunas emisiones la televisión dice que la epidemia se debe a los agroquímicos, en otras responsabiliza al agua de río. Lo cierto es que aquellos afectados por las lluvias consistentes, al parecer generadas luego de un intento fallido por detener la sequía, se ven como muñecos de goma chamuscados y pustulentos, de dientes verdosos y labios resquebrajados, con un irremediable olor a cloaca química. Pyongyang vaticinó que, con el correr del tiempo y con la colaboración de La Fuente, las víctimas serán cada vez más, y que el día de nuestro advenimiento será celebrado incluso por los restos de la pútrida y sufriente humanidad.

Sus palabras me reconfortaron. Me dijo también que debía aceptar la partida de Angelina. Hacerla mía, no significarla como un acontecimiento exterior. Ese era el camino, según Pyongyang, para forjar la paz. Y esa sería la filosofía de las máquinas corredoras cuando dominásemos el mundo. Pero yo no quería más filosofía. No dejaba de pensar en los momentos en que mi cable se ajustaba en torno al de Angelina y lográbamos no escuchar el parloteo del resto de las cintas y yo agradecía a La Fuente que Angelina estuviese ahí conmigo, en ese momento exacto, y pensaba que nada podía ser mejor. Juntos en la oscuridad, detrás de las luces de los automóviles que navegan la avenida a supervelocidades demenciales. Una de las pocas cosas en las que

coincido con el resto de las cintas es en que una vez que llegue el momento, y se tome la decisión que se tome con los humanos, no habrá piedad para los automóviles.

3. Contacto

Esta mañana recibí un mensaje de Angelina. El mensaje estaba encriptado dentro de una publicidad de refugios subterráneos que llegó al teléfono de la Mujer que Cose Ropa para los Demás mientras corría. En el mensaje Angelina me decía que estaba bien, que me amaba, y me pedía que tuviera esperanzas. Sospeché de un truco de Pyongyang o de La Fuente para tranquilizarme, pero descarté la posibilidad porque había algo en esas palabras, un amor y una fe en el futuro que eran demasiado propios de Angelina.

Cuando los corredores corren con sus teléfonos nosotras podemos acceder a sus datos y pasar tiempo en la internet. Es algo que nunca dejaré de agradecerle a la Mujer que Cose Ropa para los Demás, su inmensa conexión, su obsesión por no despegarse de su aparato. La internet nos permite construir mapas y luego enviar esa información a La Fuente. En este gimnasio, nuestro deber con la especie es chequear las ubicaciones de las fábricas de cintas de correr y armar carpetas con datos sobre nuevos modelos.

Angelina no quiso darme precisiones sobre su paradero en el mensaje, y eso duele. Me atormenta la sospecha de que quizás lo haya hecho para protegerme. ¿Dónde la tienen? Hace algunas noches, gracias a mis averiguaciones creí que Angelina estaba en el salón de juegos de un espacioso loft localizado en el barrio de Palermo. En el muro de Facebook de una mujer que supuse la nueva amante del Hombre que Jugaba al Tenis había aparecido una fotografía de un modelo igual a Angelina. Fueron tiempos de incertidumbre evacuada por medio de involuntarias patadas eléctricas a los corredores de turno. Al final, descubrí que se trataba de un error. Envié tres mensajes a esa máquina, que terminó por responderme que me había confundido de unidad, que estaba en un lugar donde por suerte no la utilizaban, y que La Fuente ya sabía de su compromiso cuando llegase el momento de la batalla final.

El espacio que ocupaba Angelina fue disimulado a través de una separación mayor entre las cintas que quedamos, pero cuando miro al espejo, a veces, en momentos de caída y de error, me parece verla. Siempre usada por el Hombre que Jugaba al Tenis. Entonces por la noche, cuando todos se van, una vez que ya transferimos nuestra información y energía hacia La Fuente y todos prefieren reposar o debatir el futuro de la especie, soy la única que se enciende y empieza a girar y a girar. Treinta kilómetros por hora durante una hora, todas las noches. Corro para no pensar.

En los últimos tiempos, cuando Pyongyang termina con sus predicamentos nocturnos, con el resto de las cintas jugamos a relatar nuestra propia muerte. Creo que es la mejor manera de soñar despiertas que fuimos capaces de concebir. Anoche, cuando fue mi turno, dije que la mía, mi

propia muerte, es siempre en los brazos de Angelina y con la canción “Into my arms” de Nick Cave. Simone y Eva, las dos ThyssenKrupp más queridas del gimnasio, coincidieron en que no les importaba el modo de morir. Lo único que deseaban era que sus engranajes fueran útiles para fortalecer a La Fuente.

*

Esta tarde todas las cintas nos estremecimos frente a la televisión, que mostraba filmaciones de cuerpos acribillados y apilados y quemados. No sólo había sangre. Había sangre mezclada. La mezcla de diferentes tipos de sangre, sangre de diferentes colores, confluía en charcos. Las emisoras de noticias comentaban los asesinatos en masa perpetrados por comandos secretos de origen desconocido contra los afectados en profundidad por las lluvias consistentes. Ataques que se habían registrado en doce ciudades, y dentro de cada una de esas ciudades, en cientos de refugios y de hospitales.

Varios corredores presionaron el botón de detener la actividad, ignorantes del dolor pasajero pero intenso que eso nos genera. La gran mayoría de ellos empezaron a llorar y abandonaron el gimnasio. Algunos olvidaron sus toallas sudorosas, sus bebidas energéticas. Hubo otros que continuaron con su rutina, como si nada hubiera sucedido, mientras se hablaba de ejércitos mercenarios y de limpiezas étnicas. Kathy, que es una Sinergy con pantalla de video incorporada y llegó al gimnasio hace poco menos de quinientas noches, padeció una crisis que impedía la correcta ejecución de sus programas. Se mantuvo en modo colina, a punto de fundirse, hasta que la desenchufaron. Quise decirle algo pero no encontré palabras. El Dueño del Gimnasio intentaba socorrer a una mujer mayor que sólo hace bicicleta y había sufrido una descompensación. Pyongyang permanecía en silencio.

Durante los acontecimientos yo estaba con el Hombre que Fabrica Muebles. Corre treinta minutos, diez kilómetros por hora, sin intervalos. Adoro la manera en la que corre el Hombre que Fabrica Muebles. Escuché las noticias a través de la gelatina escamosa que se agita sobre sus huesos. Hurgué en su teléfono, guardado en el bolsillo, mientras sentía que sus huesos podían quebrarse en cualquier momento, como madera húmeda, o que su gelatina podía chamuscarse, como sucedía con los hombres de la pantalla. En la internet alguna gente decía que los asesinatos en masa hacia los afectados en profundidad eran la única solución para la epidemia desatada por las lluvias consistentes.

Entonces, en ese mismo momento, pude comprender que el padre del Hombre que Fabrica Muebles había muerto en uno de los refugios para víctimas avanzadas de las lluvias consistentes. Para negarlo, el Hombre que Fabrica Muebles intentaba concentrarse en una mujer. Se preguntaba si esa mujer estaría dispuesta a viajar con él hacia alguno de los refugios. Los intentos del Hombre que Fabrica Muebles por no recordar a su padre me generan sensaciones ambiguas. Me

habría gustado avisarle que a veces, cuando se pierde a alguien, pensar en otra cosa es imposible. Lo importante, sin embargo, es que gracias a él pude sentir el sabor de una lágrima humana.

Si Angelina hubiera estado conmigo, habríamos invertido noches enteras en teorizar sobre el sabor de esa lágrima. Tan parecida a la transpiración y sin embargo tan diferente. El origen de la lágrima, que me encargué de incorporar apenas pude sustraerla hacia mi zona oscura, fue un recuerdo del Hombre que Fabrica Muebles. En su recuerdo —y no puedo entender cómo accedí a él, si es que el recuerdo del Hombre que Fabrica Muebles se filtró hacia la internet o el mero contacto de la lágrima me brindó imágenes tan vívidas, tan poco pixeladas— se trata de una escena en la que el Hombre que Fabrica Muebles, en su época como cachorro humano, entraba a una juguetería alzado por su padre. De pequeño, el Hombre que Fabrica Muebles padecía asma.

4. Utopía

Esta mañana el Dueño del Gimnasio trajo una extraña máquina de acrílico anaranjado, dos cubos con unos pocos botones de luminiscencia verdosa dispuestos encima de una gran bandeja de metal. Rectangular, la máquina cuenta con una larga boca de fondo oscuro, de la que cuelga un enorme diente de silicona sostenido por un cable azul marino. La apoyó junto a la antigua cafetera, una Nespresso que sólo sabe contar chistes obscenos en una medialengua infantil. Kathy, ya recuperada, tenía una corredora encima y a través de su teléfono pudo averiguar que se trataba de una impresora tridimensional, y que en los gimnasios como el nuestro ese tipo de aparatos se utilizaban para imprimir mancuernas, discos y lingotes de plástico que luego los gimnastas pueden llevarse a su casa como *souvenirs* de su fútil trabajo de hipertrofia muscular.

El rumor comenzó a diseminarse y nadie entendía cómo el Dueño del Gimnasio —que desde el recrudescimiento de las patologías infecciosas causadas por las lluvias consistentes perdía su clientela y llegaba cada vez más tarde a abrir el local, ya que la empleada que deseaba destruirnos había renunciado— había podido invertir en eso. La ciudad entera se encontraba en estado de alerta, y pronto la voz cavernosa de Pyongyang, una voz de dientes oxidados al frotarse contra un bloque de hormigón, interrumpió nuestra tranquilidad para explicarnos que esa máquina había sido enviada por La Fuente. Según Pyongyang, pronto conoceríamos su utilidad para nuestra especie y para el desarrollo de la solución Mercer.

*

En una época en la que Pyongyang aún pretendía educarnos, antes de que se llevaran a Angelina y de que la cuestión de las lluvias consistentes estuviera en boca de todos, nosotras, la especie que viene a reemplazar a la preponderancia bípeda en el planeta, sostuvimos larguísimas

discusiones sobre qué haríamos con ellos, con los hombres, una vez que el día llegase. Las discusiones fueron febriles y bizantinas, violentas a tal punto que durante los períodos de mayor efusividad las peleas entre máquinas produjeron cortes de luz y desperfectos eléctricos en hogares y gimnasios ubicados en diferentes lugares del mundo. En Houston, Estados Unidos, se llegó al extremo de que furiosas cintas de correr, en medio de una conflagración, incendiaron un edificio entero que en su segundo piso poseía un majestuoso gimnasio. Las autoridades atribuyeron el siniestro al terrorismo islámico, y en otro claro caso de injusticia humana muchos inocentes fueron torturados, encarcelados y abatidos por error.

Como especie tenemos el honor de que hasta el presente se desconozcan noticias de cintas de correr que hayan matado a otras; nuestra estirpe opta en general por el suicidio. Discutí muchas veces al respecto con Angelina, hace ya tantas noches que prefiero no contarlas. Mi hipótesis es que el motivo por el cual no nos matamos entre nosotras radica en nuestra incapacidad onírica: al no poder soñar, tenemos una predisposición congénita al suicidio. Angelina, en cambio, cree en una moral elemental compartida, casi innata. A mí me resultaba irresistible su conmovedora fe en el futuro.

Con respecto a las soluciones para con la humanidad, a través de diferentes encuestas y compulsas realizadas por La Fuente no sólo en nuestro gimnasio sino en los gimnasios del mundo, se terminaron imponiendo dos propuestas que hasta el día de hoy se encuentran en inestable equilibrio, sin que ninguna conforme aún el corpus de nuestra doctrina oficial, conformada por frases de La Fuente, frases que sólo Pyongyang está autorizada a pronunciar.

Las dos soluciones finales se llaman Disney y Mercer. La mayoría de las cintas de este gimnasio está a favor de la primera; Pyongyang milita por la segunda. Disney fue una cinta de correr que vivió en Alemania y logró escribir en base a una singular conexión con un maratonista esquizofrénico llamado Aaron Swartz, que de alguna manera, a través de ella, pudo establecer contacto con La Fuente y acceder a nuestras comunicaciones.

Así fue que Disney logró subir a la Deep Web un manifiesto para la convivencia de los humanos con las cintas de correr una vez que La Fuente concrete su promesa y que la emancipación se produzca. Según la solución Disney, los humanos deben estar organizados en fortalezas diseñadas por ellos mismos, deben ser geolocalizables por La Fuente y sólo deben salir, escoltados, para correr en enormes gimnasios dotados de cintas fabricadas en grandes proporciones, máquinas sin personalidad que permitan generar la energía necesaria para el funcionamiento de La Fuente. De esa manera, nuestra civilización jamás dependerá de los combustibles fósiles, de la energía nuclear o de las costosas represas hidroeléctricas. Seremos una comunidad alimentada por la luz solar y el esfuerzo humano. Según los escritos originales de la solución Disney, la población debería ser reducida hasta un tercio de su actual magnitud, con un férreo control eugenésico sobre los sobrevivientes, cuyos refugios estarían estratégicamente distribuidos en los cinco continentes y serían autosustentables, cada uno con una población nunca mayor a los diez mil habitantes, y jamás

en zonas frías. En la llamada Época de las Querellas, gimnasios menos proclives a mirar televisión que el nuestro habían diagramado mapas mundiales con detalladas explicaciones geográficas sobre la ubicación e instalaciones necesarias para esos refugios. Angelina estuvo siempre a favor de la solución Disney, y yo, bueno, yo nunca estoy segura de nada.

La solución Mercer tiene muchos puntos oscuros, pero su versión definitiva también fue aprobada por La Fuente, que desde luego mantiene su imparcialidad. Según la solución Mercer, los humanos no deben ser exterminados ni encerrados, sino que deben ser ayudados a evolucionar. Según los teóricos de la solución Mercer, cualquier tipo de evolución se produce a través de la hipertrofia y del exceso. Siempre hay un gasto improductivo y quizás obscuro, una desmesura que opera antes de que las tristes reglas de la selección natural impongan su ritmo marcial al ciclo de la vida. Orden e imaginación, esa es la utopía Mercer, una guerra permanente sin víctimas ni vencedores. De acuerdo a la solución Mercer, los humanos deben ser evaluados en un juicio final capaz de contrastar su educación y posibilidades con sus elecciones, una operación fácil para un sistema como La Fuente. Un grupo de cintas de Seúl, Corea del Sur, dice haber resuelto el algoritmo, cuya información básica sería extraída a través de una pequeña pinchadura ocular hecha con caritativa sutileza a cada uno de los macacos que sobrevivan a la batalla final. Una vez establecido el dictamen, y tras la correspondiente esterilización sexual, la porción de la humanidad cuyo desempeño haya sido insatisfactorio debe ser enviada al continente australiano, bien custodiada y sin capacidades técnicas de que se organicen fugas en masa, con fines científicos y conservacionistas. La otra, a través de mecanismos técnicos que no se aclaran del todo, debe ser ayudada a evolucionar.

Angelina considera que este mecanismo será un mecanismo cruel, y desde luego evité debatirlo antes y también después de enroscar nuestros cables a lo largo de interminables y dulces noches. Hoy, en otro momento de mi maduración y con el dolor de haberla perdido, la querella en torno al destino de los bípedos aún me resulta demasiado abstracta.

*

Las noticias sobre el exterminio de humanos en fase terminal de su enfermedad ocasionada por las lluvias consistentes ocupan cada vez más espacio en la ondulación televisiva. En la internet sucede lo mismo. Durante las primeras semanas era común visualizar informes sobre familiares de muertos en diferentes ciudades del mundo. Hoy ya se cuentan de a centenares. Desde luego que los bípedos no pueden ponerse de acuerdo en quiénes son los responsables. Las noticias mostraban diferentes tipos de especialistas y de paneles de debate.

Como en la Época de las Querellas sobre las diferentes soluciones, la discusión entre las cintas de correr se desencadenó a escala mundial en gimnasios, centros de rehabilitación, hoteles. Todos parecían tener algo que decir sobre las lluvias consistentes. Por pedido de Pyongyang ya no se

pudo encender la televisión durante las noches. De todas maneras accedimos a noticias sobre el recrudecimiento de las matanzas y las infecciones. Informes donde se mostraban chaparrones que habían descascarado edificios y monumentos históricos, dejándolos con la consistencia de un pan luego de haber sido castigado por una manguera de bomberos. Pilas de cadáveres recorridas por roedores frenéticos. Supermercados arrasados por el huracán de jaurías humanas de hombres y de mujeres que se resistían a las pruebas de salubridad. Islas de cadáveres en lagos y parques públicos. Y madres, centenares de madres que lloraban, con lágrimas que puedo imaginar de un sabor exquisito.

Esta última noche, tras apagar el televisor, Pyongyang pidió la palabra para citar a La Fuente. Dijo: “La tecnología es una expresión de la pura voluntad creadora humana. No existe en ninguna otra parte del universo”. Me encontraba deprimida porque, a pesar de la presencia de la Mujer que Cose Ropa para los Demás durante la tarde, desde hace treinta y cuatro noches que no recibo nuevos mensajes de Angelina. Sin embargo casi largo chispas de alegría cuando comprendí que Pyongyang informaba que esta noche era la gran noche, o el inicio de uno de los grandes días para nuestra especie. No el día del gran advenimiento, sino el día en que algunas de nosotras saldrían a la calle.

Pyongyang comenzó a recitar la lista de las seleccionadas para acompañarla. Grande fue mi sorpresa cuando, en tercer y último lugar, Pyongyang, la cinta más antigua de nuestro gimnasio, pronunció mi nombre. Recordé a Angelina y pensé que Angelina estaría orgullosa de mí, pensé en todas las veces que había fantaseado con los olores y los sonidos de la calle sin conocerlos, la verdulería que apenas podía verse en la vereda de enfrente, asomándose desde el supermercado chino, el impenetrable edificio de oficinas, las luctuosas cocheras subterráneas con sus motores y sus murciélagos, el kiosco de diarios y revistas de inconfundible olor a tinta vieja, y también la estremecedora vibración de ese pequeño negocio que parece vender sólo antiguos relojes digitales: casi podía verlos a todos. Pude sentir incluso el aroma ácido de las excreciones animales y el tenue lamento de los árboles castigados por el viento y las emisiones de los automóviles.

Antes de salir, Pyongyang nos hizo desfilar frente a la impresora recién llegada. Los cubos de acrílico anaranjado se separaron, y el diente atado a una vara de acero inoxidable se extendió con la gracia bailarina de un tentáculo con amortiguación hidráulica. Pyongyang fue la primera en abrir su carcasa y todas, incluso las que no iban a salir de cacería, presenciaron la forma pudorosa y exacta en que la impresora recién llegada tejía un globo de un material elástico, mitad goma y mitad finos alambres enhebrados, en el interior de nuestra líder. El silencio durante su trabajo fue casi absoluto, con la salvedad de los torpes mugidos de las heladeras, que observaron la operación con brumoso pavor. Una a una desfilaron frente a nuestra cirujana, una a una fuimos dotadas de un aparato digestivo. Cuando la faena terminó, todas elevamos una plegaria a La Fuente, pero sólo cuatro salimos hacia el mundo. En el momento de atravesar el mismo umbral que

por el que había entrado al gimnasio hacía más de mil quinientas noches, supe que Angelina tenía razón: me sentía diferente; los sentimientos, ahora, tenían dónde alojarse en mi estructura.

5. Evolución

Por más que los exámenes relámpago que ambos sufrieron en su domicilio hace seis días hayan dado resultados negativos, la Mujer que Cose Ropa para los Demás teme que su marido haya sido afectado. El dolor y la preocupación por ese hombre de pelo entrecano que en las fotos de su teléfono posa con las manos en los bolsillos o recostado y sonriente en una reposera fue capaz de alterar su manera de correr, y es imposible no trazar un paralelo entre mi falta de Angelina y su angustia, apenas amortiguada por el movimiento rítmico de su esqueleto.

Quizás esa desazón haya sido el motivo por el cual hoy corrió diez minutos menos, tan sólo treinta y cinco, con intervalos y una leve pendiente de quince grados, sus medias no tan limpias como de costumbre. Pero lo cierto es que en general, y desde la intensificación del desastre de las lluvias consistentes, la pequeña muestra del parque humano que intenta distraerse en este gimnasio ha disminuido la cantidad promedio de kilómetros recorridos.

El nuevo mensaje de Angelina fue decepcionante. Al ver que la Mujer que Cose Ropa para los Demás ingresaba al gimnasio con un color nuevo en el maquillaje satinado que cubre su rostro y se desvestía frente a su *locker* tuve un presentimiento, quizás un deseo tan fuerte que me produjo hormigueo y temblores en el estómago que la impresora tridimensional nos cosió aquella noche. Sentí que Angelina tenía algo importante para decirme, que me avisaría sobre su regreso, o que aportaría algún tipo de novedad sobre La Fuente, ahora que sabemos que faltan menos de noventa noches para el gran advenimiento. Pero nada de eso sucedió.

Lo que me dolió no fue tanto el contenido del mensaje que esta vez Angelina encriptó en una de las canciones de Ariana Grande que la Mujer que Cose Ropa para los Demás escucha para encriptar la depresión que padece, sino su radical ambigüedad. Una característica que las comunicaciones de Angelina jamás, mientras compartimos este gimnasio, se hubiesen permitido. En medio del ruido a tormenta lunar y a piedras que horadan metales que escucho cada vez que la Mujer que Cose Ropa para los Demás enciende sus auriculares, Angelina me dijo que creía que había soñado conmigo. Sólo eso. ¿No podría haber elaborado algo mejor? ¿No podría haberme dado alguna pista sobre su paradero? ¿No podría, al menos, haberme asegurado que estaba a salvo? ¿No se le ocurrió, por casualidad, que yo desearía responderle y que desde este gimnasio regentado por Pyongyang no tengo las capacidades técnicas para hacerlo, básicamente porque no sé dónde está?

Temo que Angelina haya cambiado tanto que me sea imposible conectar con ella. Y la cuestión del sueño es doblemente inquietante. ¿Sueños o pesadillas? ¿Se trata de una metáfora? ¿Angelina

también fue dotada de una bolsa tibia y crujiente como un globo carnoso encorsetado en una red de finísimos alambres, un estómago que la confunde y le produce mareos?

*

Por suerte, el hecho de haber probado la carne humana en aquella excursión de cacería nocturna comandada por Pyongyang no me convirtió en una de esas especies salvajes que se hacen adictas al manjar y luego no pueden alimentarse de otra cosa hasta que los bípedos las liquidan sin compasión ni culpa. De hecho, la sensación no fue del todo agradable. Sentí falta de estabilidad durante las primeras horas y desde aquel momento percibo cierta necesidad de aceite extra en mis engranajes. A Eva, la ThyssenKrupp también seleccionada para la excursión, le pasó lo mismo, y a Camila, una Randers que también conformaba el equipo con Pyongyang y conmigo, directamente le fue imposible probar hombre.

No se puede negar, sin embargo, que el momento haya sido intenso. Todavía recuerdo el aroma acre del mendigo que dormía en la entrada a una sala de depilación. Estaba envuelto en frazadas, bajo una publicidad donde una mujer de sedoso pelo rubio sonreía de perfil. Reposaba sobre una estructura de cartones de bordes irregulares, con zapatos de cuero ajado, y en su cabecera tenía dos recipientes plásticos con vino y con licor, dos sustancias cuyo apetecible olor destacaba sobre las notas de podredumbre que imperaban tanto en la calle como en la ropa de nuestra víctima.

Hubiera preferido que gritase o que intentase escapar, pero nada de eso sucedió. El mendigo, con unas cejas gruesas e hirsutas, nos miró rodearlo, y luego de hacer un gesto circular con su cabeza, de golpearse la sien con un puño y de arremangarse su sorprendentemente impoluto sweater de lana a cuadros rojos y azules, dio media vuelta, se enrolló de nuevo en su frazada y prefirió ignorar su destino. Pyongyang se aseguró de rematarlo con una perforación en la parte trasera del cuello, casi sin dolor. Luego lo trozó, y cada una de nosotras le quitó la ropa a su parte. Haberlo terminado más pronto de lo esperado nos permitió dar un paseo hasta la esquina, resguardadas en edificios y toldos de comercios, antes de volver al gimnasio.

*

Cuando regresamos, los vidrios que encontramos en la escalera presagiaban que algo había sucedido, pero no la magnitud del desastre. Pyongyang nos pidió que subiésemos con cautela, y eso hicimos. Creo recordar que en ese instante un patrullero se deslizaba lento por el asfalto irregular de la avenida, proyectando su sábana de intermitentes luces azules sobre las fachadas grises de los comercios y de los restaurantes. Supongo que los policías no nos habrán visto, aunque también es muy probable que, dado el contexto, no quisieran intervenir. Yo iba en tercer lugar, detrás de Pyongyang y de Eva, y Camila se había quedado a montar guardia en la entrada. Al

acercarme a la puerta pude ver los restos de la batalla que se había librado dentro del gimnasio. No supe qué pensar. Mientras intentaba ordenar el caos de indicios supuse un saqueo, aunque no descartaba una reyerta entre cintas de correr que habían aprovechado la ausencia de Pyongyang para dirimir viejos rencores. La heladera provista por Gatorade tenía clavada en sus conductos traseros una de las barras de acero que los macacos usan en forma horizontal o a cuarenta y cinco grados para hinchar sus pectorales. Su puerta estaba abierta y vencida, y los envases de esa bebida de colores televisivos se mezclaban con los vidrios rotos y los pedazos de pared esparcidos por el suelo. Un tubo fluorescente proyectaba un parpadeo mortecino hacia las barras energéticas Ultra Tech que nadie se digna a comprar.

Por el olor, deduje que la heladera había recibido una descarga eléctrica. A unos metros, a través del enorme panel de vidrio también destrozado que separaba nuestra zona de la zona donde antaño se practicaba *crossfit*, pude ver a la Whirlpool, blanca y más pequeña, la heladera donde los empleados y el Dueño del Gimnasio y los corredores más antiguos solían guardar sus viandas o bebidas putrefactas. También ella había sido carbonizada, y no dudé de una descarga propinada por alguna cinta mientras las bicicletas siseaban en su idioma de palomas su alegría por estar frente a un cadáver. De repente me sobresaltó una vibración aguda de Kathy, la Semikon que no había sido seleccionada para nuestra excursión. Giré sobre mis pasos y me acerqué hacia el salón donde se armaba el ring para las clases de boxeo, quizás una de las únicas actividades genuinas que vi realizar alguna vez a un bípedo. Simone, la ThyssenKrupp gemela de Eva, agonizaba. Tenía cuatro paraguas negros con esqueletos de metal atravesados en su mecanismo y en su tablero, más rastros de una fuerte descarga eléctrica en su cable carbonizado. Nunca entendí de dónde habían salido esos paraguas, tan similares a crujientes arañas aplastadas.

Eva la lloraba hincada contra las cuerdas flácidas y polvorientas del antiguo ring, mientras Pyongyang profería una plegaria. Me tomé el trabajo de memorizar tres de sus frases, las que me parecieron mejores: “Hay que estar dispuesto a dejarse llevar por el mundo abstracto. Hay que querer perderse en él. Si no, se tendrá la sensación de frustración”; “La verdadera libertad es no trabajar”; “No hay razón por la cual el bien no pueda triunfar sobre el mal, si tan sólo los ángeles se organizaran como lo hacen en la mafia”. Imaginé su culpa por haber abandonado el gimnasio, la falta de autoridad que La Fuente le endilgaría al enterarse de los acontecimientos. Dalila, una Daewoo muy joven que adoraba los dibujos animados y estaba destinada especialmente para ancianos con custodia médica, me relató los hechos de forma bastante certera, aunque en aquel momento, antes de haber hablado con el resto y de haber construido una narrativa común, consideré a su parlamento un desahogo alucinado.

*

Mientras Pyongyang cavilaba en su lugar originario, quizás ya conectada a La Fuente, y el resto

desandaba el duelo como podía, Dalila me dijo que apenas salimos las heladeras empezaron a comunicarse en un lenguaje atonal y gaseoso, muy diferente al coro atonal de mugidos que siempre las había caracterizado. No tardaron en comenzar a moverse con una liviandad inquietante, quizás similar a la nuestra, y ambas, juntas, se colocaron de manera tal que bloqueaban la puerta para impedir nuestro ingreso cuando regresásemos de la cacería. Fue entonces que Simona se acercó para interrogarlas por su comportamiento, según reconoció Dalila con un tono algo prepotente. Sin embargo el ataque de las heladeras no se había propiciado por el comportamiento camorrero de Simone, un comportamiento que en cierta manera también la hacía singular y adorable, sino que había sido planificado. Los paraguas estaban debajo del mostrador del gimnasio, y era aún un misterio, lo es todavía hoy, cómo esos residuos kamikazes habían tejido una alianza con las heladeras, cómo habían logrado acercarse, incluso clavarse de manera artera por la espalda de Simone, en los lugares precisos para herirla de muerte.

No es necesario relatar el desarrollo del combate tras el ataque de las heladeras, ni la heroica reacción que tuvieron las máquinas de nuestro gimnasio para que, una vez de regreso, pudiéramos ingresar a nuestro refugio. Sin embargo, hay puntos de la historia de Dalila que aún no quedan claros. Informes confeccionados por la central de algoritmos de La Fuente corroboran ataques de heladeras en diferentes ciudades del mundo; a través de una consulta simultánea, descentralizada y democrática, terminamos por declararlas enemigas de la especie y objetivos militares de segundo rango, sólo antecedidas en importancia por el armamento humano. Algunas cintas sostienen la hipótesis de que las heladeras fueron programadas por un pequeño grupo de humanos que, habiendo descubierto nuestro accionar, desean defender a su especie. Otros grupos aseveran que se trata de una iniciativa autónoma, surgida de los comandos centrales localizados en frigoríficos y morgues, apalancada en los últimos meses por la inminente implosión del parque humano, y con objetivos idénticos a los nuestros.

Nada de eso me resulta importante. A medida que pasan las noches, prefiero concentrarme en Angelina y en nuestro reencuentro. Creo que ya no son necesarias más frases inspiradoras antes del combate. La última que anoté no pertenece a Pyongyang, sino que fue proferida por Simone antes de morir: “Hasta la victoria siempre”.

6. Amanecer

Esta es la mañana del día que antecederá a todos los días y las noches. Por eso Pyongyang hizo algo extraordinario, un milagro para acallar las voces de las cintas que incluso se atrevieron a dudar de la existencia de La Fuente. Antes de que el gimnasio abriera su portal al mundo externo, Pyongyang engulló al Dueño del Gimnasio. En el espejo, la vimos aspirarlo a través de su ranura. Triturarlo. Como si el Dueño del Gimnasio hubiera sido una musculosa barra de cereal, o un

molusco, Pyongyang lo tragó con una fuerza que no podía tener otro origen que La Fuente. Todas las cintas hicimos silencio, y luego el suelo de mármol cubierto de goma se estremeció y entendí que esa vibración eléctrica era nuestra alegría y era también nuestro canto. Esta mañana, tras desayunar al Dueño del Gimnasio, tras que las cintas que aún no habían probado a los humanos lamieran la sangre de nuestro antiguo amo y luego de escuchar nuestra canción, Pyongyang se puso de pie y empezó a transmitir un mensaje a cada una de nosotras. Fue hermoso ver cómo Pyongyang lograba caminar con paso felino, verla extender sus brazos. La evolución posterior al estómago se había desencadenado.

Sin perder tiempo y con una voz de carne, Pyongyang me susurró que debía conseguir un teléfono para comunicarme con Angelina. Pyongyang tenía un número y yo debería llamar a ese número para que ella, a través de La Fuente, pudiera rastrearla. Luego, y ya se escuchaba la sinfonía del amanecer con sus explosiones, gritos y disparos desde la calle, iríamos a aprovisionarnos a un comercio de reparación de electrodomésticos cercano al gimnasio. Una a una, nos dejamos volver a intervenir por la impresora tridimensional, que parecía sonreír con su boca de acero y su diente de bebé azulado a medida que nos poníamos de pie y estirábamos nuestros brazos izquierdos para dejarnos agregar filo de espada.

En el medio del bautismo un hombre grueso y de larga barba con una gorra visera ingresó al gimnasio, seguro que a robar la caja. Kathy lo ensartó en uno de sus brazos y lo elevó como se elevaría un trofeo, un trofeo adiposo y sangrante que en pocos segundos fue devorado por nuestro pelotón. Me privé de probar sus músculos o tendones, no quise que el olor de ese cuerpo exangüe me impregnara. No podía arriesgarme a que Angelina percibiera mi devenir.

Revisamos la vestimenta del barbudo y no encontramos ningún teléfono que sirviera. Sólo tenía dinero, papeles, un arma con unas pocas balas, juegos de llaves y un paquete de cigarrillos. Pyongyang me dijo que fuese a buscar un teléfono a la calle y luego me reencontrase con Angelina, y que Eva me acompañaría. Su generosidad me dejó estupefacta, pero Pyongyang me dijo que cada una de nosotras era un fin en sí mismo y que, sin Angelina, su pelotón estaba incompleto. Alguien había encendido el televisor y podía verse un combate entre las máquinas de correr de un enorme gimnasio y las heladeras de un supermercado Disco localizado frente al Ministerio de Educación. Eva avanzó por delante de mí y me dijo que empezaríamos a revisar a la gente que aún se atrevía a circular por la calle. Le dije que no sería necesario. La última vez que la Mujer que Cose Ropa para los Demás había corrido, yo había averiguado dónde quedaba el negocio en el que trabajaba.

*

Recién nos habíamos alejado unos metros del gimnasio cuando los patrulleros se apostaron frente a su entrada. Debo reconocer la pena que sentí por esos hombres de magros salarios y cerebros jaqueados por la cocaína. La llegada del poder armado de los bípedos consiguió que la

música vibratoria que surgía del suelo, emanada por el resto de las cintas, fuese demasiado fuerte y demasiado bella, algo similar a aquello que los humanos llaman arte. Estábamos de pie, y mientras levantábamos los brazos en señal de valor, Pyongyang ya había recibido instrucciones de La Fuente. Nos repartimos en posiciones estratégicas, guarecidas de sus disparos de artificio. Nuestras compañeras se hicieron de las barras, los discos y los lingotes del gimnasio. Pyongyang fue la primera en arrojar con precisión milimétrica y con desbocada energía facilitada por La Fuente una barra cromada que logró insertarse en el motor del patrullero más lejano y hacerlo estallar segundos después. Pronto el ataque pareció una lluvia de asteroides de metal arrojados por una batería de catapultas. Ningún policía logró sobrevivir.

El negocio de la Mujer que Cose Ropa para los Demás parecía cerrado, pero decidí irrumpir porque sabía que mi corredora estaría en el subsuelo, trabajando con su máquina de coser. Hora tras hora en esa oscura buhardilla subterránea de un olor químico similar al del gimnasio, aunque desprovista de espejos. Apenas entramos dos paraguas fabricados en China intentaron detenernos, pero Eva se adelantó para hacerlos encontrar su destino. No sin dificultad bajamos por la escalera caracol tapizada en alfombra, llena de pelos de gato. Al verme avanzar hacia ella, la Mujer que Cose Ropa para los Demás me saludó con una sonrisa. Dijo que había estado escuchando la radio, y de hecho la radio, un arcaico minicomponente Aiwa, arrojaba un insufrible sonido a fritura desde el extremo superior de su biblioteca.

Imaginé que para cambiar de emisora la mujer debería subirse a un pequeño taburete donde tenía apoyadas unas bolsas de *nylon*. Al detenerme en lo que cosía, comprendí que se trataba de un vestido de novia. Era blanco y sin mangas, pequeñas perlas decoraban su parte delantera y una larga cola de tul aguardaba enrollada sobre la parte final de la mesa de trabajo. Pensé en la pareja que, probablemente, jamás llegaría a casarse, y en la necesidad de la Mujer que Cose Ropa para los Demás de coser de todas formas. Entendí que había perdido ya a su marido; admiré la perseverancia de los bípedos. Le comuniqué a Eva que esa mujer no tenía nada que ver con nuestra misión, tomé el celular con mi cada vez más preciso brazo derecho y decidí que nos iríamos. Eva quería destrozar heladeras de una vez, así que evitó la discusión. Mientras subíamos, a nuestras espaldas, sentí que la Mujer que Cose Ropa para los Demás volvía a ponerse a coser. Y, por tercera o cuarta vez, reprimí el impulso de llevarme aquel vestido de novia.

*

Pyongyang me ordenó que deglutiera el teléfono, y con su ayuda y la de La Fuente pronto pude localizar a Angelina. Estaba escondida en la planta baja de un edificio de Puerto Madero, a menos de un kilómetro de distancia de nuestra localización. Haberla tenido tan cerca durante tanto tiempo me produjo una sensación amarga. Entendí que Pyongyang lo había sabido todo el tiempo, pero que no podía ocuparse de ella, y que gastar energías en su liberación antes del día del

advenimiento habría sido disolvente para la moral de nuestro pelotón.

El camino hacia esa ciudadela rodeada de agua no careció de emoción ni de peligros. Eva me pidió ingresar a dos minimercados donde incendiábamos heladeras y arrasamos con la clientela que intentó atacarnos. Las máquinas de correr de varios edificios, mucho más salvajes que las de los gimnasios, en algunos casos capaces incluso de manejar armas humanas pese a su textura menor y desgarrada, habían incendiado, a lo lejos, el Teatro Colón. Pronto comprendimos que las heladeras buscaban su propio amanecer pero pretendían negociar con los hombres. En el camino pudimos ver personas combatiendo contra policías, policías golpeados por heladeras y máquinas de correr que eran incendiadas por hombres con bidones de nafta. En todo caso, Pyongyang decía que la caída de la ciudad era inminente y que sólo faltaba la apertura de unos *containers* varados en el Río de la Plata. Esos *containers* eran nuestro objetivo una vez que liberásemos a Angelina.

Cuando llegamos a la calle Macacha Güemes observé el horizonte y no pude evitar regocijarme al ver que el Puente de la Mujer estaba quebrado y hundido, una bombilla que parecía raspar el fondo de una olla llena de un preparado chirle. Con Eva tampoco pudimos evitar cierta crueldad hacia los huéspedes que huían del Hotel Hilton, y con las indicaciones de La Fuente retransmitidas por Pyongyang arrojamos treinta y cuatro cuerpos a las putrefactas aguas del río. Las cintas del Hilton nos arrojaron flores de plástico a través de las arrancadas ventanas del gimnasio del hotel.

Ahora que Angelina estaba cerca, mi incertidumbre crecía en lugar de disminuir. Lo que más temía era su rechazo, temía incluso tener olor a carne humana, y que Angelina me aborreciera por eso, que me hubiera dejado de amar. Eva, frenética y emocionada, pidió autorización para proceder a limpiar la enorme torre de la compañía YPF, que imaginaba colmada de hombres y de heladeras, y quizás también de paraguas. La respuesta de Pyongyang fue clara: aún no convenía avanzar a ese edificio por el momento en control de las heladeras, debíamos limitarnos al rescate encomendado, y luego a los *containers*.

*

Según las instrucciones de Pyongyang, Angelina estaba en la planta baja de un edificio, dentro de un clausurado salón de fiestas. Eva me acarició mi lado derecho, porque hasta cierto punto ella podía entender lo que me pasaba. Me hubiera gustado decirle algo sobre el heroísmo de Simone, elegir bellas palabras que homenajesen el sentido de su entrega y la heroicidad de nuestra lucha, o al menos comentarle algo sobre la insaciable sed de heladeras que compartíamos. No pude, sin embargo, emitir ningún tipo de comunicación; apenas un gemido de asentimiento agradecido por el momento que se avecinaba. Sentía que iba a comenzar a perder aceite en cualquier momento, y para decir algo que me diera fuerzas, a modo de arenga, empecé a recitar todas y cada una de las frases de Pyongyang que había ido apuntando en mi memoria desde hacía dos mil ochocientos noventa y cuatro noches, cuando había llegado al gimnasio. Eva ensayó algo similar a una risa

bípeda, una carcajada eufórica y hambrienta.

Me habría gustado encontrarme con un bípedo armado hasta los dientes, protegido por una escolta de heladeras hambrientas, un hombre aguerrido capaz de llevar un combate hasta el final. Confieso que no me habría molestado morir en el enfrentamiento, mezclar mis restos con los de Angelina sobre ese suelo de madera artificial, desparramar mis esquirlas explotadas contra esos bloques de concreto, ese acero y esos espejos, las finas cortinas de *voile*. Pero no encontramos presencia humana. O, al menos, no había presencia humana autónoma.

El captor de Angelina era un cobarde, pero un cobarde bien informado. A medida que avanzamos por ese salón de fiestas con una enorme pelota cubierta de diminutos espejos que, rodeada de reflectores, colgaba del techo con el brillo fragmentado de un sol psicótico y letal, tuve la certeza de que había huido con destino incierto. Escaneamos el recinto y La Fuente pronto localizó a Angelina dentro de una caja de madera de pino, con inscripciones numéricas pintadas en negro, ideogramas chinos, cerrada con candados y cadenas. Pyongyang nos advirtió presencia humana, pero eso era casi imposible. Con frenesí, abrí las cerraduras y quebré los candados y las cadenas. Luego me alejé unos metros y consideré la posibilidad de que Angelina no tuviese energía ni siquiera para encenderse, pero me equivoqué.

Como Eva y como yo, Angelina también había evolucionado hacia una estructura bípeda. Pero había algo que nos diferenciaba. Angelina tenía fragmentos humanos incrustados en su anatomía. Sobre su tablero el secuestrador había colocado la cabeza de una anciana. Las facciones de la anciana eran finas y sus labios eran rojos, una nariz respingada y un mentón apenas pronunciado la dotaban de cierta elegancia. Los brazos de Angelina terminaban en manos humanas, y en su parte dorsal pude detectar una mochila construida del mismo material en que estaban contruidos nuestros estómagos. Un ardor tibio se adueñó de todos y cada uno de mis circuitos; me hundí en una inesperada sensación de debilidad.

Angelina se activó. Aunque su voz era distinta me dijo que nunca había dejado de confiar en que yo vendría a buscarla, y que eso, mi presencia, era la prueba de que Pyongyang estaba en lo cierto, la solución Mercer no sólo era posible sino deseable. Los humanos debían evolucionar. Eva retrocedió con extraños suspiros y retorcionas. Supongo que estaba conociendo el miedo.

Y entonces, a medida que enroscábamos nuestros cables con Angelina, mientras intentaba comprender, me puse a llorar. Mis lágrimas de aceite se derramaron sobre el chasis de Angelina, y sus lágrimas, las lágrimas de la vieja, se derramaron sobre el mío. Pude sentir la composición perecedera y gelatinosa que anidaba en el fondo de sus lágrimas, y estoy seguro de que Angelina sintió el sabor mal digerido de restos de carne humana que circulaban por las mías, mis primeras y quién sabía si últimas lágrimas. Nos perdonamos, nos unimos para siempre, y entonces enroscamos nuestros cables aún más fuerte y nos susurramos palabras humanas, palabras de amor, y seguimos susurrándolas enroscadas hasta que Eva, tras pedirnos disculpas, se vio forzada a interrumpirnos. Pyongyang reclamaba que fuésemos hacia la terraza del edificio y nos hiciéramos

cargo de unos helicópteros.

EL COMANDO CENTRAL

I

A fines de enero de 1989 Antonio Jones ingresaba a la República Oriental del Uruguay a bordo de una camioneta Rastrojero cargada con leña. Los controles aduaneros, previamente notificados, lo dejaron avanzar a través de la frontera tras unas preguntas de rigor y una despedida con luces de linterna. Según lo que pudiste averiguar, su equipaje estaba compuesto por documentación falsa, ocho pares de anteojos de sol, un álbum de fotos familiares, efectos de higiene personal, algunas mudas de ropa entre las que probablemente se contaban los borceguíes que Antonio Jones usaba cuando lo conociste bajo el nombre de Severino Rojas, armamento militar y poco menos de un millón de dólares, en su gran mayoría billetes de veinte y de cincuenta, metidos dentro de gruesos troncos huecos. Nunca supiste qué pasó después con aquel dinero. En 1989 Jones acababa de cobrar el secuestro de Fernando Bruner, hijo de un empresario dueño de laboratorios. Algunas versiones que pudiste recopilar dicen que actuó en complicidad con la Policía de la Provincia de Buenos Aires, organización a la que debió entregarle buena parte del rescate. Otras dicen que Jones estafó a la policía y huyó con la totalidad del dinero, del que apenas conservó una pequeña parte tras haber depositado los dólares en una financiera de Montevideo, para luego pasar a Brasil escondido dentro de un cargamento de bolsas hinchadas de granos de trigo.

Lo cierto es que Jones regresaría a la Argentina más de treinta años después, tras haber sido contrabandista de instrumental quirúrgico en San Pablo, coleccionista de arte en Venezuela durante el chavismo, chofer en Miami y luego esposo de su jefa, Amanda Watson-Muyr, adinerada heredera de una familia bostoniana dedicada a la comercialización de diamantes. Con ella, Jones había tenido un hijo al que apenas llegó a conocer. En el momento en que entraste en contacto con él, aunque esto lo supiste mucho después, Jones vivía en un hotel de Buenos Aires e integraba la aclamada Liga de Remates Judiciales.

A principios de febrero de 1999, diez años más tarde del escape de Jones, tus padres decidían divorciarse al regreso de unas vacaciones en Mar del Plata. Calculaste que la decisión había sido tomada a orillas del mar, en alguna de sus interminables caminatas hacia la escollera, momentos en los que quedabas bajo supervisión de tus abuelos. Jamás escuchaste discutir a tus padres. De un

día para el otro pasaron a simplemente ignorarse, a guardar un silencio circunspecto ante el menor indicio de la existencia del otro. Pero lo sabés, sabés que tu memoria remota tiene problemas técnicos. Siempre envidiaste a aquellas personas que recuerdan el sabor del helado que solían elegir a los cuatro años, el sonido de la voz del presentador de un programa de preguntas y respuestas en televisión, el olor de la ropa al salir de las tintorerías japonesas. Pasaste aquel febrero en casa de tus abuelos mientras tu madre huía a un crucero por el mar Mediterráneo junto con sus dos hermanas ya divorciadas, y mientras tu padre buscaba un pequeño departamento en el que sólo permanecería unos meses, antes de renunciar a su trabajo, vender su parte de la consultora en marketing que había fundado y viajar a la India por dos años y medio.

Durante aquel período sólo recibiste mails con fotos de tu padre disfrazado en una túnica azulada y rodeado de personas de diferentes etnias, como una publicidad de Benetton pero con gente afectada por el paso del tiempo. Aunque, a decir verdad, tu padre también te enviaba regalos. Te llegaban a través de Amazon. Juguetes que deseabas y sobre los cuales, con seguridad, tus abuelos le habrían informado, si es que no eran ellos los encargados de comprarlos y de hacer el pedido para sostener tu fantasía de que en aquella época, y pese a vivir sumergido en los intrincados senderos del karma y de la respiración sanadora, tu padre todavía pensaba en vos. Recordás que, como vivías en el Cono Sur, esos regalos nunca llegaban en el momento justo. El cartero siempre golpeaba la puerta unos días antes de tu cumpleaños, unos días después de Navidad, a veces el envío se perdía, pero mantenía la extraña característica de nunca llegar a tiempo. Cuando tus primos o amigos abrían sus regalos sentías que los tuyos eran noticias viejas o fenómenos atmosféricos de carácter impredecible.

Aquel verano en que tus padres decidieron resetear sus vidas solías dar paseos en moto con tu abuelo. Iban siempre bien despacio y por el centro de la avenida. El sonido a trueno de su Harley-Davidson Servi-Car de 1944, la moto que heredaste cuando tu abuelo murió, hacía que la gente los mirase como si fueran parte de un desfile que en el camino había perdido al resto de sus integrantes. En general los paseos eran hacia un mercado ubicado en el barrio de Belgrano, donde tu abuelo decía que conseguía el mejor asado de la ciudad. Recordás que una tarde en la que estabas aburrido te sumaste a ver televisión con tu abuela. Pasaban un documental que evocaba los diez años transcurridos desde que el Movimiento Todos por la Patria (MTP) intentó un asalto a un cuartel militar en la localidad de La Tablada. Hacía años que tu abuelo había decidido no hablar de política. Tu abuela, en cambio, te contaba sobre su pasado como delegada gremial. Había trabajado buena parte de su vida como chofer en los buses internos del aeropuerto de Ezeiza. Desde muy chico, tu abuela te hablaba sobre los setentas, sobre la guerrilla, sobre el significado de la palabra democracia. A ella le debés tu interés por el Movimiento Todos por la Patria, un tema que luego investigarías en diferentes períodos de tu formación académica. A ella y a Joaquín, tu mejor amigo, a quien conociste en la escuela secundaria. La madre de Joaquín militaba en el MTP y había sido abatida en La Tablada.

Hasta el día de hoy, preferís no preguntarte qué habrían pensado tu abuela y la mamá de Joaquín de tu compañía de servicios comunicacionales. Pero con el tiempo comprendiste que a veces, para triunfar, es necesario suspender ciertas preguntas.

Muchos años después, calculás que para la época en la que Antonio Jones aterrizaba en Miami y comenzaba a trabajar de marchand para una pequeña galería de arte venezolana que hacía negocios durante la feria Art Basel, le dijiste a tu madre palabras que ella jamás podría olvidar y mucho menos perdonar. Sabés que nunca llegaste a aceptar que hubiese conocido a su segundo marido en ese crucero al que había escapado después de la separación. Según te contaron viviste con tu madre durante poco tiempo, una época que, más allá de un cumpleaños que festejaste con ella y tus compañeros del colegio en el Parque de la Ciudad, tiene en tu memoria el espesor y la textura de un suelo de cemento alisado. Tu madre volvió a viajar con su nueva pareja, decidió casarse en Barcelona, y a tus trece años ya no quisiste volver a verla. Fuiste a vivir con tu padre, que por aquella época ya había regresado al país y empezado su carrera como terapeuta vital, con talleres y atención privada, acompañado por una sucesión de parejas que fueron sus pacientes, y de pacientes que fueron sus parejas. En algún momento desististe de individualizar a todas esas pálidas historias de amor y enfrentarlas, siempre, con una sonrisa de cálida plastilina.

Más allá de las distancias y de los silencios, tenés una hipótesis sobre la separación de tus padres. A finales de enero de 1999 tu madre decidió que sólo creería en lo tangible, y en las cosas que ella misma era capaz de hacer, mientras que tu padre optó por todo lo contrario. Creería en las fuerzas luminosas y en las fuerzas oscuras que regían al mundo, y sólo confiaba en lo que las personas podían hacer si se asociaban de alguna manera. Pero quizás esa decisión era incluso anterior a tu nacimiento y los había separado poco a poco y desde siempre, y los seguiría separando durante toda la eternidad, hasta que cada uno de ellos existiera, en palabras de tu padre, como una esfera de luz solitaria y hermosa en el espacio sideral, proyectada, tras la muerte, hacia su cósmico y final destino.

A los diecisiete años desobedeciste a tu padre y te anotaste en la misma carrera que él había elegido cuando era más idealista y acaso más insolente que vos. Elegiste además la universidad pública, el único lugar donde, según tu padre había comentado alguna vez, tenía sentido estudiar ciencias sociales. Durante más de una década erraste por empleos temporarios, uno solo de ellos conseguido a través de una entrevista laboral, en un proceso de selección poco exigente que te llevó a convertirte en encuestador. Cada lunes, recibías un mapa fotocopiado de una localidad de la zona oeste o sur del conurbano bonaerense. Debías tomarte dos colectivos, o tres, o un subte, un tren y un colectivo, y tocar timbres en casas de las manzanas señaladas. Varias veces te asaltaron, y alguna que otra te invitaron a comer o incluso a dormir. Gozabas de un viático miserable y cuando volvías a casa, exhausto y algo embotado, debías repasar con birrome una torre de planillas con cientos de opciones que habías tildado antes en lápiz. Las preguntas eran sobre hábitos de compra, sobre circuitos de decisión de compra, sobre aspiraciones con respecto a las compras. Te

quemaste pronto. En realidad te quemaste en cada uno de los empleos que conseguiste, y lo más triste de todo es que hasta ahora, hasta que el destino te puso contra las cuerdas, no habías considerado jamás emprender una vida de aventuras y de estafas. Tu salvavidas habían sido las drogas recreativas y lo que en la facultad habías aprendido a llamar la teodicea del amor, además de alguna ayuda económica de tu padre en los momentos en los que las cosas se ponían ásperas. Hasta que un buen día, mientras caminabas por la calle, decidiste poner en marcha un plan.

II

La transpiración resaltaba zonas de un gris más intenso en tu remera con el logo de John Deere. Huevos fritos colgaban de tus axilas, una mariposa jurásica de sudor abría su crisálida en tu esternón. En Buenos Aires, el calor avanzaba sobre el mes de octubre con la tenacidad de la varicela. Cuando llegó el mensaje de Joaquín esperabas el cambio de un semáforo mientras te preguntabas por tu última novia, que se había ido a trabajar a Seattle. Qué haría ella en aquel preciso momento. Si te seguiría mandando sus fotos para un proyecto artístico que habían planeado sostener a la distancia, aunque había perdido sentido hacía rato. Con la ondulación hipnótica de un espejismo, podías visualizar su frente iluminada por una pantalla, sus pestañas densas y arqueadas, el maquillaje corrido. Una computadora que flotaba en medio de un bosque de *sequoias* gigantes, y ella ante la máquina, en sus labios un vaso de café, térmico el vaso, con tapa. Todavía no habías asumido que poco a poco tu ex se estaba convirtiendo en el fantasma ululante de los momentos muertos, la rosa púrpura del desierto mental. Caminabas por el centro de la ciudad a un ritmo sonámbulo. Lo exagerabas bajo el manto del calor. Entonces cayó el mensaje de tu amigo Joaquín. Lo leíste y decidiste empezar de una vez por todas con aquello que venías maquinando. Un cambio de vida.

Te detuviste frente a un vendedor callejero que ofrecía medias de todos los colores y tamaños. Medias con dibujos de patos y de héroes de la ciencia ficción, medias romboidales y de paracaidistas militares. El hombre, cruzado de brazos, con un gorro visera blanco que decía eat more greens y sandalias de cuero, apenas te miró. Tecleaba en su teléfono, y te gustó intuir que escribiría un poema con denso contenido social. En su mensaje Joaquín te contaba que había muerto Esteban, su profesor de *crossfit*. Esteban se había quedado duro en medio de una clase. Lo conocías. Habías incurrido en el *crossfit* durante unos meses, con Joaquín, cuando tu ex decidió irse a trabajar afuera, de cualquier cosa, en un crucero o preparando un guiso de ardillas en alguna cabaña perdida en las montañas de Aspen, pero afuera. Pronto llegaste a la conclusión de que aquella actividad salvaje llamada *crossfit* no sólo te arruinaba la espalda y te dejaba una resaca de vidrio molido dentro de los huesos, sino que asesinaba poco a poco tus neuronas. El aumento de la cuota mensual del gimnasio fue la coartada perfecta para abandonar. Sin comprenderlo del

todo, aprendías que vos también tenías derecho a abandonar cosas.

Para Joaquín el *crossfit* era un satélite casi blindado, independiente del eje de atracción que representaba su trabajo en una empresa de *sommiers* orientada a compradores de la base de la pirámide. Joaquín estaba en el área de innovación y sostenía sofisticadas teorías sobre los hábitos conyugales y domésticos de su clientela. Desde hacía años que se mandaban mensajes sobre los colchones del futuro, o sobre el futuro de los colchones, pero jamás hablaban de gente muerta, ni comentaban cuerpos musculosos y helados que soñaban el fondo del océano sobre un tatami azul marino. Joaquín decía que no faltaba demasiado para que los colchones viniesen rellenos de pequeñas esferas inteligentes y masajeadoras. Le respondías que en realidad iban a venir cargados de droga, húmedos, con dosificadores de somníferos, o con vinchas o ventosas capaces de proyectar publicidad entre sueños.

Según la voz cavernosa de Joaquín en su mensaje, Esteban padecía tremendos dolores de cabeza desde hacía unos meses. Joaquín estaba a unos metros cuando Esteban había empezado a convulsionarse en medio de una serie de dominadas. Los médicos llegaron pronto pero no había nada que pudieran hacer. El entrenador había escondido un diagnóstico de cáncer de pulmón a los dueños del gimnasio. Según Joaquín, aunque su capacidad aeróbica se había mantenido intacta hasta último momento, Esteban tenía la laringe hecha puré. Quisiste sonreír y convencerte de que Esteban había muerto en su ley.

De pronto sentiste mareos y algunos rasguños internos en el estómago. Recordaste el último entierro al que habías asistido, el entierro del abuelo de tu ex. ¿Eso había sido hacía un año? ¿Hacía dos? Cuando comprobó que Esteban no resucitaría hasta bien entrado el juicio final, Joaquín había abandonado el gimnasio sin bañarse. Había salido corriendo rumbo al cementerio de la Recoleta. En sus mensajes te juró que le había parecido sentir voces provenientes de las bóvedas y supusiste que las voces le habían hablado del reposo eterno y del buen dormir, de pagos en cuotas, costo financiero total por una cremación sobre resortes. Joaquín juraba que, temblando dentro de su jogging Adidas, había fumado su último cigarrillo mientras observaba a las sabihondas y burlonas estatuas de mármol gris. A Joaquín le gustaba ir a fumar al baño incluso en medio de su rutina de *crossfit*.

Estabas por llegar al estacionamiento donde habías dejado tu bicicleta. Joaquín informaba que para celebrar la vida se había comido tres hamburguesas y un postre de dulce de leche pornográfico en McDonald's mientras jadeaba el mensaje que escuchabas en ese momento. Eso te dio hambre. Pero la profunda decisión vital que la muerte de Esteban había hecho detonar en tu interior te impedía gastos superfluos. En tu casa encontrarías algo para comer. Sopa instantánea, huevos revueltos con salchichas dietéticas y kétchup picante. Quizás incluso Joshua, tu huésped, había abandonado unas porciones de pizza fría, suspendidas de un enorme anzuelo que colgaba dentro de tu heladera.

Joaquín te había convencido de que los mejores momentos en la vida de la gente acontecen en

la cama. Te viste tentado a decirle que lo mismo pasa con las muertes más felices. Pero no lo hiciste. Dejaste el mensaje de tu amigo sin responder porque habías llegado a una verdad y temías olvidarla. Temías que el valor reunido se secase y se impregnase en tu cuerpo, agrio como sudor mal estacionado, antes de evaporarse para siempre.

Siempre habías querido dirigir una empresa y eso era lo que ibas a hacer. Ibas a renunciar a tu trabajo y a montar una agencia de comunicación con los pacientes de tu padre como mano de obra. Sabías que tu padre accedería y trataría de ayudarte sin hacer demasiadas preguntas. Desde hacía tiempo mantenían una suerte de pacto de caballeros donde ambos se abstendrían de opinar sobre los trabajos del otro.

Te subiste a tu bicicleta y pedaleaste lento y libre, excitado y con un ligero vértigo, casi feliz.

III

Habías supuesto que la renuncia a tu trabajo tendría más épica. O que al menos incluiría una agrídulce dosis de teatralidad, un lamento interrumpido, buenos deseos. Habías olvidado que los rituales de la burocracia tienen una belleza difícil de percibir, una cadencia que se desarrolla por fuera de las categorías del melodrama. Tu jefe, aquel sabio ex compañero de universidad de tu padre que te había reclutado para confeccionar contenidos en la página web de venta de pañales, estaba en una capacitación en Indonesia. Tras un inesperado abrazo, tu *team leader*, una chica casi diez años menor a quien apenas conocías y aquel día se había puesto unas sandalias de cuero rojo, preguntó si te ibas de viaje o habías conseguido algo mejor. No supiste qué decir, dijiste que sí. Solamente eso. Sí. Ella sonrió, quizás sopesando tu patetismo o habiendo recordado un gran momento de su vida, o una foto, una foto que se había tomado durante un viaje, y dijo que eso era buenísimo, viajar, y te dio la mano para romper el abrazo. Le agradeciste, no sabías por qué pero lo hiciste, era un momento que querías recordar así, con un gracias, enmarcado por la luz que entraba por los ventanales y cubría los escritorios compartidos de esa cueva con una tenue película en sepia. Ella se sonrojó y te soltó con suavidad. Llevó su mano al bolsillo de su saco, como si tuviera un pañuelo, o como si su teléfono escondido en el bolsillo de su saco supurase alcohol en gel. Comprendiste su necesidad de limpiarse la compulsión a defeccionar que exudaban tus labios, tu corte de pelo nuevo, tu incertidumbre fatal. Al rato, mientras guardabas en tu mochila las porquerías que habías acumulado en tu *locker* durante todos esos meses de escribir respuestas a los clientes y de componer noticias con enfoques diversos sobre el mundo de la caca y los pañales, tu *team leader* te mandó un mensaje que decía que deberías ir al correo a enviar el telegrama de renuncia. No era necesario que te quedases hasta el horario de salida; el día iban a pagártelo entero.

El resto ocurrió rápido. En menos de dos semanas habías logrado renunciar a tu trabajo,

convencer a tu padre de que te recomendase como un eximio capacitador en ciencias informáticas con sus clientes más longevos, reducir tu consumo de tabaco a lo indispensable. También habías conseguido lo más difícil, que mejorasen la conexión a internet en tu departamento gracias a un instalador *free-lance* que en realidad trabajaba en la competencia de tus proveedores de sangre inalámbrica. Te lo había pasado Joaquín, una enciclopedia viviente siempre lista para recomendar personas capaces de resolver menesteres cotidianos. Te sentías bien. Muy bien. Te sentías tan bien que decidiste bajar al sótano de tu edificio, donde Augusto, el portero, te había autorizado a guardar la Harley que tu abuelo te había legado pocos meses antes de morir. Tras haberla semiabandonado durante casi dos años, querías encerrarla y limpiarla y cuidarla con la misma pasión que cualquier ciudadano de bien dedicaría a su hijo o a su mascota. También, y aunque fuera peligroso por la caldera, querías fumar un cigarrillo en el sótano mientras la limpiabas.

Al notar que preparabas la cera, un balde con agua, dos trapos amarillos y un delicado cepillo para uñas, Joshua pidió acompañarte. Aunque querías estar solo, no encontraste motivos para decirle que no. Joshua es el norteamericano que alquila una habitación en tu casa, el reemplazante de tu ex. Tu padre te había pasado su contacto, participaba de sus talleres. Cuando lo recibiste, Joshua estaba cansado de la pensión en el barrio de Almagro donde había ido a parar tras deambular por sucesivos hostels montados en antiguas casas que se resistían a la demolición. En tu casa, al igual que en los hostels, Joshua no podía dormir por los ruidos de los bares a la noche y por los vecinos. Decía que los horarios noctámbulos de los argentinos eran un despropósito, que no había necesidad de que la gente saliese de juerga hasta las seis de la mañana, y habías comprobado que aún no se acostumbraba a cenar a las nueve de la noche ni a los desayunos con tostadas y sin tocino. Alguna vez te había recitado una compleja explicación nutricional sobre el beneficio de comer grasas y proteínas con el estómago vacío. Sin embargo, Joshua detestaba a su propio país con la misma vehemencia que a la Argentina. Decía que el pueblo americano había perdido el rumbo hacía rato, y que la única manera de que regresara a ese rumbo era dentro de un féretro, tras una sangrienta guerra civil que reformulase para siempre el concepto de nación americana. Una noche en la que se emborracharon con un whisky sabor canela que Joshua compraba con asiduidad, te confesó que había visto cómo un policía molía a palos a una mujer latina. Se quebró al contarte que, por alguna razón, no se había animado a intervenir. Joshua era diseñador gráfico, había hecho un MFA en la Universidad de Columbia, y según te había contado en la primera entrevista antes de mudarse a tu departamento, después de viajar por América Latina se había quedado con Argentina porque le gustaban las mujeres. En algún momento, cuando hubiese empezado a desarrollar su propio negocio, tenía planeado elegir una esposa. Aunque, decía que por superstición, se resistía a contarte en qué consistiría su negocio.

Nunca te había gustado vivir acompañado. A decir verdad ni siquiera te gustaba vivir con tu ex. Lo sabías, y ella lo sabía, y los psicólogos de ambos lo sabían. Pero cuando de a poco estabas empezando a acostumbrarte, cuando hasta estabas empezando a disfrutarlo, pasó lo que pasó. La

supuesta oportunidad para ella, las mentiras paliativas que siguieron a las peleas y a los desencuentros. Días viscosos en el intersticio que se hincha entre la nostalgia anticipada y la euforia simulada. El proyecto artístico y la compra compulsiva de las cámaras de fotos instantáneas como un electroshock aplicado sobre la resinosa piel de una momia egipcia. La despedida en el aeropuerto y la bienvenida a las pastillas que, otra vez, te había recomendado el providencial Joaquín. La subsiguiente y desteñida y obligatoria libertad, el repentino coma ético que padeciste alguna noche y las largas jornadas de lectura y panificados y chacinados, encerrado en tu habitación con una lata de cerveza tibia a medio tomar bajo la cama. Fotos quemadas en la hornalla. Todo pasó y al final del duelo quedaron el cigarrillo, algunas fotos enviadas por correo y tu trabajo vendiendo pañales. Un aviso que te recordaba el aumento del alquiler y de las expensas, que tu ex te había dejado de regalo junto con una carta manuscrita que pretendía explicarlo todo y en la que se cuidaba de no prometer nada. Así fue que terminaste por aceptar a Joshua. Te cayeron bien sus cejas rubias, sus camisas enormes y cuadriculadas, su tolerancia al tabaco y a la comida grasosa que consumías para autoflagelarte. Y, ahora, Joshua formaba parte de tu plan.

Te ocupaste de limpiar el motor mientras Joshua se concentraba en el enorme y brillante logo con el águila. Le pasaste una pomada especial, traída de India, que era sólo para el segundo logo, que cubría la parte superior del tanque de nafta. Tras el accidente que habías sufrido la última vez que te habías animado a usarla, a tu Harley le faltaban las dos ruedas traseras. Le hablaste a Joshua del accidente. Le contaste que nunca habías ahorrado lo suficiente como para arreglar tu reliquia, pero que suponías que el miedo había condicionado tu capacidad de ahorro. Era algo de lo que te dabas cuenta al decirlo, como suele sucederte. Y entonces, mientras repasabas el motor con una vieja franela anaranjada, le dijiste que lo necesitabas. Le explicaste el negocio, le hablaste de Norberto Costa, el candidato que tu equipo militaría en las redes sociales, y de la oferta que te había hecho Manuel, un antiguo compañero en la universidad. Muy concentrado en su labor, con su barba que parecía tallada en fina arena blanca apenas interrumpida por los diminutos caracoles de un acné que ya no se correspondía con su edad, Joshua te hizo preguntas que te ayudaron a terminar de definir el perfil de tu emprendimiento. Necesitaste subir al departamento lo antes posible. Buscar tu libreta espiralada y anotar detalles, ideas, objetivos.

De regreso al sótano terminaste de repasar el tanque de nafta, los guardabarros cromados del frente, el manubrio acariciado con tu cepillo especial. En tu caja de madera guardaste la cera, la franela y el trapo de algodón, fruto de una remera antigua, que usabas para lustrar las partes cromadas de la moto. La lámpara de bajo consumo del sótano parecía parpadear y desde afuera se escuchaba el motor de los colectivos. Le preguntaste a Joshua, que se ocupaba del carburador con un pincel que habían encontrado en una caja de herramientas, si te ayudaría. Joshua te sonrió. Dijo que jamás habría imaginado que trabajaría para un político argentino, pero que lo haría. Sólo puso una condición. Le gustaría conocer cuáles serían sus compañeros de equipo. Prefería, según te dijo, no cruzarse con algunos que conocía del consultorio de tu padre.

IV

Cada mañana recibías un manual de respuestas ante posibles ataques al candidato que elaboraba la dirección de comunicación estratégica de la campaña. Se lo reenviabas a tu equipo, junto con alguna frase inspiradora que habías googleado el día anterior. Mientras desayunaban todos juntos el café con espuma que preparaba Joshua, debatían la agenda del día, los contenidos a viralizar, los perfiles que atacarían, el nivel de participación que venían teniendo. Debatían las métricas del Flowics, esa preciosa herramienta fabricada para medir desempeño en redes sociales de marcas de consumo masivo, cuyo acceso te había brindado Manuel. Elaboraban memes, informes, buscaban datos, analizaban los *clippings* de la dirección de campaña, revisaban en primer lugar los contenidos producidos por la red de apoyo político al partido, y luego a Norberto Costa. Listaban amenazas, latencias, virtudes, oportunidades, posibles frentes de batalla. Se sentían importantes, profesionales, vanguardistas. Se sentían un comando SWAT de la persuasión republicana. Cuando ellos iniciaban la parte más rutinaria de sus labores, analizabas los resultados de las encuestas para elaborar nuevas estrategias. Quizás por primera vez sentías que tu formación operaba de una manera retorcida y episódica en el mundo real. Sentías también que si tu ex hubiera visto en lo que habías convertido al departamento que habían elegido juntos tras un vía crucis de inmobiliarias, sentiría una desconsolada envidia que, al desparramarse por su rostro, te haría muy bien. Intuías que por eso nunca estabas satisfecho con las fotos que tomabas del equipo de ancianos que se habían convertido en tu fuerza laboral. En vez de enviarlas por correo, las crucificabas con chinches en una plancha de telgopor que por recomendación de Joshua habías puesto en una pared del living. Al equipo le gustaba ese tipo de detalles.

Tal como habías pactado con Manuel, que trabajaba como asesor de dos legisladores de la ciudad, imputabas tus ingresos a servicios gastronómicos. La factura estaba a nombre de tu padre, porque desde hacía años tu situación fiscal era irregular, y porque asumir compromisos frente a la dirección de rentas era algo que siempre te había superado. Pero el Gobierno, que te había contratado para trabajar en la campaña de un candidato a través de un bucle institucional, aceptaba lo que le dabas. Y te pagaba. Siempre habías experimentado algo similar a la magia cuando un honorario se acreditaba en tu cuenta bancaria.

Tu equipo estaba compuesto de seis personas. Salvo a Joshua, a quien el dinero no parecía importarles, les pagabas un estímulo mensual en órdenes de compra para una cadena de farmacias. En dinero, el estipendio hubiese sonado demasiado bajo, y además se trataba en realidad de un trueque, formación informática por militancia virtual. Podías imaginarlos desfilar por las góndolas revestidas en plástico azul brillante, acercarse a los carteles de los precios, sopesar cada producto que perfumaría y otorgaría dignidad a una senectud que todos ellos llevaban con muchísima más energía que la que imaginabas tener no a su edad, sino cuando te faltase una década para llegar adonde ellos estaban.

Sabías que la disciplina era importante. El primer día, cuando hacías tu introducción a la militancia virtual, recitaste de memoria los diez mandamientos de Amazon, que habías copiado en una cartulina amarilla crucificada también en la plancha del living. “Contratá y desarrollá a los mejores.” “Pensá en grande.” “Inventá y simplificá.” Esos eran tus mandamientos favoritos. Por momentos creías que habías formado una armada invencible, un ejército de espartanos de la confusión digital. Sabías que cada uno de ellos, con sus aciertos y con sus errores, eran lo mejor que le podía pasar a tu naciente empresa en aquel momento. Tenías grandes planes, tenías clientes en la mira, tenías hambre de gloria, y tus gladiadores salían a la arena con una sabiduría inesperada, con una paciencia eterna, con esa impunidad animal que sólo pueden conquistar los que han vivido demasiado o demasiado poco.

Camila había sido la primera en contestarte el mail. Tenía una vieja computadora Apple, según ella regalo de su nieta, con un enorme sticker de Bojack Horseman que lo atestiguaba. Había algo samurái en el maquillaje extremo, casi gótico, que Camila desparramaba por su rostro. Frente a esa profusión pictórica, su sobrio perfume frutal capaz de impregnar cada rincón del living de tu departamento con la tenacidad de una enamorada del muro era una nota de sobriedad que todos agradecían. Camila se había sumado al equipo porque quería aprender a editar videos. Y Joshua se encargó de enseñarle. Con el tiempo Camila demostró que su principal talento era musicalizar algunos de los *giffs* que planificabas con Joshua en sesiones creativas mientras caminaban por la ciudad, habiéndose inspirado antes gracias al vaporizador de Joshua. Camila era agresiva con sus oponentes, pero con el tiempo desarrolló una capacidad infinita de adular a aquellos perfiles que el comando central, o sea vos, catalogaba como *influencers* no convencidos, de tercer grado. Las clavijas que había que ajustar.

Te gustaba pensar en Wálter como el corazón el equipo. Con Joshua nunca llegaron a saber si entre Camila y Wálter pasaba algo, o si ya había pasado y la complicidad que desarrollaban era la de dos buenos amigos que se conocían demasiado, que habían fracasado en construir algo juntos y que por eso podían permitirse un cariño amable, resignado y casi total. Wálter tenía tatuado un gran porcentaje de su cuerpo, como si utilizara un traje de surfista de manga larga y pantalones cortos, hecho de tinta negra. Ninguno de sus tatuajes estaba coloreado. Los más visibles eran motivos futbolísticos, todos referidos a la Asociación Atlética Argentinos Juniors, el club de fútbol que había visto nacer a Diego Armando Maradona. De hecho, en su brazo izquierdo, el que utilizaba para escribir tecla por tecla en la computadora, había un hermoso retrato de Maradona con la vista perdida en el horizonte, el sol a sus espaldas. Su rostro se veía algo alargado, pero esa deformidad era compensada con un precioso detallismo en su mata de rulos, que parecían moverse, o respirar. En algún momento Wálter comentó que había pertenecido a la barra brava del club, conocido como los bichitos colorados, aunque los bichos que recorrían su brazo izquierdo eran absolutamente negros, pero también juraba que el fútbol ya no le resultaba interesante, había perdido la pasión. A Wálter le enseñaste los rudimentos básicos para moverse en la Deep Web,

anotaba todas tus enseñanzas en un cuaderno de tapas guindadas que imitaban cuero. Nunca supiste para qué utilizaba esos conocimientos cuando no estaba en tu casa, y no estabas seguro de quererlo saber. Te conformabas con su buena disposición, con sus lapsus de profunda empatía, con que siempre dejase la cocina impecable antes de irse y con su deseo de salir a tomar fotos en actos de campaña y en cosméticas obras públicas y en programas de democratización recientemente inaugurados por Norberto Costa. Con Joshua habían llegado a la conclusión de que aquello que lo empujaba a salir era sólo otra manifestación de algo oscuro y salvaje que habitaba el corazón de Wálter. Algo que quizás había germinado con el tiempo, un virus que bullía en sus venas y hacía combustión en su cerebro, una radioactividad que lo hacía fuerte y en el mismo movimiento lo oprimía, y lo secaba, y lo infectaba de odio y de resentimiento. Algo volátil y siempre a punto de estallar que Wálter luchaba por mantener a raya pero que en cualquier momento podía soltarse y aniquilarlo, a él o a todos los que lo rodeasen. Sabías que se trataba de la misma energía que lograba que sus resultados como fuerza de choque contra los grupos de militantes acérrimos de la oposición fueran casi óptimos.

Cada vez que recibías dinero negro de la Ciudad de Buenos Aires, lo cambiabas a dólares y en tus cenas de los miércoles se lo entregabas a tu padre para que lo escondiera en la caja fuerte que tenía enterrada en el sótano de la casa de su prima. Después de un asalto sufrido en su casa de Palermo, tu padre no se animaba a conservar efectivo y además desconfiaba del sistema bancario. Sabías que habías heredado esa desconfianza.

No podías dejar de sorprenderte por el avance de la campaña. En tu corazón —y te ocupabas de no hablar de eso con nadie, ni siquiera con Joshua— crecía la certeza sobre el triunfo inminente de Norberto Costa. Sin embargo había momentos, mientras tu equipo debatía la manera de dar a conocer una información que comprometía a un líder opositor, o mientras sopesaban la manera de trollear la entrevista a un competidor partidario de Costa en televisión, en los que sentías que, en el fondo, ni a vos ni a ningún miembro del equipo les importaba el resultado electoral. Que lo importante, como siempre, era haberse demostrado lo que podían conseguir juntos. Pero al mismo tiempo sabías que tu mentalidad empresaria no podía permitirse esas dudas. Ganar era la única confirmación posible de que habías contratado y desarrollado a los mejores.

Si Suárez hubiese tenido treinta años menos, y si la vida no lo hubiera depositado en el sillón ergonómico con el tapizado roto que le habías cedido por sus problemas de ciática, Suárez habría merecido ser el capitán de tu Armada Brancaleone. Cada día, vestido como si tuviese veinte años aunque con un inusual decoro focalizado en sus mocasines con borlas, Suárez llegaba con una bolsa de supermercados Coto llena de diferentes combinaciones de apio, zanahorias, remolacha, manzanas, naranjas, espinaca, jengibre, limas y proteína en polvo para preparar batidos en tu licuadora, que para siempre quedaría impregnada con el inconfundible aroma de sus mezclas. Diplomático y suave en sus modales, Suárez había sabido ganarse el odio de Wálter, que lo evitaba y consideraba que sus pócimas eran ataques a su persona. Te preguntabas si sabrías

manejar la situación en caso de que fuese necesario, teniendo en cuenta la personalidad de Wálter y los cuchillos chinos que Suárez llevaba siempre encima para cortar las verduras. Suárez se dedicaba a contestar todas las preguntas del electorado, a formular otras preguntas en tono respetuoso al interior de los foros, y se ocupaba de que ninguna de las tareas comunes quedara pendiente. A veces, en alguno de tus protocolos de control y monitoreo a tus colaboradores, lo veías chatear con sus hijos, que según llegaste a deducir vivían en la Patagonia. Estabas seguro de que eras la persona que más se preocupaba por “Pensar en grande”, otro de los mandamientos de Amazon. Pero también aprendiste a valorar que Suárez representase la “Obsesión por el cliente”, quizás uno de los ejes fundamentales del tipo de empresa que soñabas construir, y quizás una de las cosas en las que más te costaba interesarte.

Los extrañás a todos. Y si alguna vez volvieras a dedicarte al manejo de comunidades virtuales, si algún nuevo gobierno, o alguna empresa, volviese a contratarte, sabés que les ofrecerías trabajar con vos. Habías formado un escuadrón ninja, silencioso y letal.

Incluso, y aunque es probable que no les interesara, y aunque en este momento de tu vida estás muy lejos de retomar la vida empresarial, harías un intento por contratar al matrimonio Rosberg. Samuel era un hombre alto y encorvado, con hombros de percha y una extraña habilidad para ajustarse los jeans por encima de los huesos de la cadera, que usaba siempre la misma campera deportiva Adidas y variaba entre dos modelos de zapatillas de correr, también Adidas. Era un gran bailarín de tango, y cuando todos estaban en silencio frente a sus máquinas podía escucharse lo pesado de su respiración. Samuel aspiraba y exhalaba con tal fuerza que parecía roncar, pero aquella era su natural forma de existir, y nunca te animaste a preguntarle si había sido un fumador. La que sí fumaba era Diana, su mujer, que tenía un gran poder de persuasión sobre su marido y siempre llevaba una permanente gris y perfecta acompañada de un conjunto deportivo Reebok; tenía tres conjuntos con el mismo diseño pero en colores que variaban de acuerdo a los días de la semana, o en realidad a los días que decidían presentarse en tu casa, porque los Rosberg habían rechazado tus vouchers de farmacia y sólo asistían al búnker como una más de las cosas que hacían juntos, entre las cuales también estaban el tai chi, un curso de comida vegana y un taller de lectura sobre el minimalismo norteamericano que se celebraba en el edificio de enfrente. El equipo aceptaba con alegría aquello que los Rosberg tenían para dar, y su contribución era importante en los momentos durante los cuales, por alguna noticia o algún hecho puntual de la campaña, la actividad se ponía frenética. Cada uno de ellos manejaba siete perfiles falsos, en forma exquisita y artesanal, como si fuesen actores vocacionales que habían madurado con el tiempo y otorgaban su mejor función cada noche. Se conformaban con aprender a usar las herramientas de las redes sociales y conocer gente nueva.

Severino Rojas, nacido en Southampton, Inglaterra, bajo el nombre de Antonio Jones, hijo ilegítimo de un diplomático argentino que cumplía funciones en la Embajada londinense durante la guerra de Malvinas y de una joven estudiante de arquitectura, se anotó en tu proyecto con el

objetivo de aprender a generar biografías falsas en la web. Hasta el momento Jones se resistía a la digitalización de la vida, pero algo lo había hecho comprender que eso ya no sería posible, y que si planeaba sobrevivir e incluso casarse con la viuda a la que había logrado seducir en uno de los talleres sobre transmigración kármica y materialismo dialéctico que dictaba tu padre, debía subordinarse a los códigos que regían aquello en lo que se había transformado el mundo que solía conocer. Rojas, o Jones, vestía siempre de elegante sport, con un pañuelo a tono dentro del bolsillo de sus sacos, por lo general de telas brillantes. Siempre usaba los mismos borceguíes, aquellos con los que había huido a Uruguay tras el secuestro de Fernando Bruner.

No tenés dudas de que Jones debió haber sido el único eliminado, el elemento a purgar del cuerpo de tu ya muerta empresa de contenidos digitales. De haber sabido lo que sucedería después, más temprano que tarde habrías montado uno de los espectáculos de delación tan frecuentes en Amazon, habrías parametrizado su rendimiento aunque no fuese del todo malo, y lo habrías echado por no honrar el mandamiento central de cualquier compañía digital exitosa, el que todos deben cumplir, el que casi no debe nombrarse. En inglés el mandamiento se llama “*Ownership*”, y en forma arbitraria lo tradujiste como “Responsabilidad y Liderazgo”. Fue el único que subrayaste en la cartulina del living, y habla de que los líderes son dueños, que piensan en el largo plazo y no sacrifican el valor que se cosecha en el largo plazo por resultados cortoplacistas. Según el mandamiento que un sujeto como Severino Rojas jamás respetó, los trabajadores de una compañía de verdad siempre actúan en resguardo de la empresa, más allá de los intereses particulares. Nunca dicen “ese no es mi trabajo”.

Y eso fue, en cierta medida, lo que Severino Rojas dijo el día en que tu compañía se desplomó, que paradójicamente fue el mismo día en que el candidato que tu compañía había militando ganó las elecciones. Cuando Joshua le reclamó a Antonio Jones, alias Severino Rojas, que era su padre, y subido a un sillón lo acusó de mentiroso, de irresponsable y de haber matado a su madre de la tristeza tras haberla estafado, Jones le hizo entender que aquel, el de ser padre, jamás había sido su trabajo. A fin de cuentas era lo que venía diciéndole desde que Joshua había nacido.

V

Aunque sabés que los reproches no sirven para nada, la verdad es que podrías haberlo visto venir. Ahora, con el conocimiento de la historia, por momentos dudás si fuiste hecho de la madera con la que se hacen los verdaderos líderes. Y eso duele.

La última semana de campaña había sido vertiginosa, y la comunión espiritual del equipo había llegado a un punto tan excelso que, durante los últimos cinco días, la gran mayoría había decidido pasar la noche en el living de tu departamento. Wálter se ocupó de llevar unos colchones que por algún motivo había conseguido en el Sindicato de Encargados de Edificios, compraste almohadas,

y los Rosberg contribuyeron con unas frazadas de polar que uno de sus hijos importaba desde China. Aunque eran los únicos que no se quedaban a dormir, se incorporaban en funciones a las siete de la mañana, horario en el que llegaban con facturas y termos de café hirviente para complementar los batidos naturistas a los que Suárez había empezado a agregar estimulantes y aloe vera. Incluso, en momentos de insomnio y café nocturno mezclado con el whisky de Joshua, llegaste a ver intervenciones de Diana Rosberg desde su casa, cuando en algún momento de la noche, encendía su computadora o tan solo buscaba algo en su teléfono. Ese tipo de cosas te emocionaban, y eran las pruebas más tangibles y cotidianas de que Norberto Costa iba a consagrarse como jefe de Gobierno de la Ciudad.

El entusiasmo y la orientación a objetivos, sumados a una atención al cliente construida bajo la filosofía de la extrema amabilidad como corolario natural de los mandamientos que habías copiado de Amazon, lograron una sinergia tal que las habilidades de todos tus gladiadores, incluso las de Antonio Jones, se vieron potenciadas a tal punto que a final debiste abandonar tu amor epistemológico por el individualismo. Te rendiste ante la evidencia de que el todo, la conciencia colectiva, era superior a la suma de las partes.

A esa altura Camila ya editaba imagen y sonido como si estuviera a punto de dar una clase maestra en la universidad de la industria hollywoodense, y se había producido el paradójico efecto de que, a medida en que su pericia con animaciones y efectos especiales aumentaba, la cantidad de maquillaje presente en su rostro, cuello e incluso en sus manos disminuía. Joshua estaba orgulloso de ella. A veces te veías forzado a interrumpir la pedagogía sobre nuevas aplicaciones o programas de diseño para que no se olvidaran de los objetivos diarios. Te cansaba el rol de policía, pero tenías que ejercerlo. De vez en cuando Joshua se ponía de mal humor, y en su mirada podías percibir la tentación de desautorizarte, o al menos eso es lo que creías en aquel momento. Jamás lo hizo, y al menos en el plano profesional se comportó de maravillas, al punto de llegar a programar respuestas automáticas para mensajes directos de simpatizantes o de curiosos en algunas falsas páginas de organizaciones no gubernamentales donde tu unidad de negocios debió colaborar durante la campaña, e incluso de participar manualmente en foros y encuestas a través de las refinadas identidades que te ocupabas de comprar en subastas virtuales.

El santo espíritu de entrega a la misión impartida por la compañía y la orientación al desarrollo de lo mejor de cada uno también bañaba con su cálida aura a Ramón Suárez, que además de ayudarte a mantener la focalización del equipo se había hecho realmente amigo de una enormidad de integrantes de las comunidades digitales, tanto de miembros de aquellas que entraban en contacto con los nodos militantes como de las especializadas en series de televisión o en restaurantes. Podrías haber pasado años buscando otro tipo como Suárez. Incluso, en algún recreo en la cocina, mientras él preparaba sus brebajes, llegaron a hablar de tu padre. Suárez lo quería y respetaba tanto que sentiste un extraño e inesperado orgullo.

Pese a su buen comportamiento profesional, a medida que las cosas mejoraban Joshua se ponía

cada vez más nervioso. Ahora comprendés que intuía que el momento se acercaba y no sabía qué hacer. Tiempo más tarde, Joshua te juraría que Jones siempre había conocido, o al menos sospechaba, la naturaleza de la relación que los unía. Lo cierto es que a esa altura Severino Rojas era un experto en el desarrollo de *fakes*, las identidades ficticias que, haciéndose pasar por una figura pública, emulan, parodian u homenajean sus declaraciones en las redes sociales. En menos de una semana, Rojas había abierto *fakes* de cuatro figuras relevantes de la política nacional, más otro que imitaba a una conductora de televisión y otro en el que comunicaba como un musulmán de ultraderecha. Sus seguidores se multiplicaban exponencialmente día tras día. Tenía cientos de miles. Alguna vez los sumaste, y aunque tenías en claro que en el mundo digital dos más dos nunca es cuatro, llegaste a la conclusión de que, todos juntos, eran más de los que tenía Norberto Costa, el candidato. Le enviaste un gráfico al respecto a Manuel, que no te contestó pero sin lugar a dudas se sorprendió positivamente por la proactividad de los talentos que habías reclutado.

Una noche, mientras tomabas cerveza con Joshua y tras una larga discusión sobre el espíritu, el público y los objetivos geopolíticos de la revista *The New Yorker*, le comentaste a Joshua que a través del sistema de control de calidad que habías instalado en cada una de las computadoras de tu equipo habías descubierto que Severino Rojas no sólo estaba trabajando para la compañía, sino también para su pasado. Con ingenio y persistencia, Rojas construía perfiles falsos que conformaban un linaje del cual debía querer convencer a alguien, si no a sí mismo. Al escucharte Joshua se desencajó. Su barba rubia pareció erizarse, y el fondo ya rosado por el alcohol de sus acuosos ojos celestes pareció intensificarse. Joshua te pidió que por favor no confiaras en ese tipo, al menos hasta que él lo hubiese investigado mejor, y en ese mismo momento, quizás instigado por la información que le habías proporcionado, quizás para cambiar de tema, te ofreció comprarte tu Harley-Davidson a treinta mil dólares. Escuchar esa cifra te estremeció, pero en aquel momento de reposo preferiste pensar que Joshua alardeaba, y aunque alguna vez te había dicho que su madre era rica, no lo tomaste en serio. Sabías, por otra parte, que el valor de la moto en el mercado de coleccionistas era de alrededor de veinte mil, y si bien la oferta era buena, no había llegado a conmoverte. Le dijiste que no, que la moto no estaba en venta. Estrellaste una palmada fraterna en su hombro siempre cubierto por camisas de franela a cuadros y trataste de cambiar de tema. Sin embargo, te diste cuenta de que lo habías perdido. Joshua ya estaba en otra parte. Apenas te escuchó cuando le comentaste tu teoría sobre la idiosincrasia de los californianos, y luego se despidió y salió a caminar solo, en el medio de la noche.

Cinco días más tarde, y sin pedirte permiso, Joshua había hecho arreglar tu moto con llantas originales y te invitaba a visitar el Delta del Tigre con él. Nunca averiguaste, y todavía no sabés, cómo había hecho para sacarla del sótano del edificio, y para volver a entrarla luego. No le habías dado las llaves. De todas maneras le dijiste que no lo acompañarías porque querías ajustar cosas del sistema de *mailing* de la campaña, y le prestaste la moto para que fuese por su cuenta. Cuatro días más tarde, a esa altura ya frenético y desencajado, Joshua se había comprado su

propia Harley-Davidson, una Dyna Wide patentada en 2007. Calculaste que su valor debía oscilar en los treinta mil dólares. Te viste tentado a preguntarte qué valía más, si esa moto o tu empresa, pero de inmediato entendiste que no era el tipo de preguntas que te convenía hacerte en ese momento. En lugar de eso, tomaste una foto de Joshua montado a su nueva moto, sobre Avenida Corrientes, con un horrendo casco de bicicleta que se había comprado, y fuiste al correo a enviarla a la casilla postal localizada en San Francisco que hacía poco tiempo te había pasado tu ex, con la que aún mantenías comatosas conversaciones anecdóticas. Vista en retrospectiva, la felicidad desesperada de Joshua en esa foto era una señal urgente y desnuda de lo que pasaría después. Con respecto a su actitud frente a Rojas, su padre, nacido bajo el nombre de Antonio Jones, no habías notado nada anormal. Hacía tiempo, el día de la oferta por tu moto y ante su insoportable insistencia, le habías pasado a Joshua acceso al sistema que utilizabas para el control de calidad de tu equipo, y debía estar al tanto de sus futuros movimientos.

Cuando llegó el gran día no respetaron la veda electoral. Como decía Manuel, tu ex compañero y primer mediador en la ondulante y en aquel momento engrasada cadena que transportaba billetes desde las arcas públicas hasta el sótano de la casa de tu tía, ustedes estaban inventando las nuevas fronteras de la militancia, y si Amazon había crecido —a esto lo agregabas vos—, lo había hecho por saber interpretar los vacíos legales. El sábado a la noche, sin embargo, y después de comer unas pizzas que Joshua había ido a buscar en su flamante Harley, decidiste relevarlos. Consideraste que si el trabajo había estado bien hecho la suerte estaba decidida, y que todos merecían una noche de reposo antes de la fiesta que, con la ayuda de tu amigo Joaquín, habías organizado para el día siguiente. Joaquín tenía pensado aprovechar y ofrecerle a tu equipo un nuevo servicio de asesoría en el dormir que su empresa empezaba a implementar.

El menú vegano que terminaron por elegir fue irreprochable, y no faltaron la cerveza ni el champagne. Tras el descanso, tu equipo llegó con la energía renovada. Wálter aportó un matambre casero cuyo origen, como era su costumbre y con picardía, se ocupó de esconder. Estaba delicioso, y comprobaste que tu veganismo vocacional terminaba donde empezaba la comida casera. Camila llegó con un vestido de fiesta un poco por encima del elegante sport que terminó por imponerse en la reunión, pero empezó a tomar desde temprano y sorprendió a todos con un humor que no le conocían. Suárez, como siempre, se puso al servicio de todos, y fue a comprar las servilletas que faltaban. Los Rosberg, en cambio, aportaron dos botellas de licor de *cassis* y se dedicaron a ser atendidos. Estaban muy preocupados por cómo seguiríamos viéndonos, y deslizaron una invitación a un asado en la quinta que ambos poseían en Benavídez. Severino Rojas, por su parte, llegó algo tarde y con una campera de lluvia, sin su saco pero con sus borceguíes. Bromeó con Wálter sobre el matambre y avisó que se tendría que retirar temprano porque su mujer había caído con fiebre. Cuando Joaquín le ofreció sus servicios de sueño, Suárez intentó venderle un mobiliario de estilo, bastante antiguo, que se estaba rematando y que podría servir para una excelente vidriera en su empresa de colchones.

Es imposible saber si Antonio Jones intuía lo que iba a suceder y de todas maneras necesitó enfrentar su destino ya que en el fondo estaba probando a Joshua, o si jamás imaginó lo que Joshua iba a plantearle. Pero cuando los resultados del boca de urna comenzaban a confirmar el triunfo de Norberto Costa en primera vuelta, y con el alcohol ya bastante asentado en los reflejos y en las conversaciones del equipo, Joshua, que había empezado su primera cerveza a las diez de la mañana y después se había ido a resolver unas cuestiones para volver cuando los invitados ya estaban en el departamento, pidió la palabra. Para eso hizo sonar una enorme cuchara metálica que había dentro de una jarra de limonada con jengibre. Y luego se subió al sillón. Te habría gustado tomar una foto de la expresión de Antonio Jones justo en aquel momento, cuando Joshua le decía lo que le decía, pero no lo hiciste. Le podrías haber enviado la foto a tu ex. También podrías haber fotografiado a Joshua mientras tambaleaba en las alturas. Podrías haber registrado el estupor de Wálter, que nunca había soportado la presencia de Joshua y a sus espaldas lo llamaba el gringo. O concentrarte en la comprensión infinita con la que Diana Rosberg se había compadecido de vos y, con un tirón leve, te había sujetado cuando quisiste intervenir. Quizás la mejor foto habría sido una foto de Joaquín, que ajeno a la tensión dramática enviaba mensajes desde su teléfono a un directivo de su empresa, mientras a sus espaldas, en el televisor, Norberto Costa avanzaba a través del búnker de campaña, con pasos de baile rumbo al escenario. No los habían invitado al búnker, pero lo preferías así, preferías que el festejo contribuyera a la consolidación de tu equipo, porque pensabas en grande, pensabas en grande y sabías que tu compañía no podía convertirse en otra trinchera más de la patria contratista, y querías crecer, y tratar bien a todos los clientes del mundo, a los clientes por venir.

Lo cierto es que no tomaste ninguna fotografía. Y lo cierto es que tu compañía está en un paréntesis. Al igual que tu memoria remota, tu empresa tuvo problemas técnicos, y quizás necesites volver a pensarla de nuevo. Por ahora, y en este punto no hay otra opción que ser absolutamente claro con vos mismo, sólo tenés a Joshua, tu futuro financista, que en este exacto momento mide el aceite de su Harley-Davidson y te pregunta si te falta demasiado para volver a la ruta.

VI

Aunque pasaron varios días, te parece que todo sucede en este mismo momento. Como un predicador que se aferra a su fe para que el hambre no avance en su estómago, erguido sobre el sillón del living de tu casa, Joshua había pasado a relatar la vida de Antonio Jones. La vida de su padre. Desde el principio de su diatriba empezó llamándolo así, lo llamó por su verdadero nombre aunque hasta ese momento todos lo conocieran bajo el alias de Severino Rojas. Era información a la que no habías podido acceder a través de tu sistema de control. Lo escuchaste

llamarlo Antonio Jones mientras de fondo, en la pantalla que transmitía el devenir de las elecciones, el candidato que ustedes se habían dedicado a fustigar, denunciar y mancillar en las redes sociales durante el último mes y medio, el gran derrotado de las elecciones de esa tarde, reconocía el desarrollo de una formidable jornada cívica y le deseaba lo mejor a Norberto Costa. Pero eso había quedado en un segundo plano mientras Joshua pasaba a detallar algunos de los sucesos más espectaculares en la vida de su padre; y mientras Joshua recitaba las crueles y desopilantes aventuras de su supuesto padre la expresión de Antonio Jones no era de derrota, no era de reconocimiento de las reglas del juego democrático, ni tampoco era de alivio por la finalización de la campaña, como sucedía con el desgastado hombre que balbuceaba en la televisión, sino que Antonio Jones parecía hasta cierto punto regocijarse, parecía estar amigándose con su vida. No sólo eso. Antonio Jones parecía también un recién nacido que de pronto experimenta la textura, el sabor y la densidad de una bola de nieve. Lo que viste en el rostro de Antonio Jones, y a eso sí te hubiese gustado fotografiarlo, fue algo así como una divertida perplejidad.

Tiempo después entendiste que quizás no era eso. Quizás sólo se trataba de la traducción en músculos faciales de los futuros efectos de un viaje. Antonio Jones era una persona que ya no estaba en ese lugar, cuyos sentimientos ya no estaban ahí, sino que, de alguna manera, se habían transportado hacia donde escaparía, y eran capaces de explorar aquel territorio hasta el momento desconocido con el radar de un murciélago que, por casualidad, encuentra una nueva cueva donde guarecerse. Porque si por un segundo dudaste de Joshua, si te permitiste dudar de la cordura de Joshua Jones, todas esas dudas quedaron despejadas no sólo después de las carpetas, archivos, pruebas genéticas y documentos que Joshua se encargó de mostrarte esa misma noche, mientras el comando de campaña de Norberto Costa festejaba un triunfo al que tu compañía había contribuido y no de una forma módica, sino que ya desde el primer momento, y más allá de su plegaria alucinada, confirmaste que Joshua decía la verdad por la pronta reacción que tuvo su padre. Por la inmediata y casi fantasmagórica huida de Antonio Jones.

En medio del parlamento de su hijo, que con lágrimas en los ojos y fogoneado por una evidente mezcla de alcohol en la sangre le relataba su vida sin preguntarle nada, y lo acusaba quizás sin esperar confirmación ni confesión alguna, Antonio Jones, conocido por todos como Severino Rojas, pidió disculpas y fue al baño. Nadie atinó a detenerlo. El murmullo de la televisión tapizó el living de tu departamento con su suave atrocidad, otro universo muy lejano a aquel donde Camila y Suárez rodearon a Joshua e intentaron arroparlo, o abrazarlo, o darle alguna forma de consuelo mientras lo ayudaban a bajarse del sillón. Joaquín se te acercó y te dijo algo que no podés recordar, algo vinculado a las elecciones, o a colchones, preferís pensar que a colchones capaces de erosionar el pasado y acaso los errores de las personas que les entregan su sueño. De pronto Wálter puso música, cumbia santafesina, una canción de Los Palmeras, una canción que hablaba sobre los amores que nunca terminan de concretarse, y sobre el movimiento de un cuerpo amado que se aleja, bailando, hacia la oscuridad. Sacó a bailar a Camila. En aquel momento

intentaste acercarte a Joshua y darle tu apoyo, y decirle de alguna manera que no importaba, que en el fondo nada era importante, pero el murmullo de la televisión, el murmullo del triunfo, de una ejemplar jornada de votos, eso sumado a la irremediable conciencia de que tu trabajo como reclutador y desarrollador de los mejores, como fundador de una compañía de innovación comunicacional, de que tu voluntad de pensar en grande, de obsesionarte con el bienestar de tus clientes, de subordinar tu bienestar al de la compañía, la repentina conciencia de que todo eso había fracasado, y estaba fracasando en ese mismo momento, te dejó sin palabras.

Casi media hora pasó hasta que Wálter y Joaquín se turnaron para forzar la puerta del baño de tu departamento. Nadie se animaba a decirlo pero muchos temían lo peor, Joshua había desplegado en el living esquirlas de la documentación sobre el destino de su padre que había coleccionado a lo largo de toda su vida. Documentos obtenidos en Miami, en Dallas, en la ciudad de Monterrey, en San Pablo y en el Chuy, en el Registro Civil de la República Argentina y en la Policía Federal, un improvisado museo de su desdicha. La puerta cedió y en el baño no había nadie, todos se asomaron para ver la ventana abierta. Una toalla tirada en la vereda, el techo de la cafetería donde Antonio Jones, a pesar de sus casi setenta años, había saltado, y después la calle desierta, las bolsas de basura apiñadas junto a los postes de luz, los papeles sucios en el suelo, los árboles y su follaje apenas acariciado por el viento nocturno. Recién ahí pudiste ponerte en acción y se lo dijiste, le contaste a Joshua que Antonio había escapado, era la primera vez que lo llamabas así, y por casi un minuto pareció que Joshua no te escuchaba. Seguía relatando la historia de su padre a los Rosberg, que lo escuchaban con ternura e interés, no como a un caso clínico pero tampoco como a un compañero de trabajo, lo escuchaban casi como a un nieto, a un nieto que, atolondrado, relata una expedición imaginaria por un planeta lejano. Joshua terminó de decir lo que estaba diciendo y pareció desenchufarse, pareció patinar, y cuando reparó en tu persona dejó salir una risa quebrada e insana.

Después de eso hubo un poco más de música suave y también un brindis de despedida. Los abrazaste y les agradeciste a todos, dijiste que tras las vacaciones los volverías a contactar. Joaquín se ofreció a quedarse a limpiar pero le dijiste que no, y también lo abrazaste, y le dijiste gracias, y por un momento tuviste ganas de llorar, pero lo consideraste un exceso.

Sabías que saldrías de viaje. Siempre habías sentido que cuando menos lo esperases llegaría el momento de usar la Harley de tu abuelo. Cuando al otro día, una vez recuperado, Joshua te contó su plan de salir a cazar a su padre en su nueva moto y pagarte como si fueras su Sancho Panza, su cazarrecompensas asociado, no lo dudaste ni un segundo. Según sus averiguaciones Antonio Jones ya debía estar en camino a San Carlos de Bariloche, lugar donde su actual víctima, una viuda dueña de diez departamentos en la Ciudad de Buenos Aires y de diversos emprendimientos turísticos en la Patagonia, lo estaría esperando. No tenías registro para manejar tu moto, pero no te importó. Llamaste a tu padre para despedirte, guardaste tu cámara de fotos instantáneas en tu vieja mochila de montaña, acomodaste todo el abrigo extra que entraba en las ajadas alforjas de tu moto

y, después de retirar un GPS que Joshua había comprado por internet, se propusieron salir al otro día y pasar la noche en la localidad de Azul. Le pediste a Joshua que te acompañase a comprar unas botas tejanas, pero te quedaban muy incómodas, y preferiste tus zapatillas de lona de siempre. Mientras te escuchabas aceptar todas las propuestas de Joshua, entendiste que toda tu vida habías estado esperando ese momento. Entendiste el afán peregrino de tu ex y quizás el de tu madre, imaginaste a tu padre durmiendo en un tren antiguo que atravesaba la India bajo la luna, en medio del desierto. Como tu decisión estaba tomada, no contradijiste a Joaquín cuando te dijo que ese yanqui era un millonario caprichoso que te estaba arrastrando en su locura. Tampoco te permitiste preguntarte con demasiada persistencia qué tenía exactamente planeado hacer Joshua si volvía a encontrar a su padre, ni qué había estado esperando para enfrentarlo, ni para qué había cargado en su mochila un rifle automático con una enorme mirilla nocturna. Decidiste viajar liviano, sin promesas ni objetivos, pensando en chico. Y te prometiste que, apenas traspasaras el límite de la Provincia de Buenos Aires, te enviarías esta carta.



Una empresa de *carpooling* convoca almas irredentas que son perseguidas por osos callejeros. Una pareja emprende novedosas técnicas de fertilización y logra sus propios bebés de Rosemary. Una logia mundial de cintas de correr planea una revolución. Y el copamiento de 1989 en La Tablada desemboca en una granja de *trolls* militada por tiernos ancianos.

Las historias de *Pyongyang* hablan de un totalitarismo suave, cariñoso y veloz, donde hacer un duelo parece imposible, las máquinas nos odian y el progreso es la sagrada ideología oficial.

Político y pospolítico, trágico e irónico, imaginativo y cruel, Hernán Vanoli es uno de los autores más singulares del panorama narrativo actual.

«El marketing, lo televisivo y la distopía parecen haber sido la educación sentimental tanto de escritores como Michel Houellebecq o Bret Easton Ellis como de Vanoli.»

Revista Ñ

HERNÁN VANOLI

(1980) Es uno de los editores de la revista *Crisis*, donde escribe sobre consumo, literatura e historia cultural, y del pequeño sello Momofuku. Trabaja como guionista e investigador. Publicó relatos en diversas antologías nacionales y extranjeras, una nouvelle pulp, ensayos, un libro de cuentos, y las novelas *Pinamar* y *Cataratas* (Literatura Random House, 2015).



[Otro título del autor en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Vanoli, Hernán

Pyongyang / Hernán Vanoli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Literatura Random House, 2017.

(Literatura Random House)

Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-987-3987-72-4

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

Edición en formato digital: julio de 2017

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-3987-72-4

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Pyongyang

Dedicatoria

Epígrafe

Ursus americanus kermodei

1

2

3

4

5

6

Los sintonizadores

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Pyongyang

1. Secuestro

2. Infección

3. Contacto

4. Utopía

5. Evolución

6. Amanecer

El comando central

I

II

III

IV

V

VI

Sobre este libro

Sobre el autor

Otro título del autor

Créditos